

CONTINENTE NEGRO

Alar Benet



**Dominaba a las fieras porque
le trataron como a una de ellas**

ALAR BENET

CONTINENTE NEGRO

1.^a EDICIÓN
ENERO - 1956



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

116 — El triángulo de la muerte. 288 — Cazadores de apaches 349 — La ley del Winchester. 369 — Tambores indios.

En Colección BUFALO:

25 — La sombra de la cuerda. 29 — Saloon city. 41 — El hijo del *gun-man*. 51 — Tirando a matar 92 — La resaca de la guerra. 106 — El tejano.

En Colección SERVICIO SECRETO:

181 — El criminal nunca escapa. 214 — Tres sombras en el suelo. 227 — ¡Acepto el desafío!. 252 — Gansters de Nueva York. 261 — Cuatro zonas en Berlín. 268 — Pánico en la ciudad. 290 — Asesinato sin asesino.

En Colección PANTERA:

6 — Furia del Oeste. 10 — Infierno en Oklahoma. 16 — Legión de héroes. 23 — La barrera Helada.

En Colección CONGO:

3 — Trágico safari.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en los talleres de
Editorial Bruñern, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona



Capítulo I

ASECHANZAS DE LA SELVA

Todo sucedió con tan increíble rapidez que Margaret Langley y Donald Cookman no tuvieron tiempo de lanzar un grito de espanto. El profesor Raymond, que marchaba a la izquierda del guía de la expedición, fatigado por el tremendo esfuerzo de caminar por un terreno pantanoso, apoyó su diestra en el tronco de un árbol. Una serpiente de anteojos, que se hallaba agazapada en las ramas bajas, molesta, por la presencia inmediata del hombre o temerosa de ser atacada, movió rápidamente la cabeza, “en golpe de hacha”, según frases de los indígenas, para asestar a Raymond Langley una pequeña mordedura en la mano izquierda, desapareciendo enseguida de la vista de los miembros del safari.

Erwin Sanderson, que llevaba un afilado machete en la diestra con el que destrozaba las lianas que se oponían a su avance, no vaciló un segundo. Con terrible sangre fría, aprovechando que el profesor, atónito por lo inesperado del ataque, continuaba con el brazo apoyado en el tronco, actuó sin contemplaciones y de un solo tajo cortó a Raymond Langley la mano a la altura de la muñeca.

El ruido del acero al chocar con el hueso primero y con la corteza del árbol después erizó los cabellos de quienes contemplaban la escena. El miembro mutilado cayó a tierra y sobre él se precipitó una nube de insectos, al olor de la sangre.

Por una fracción de segundo, Margaret Langley, hija del

profesor, estuvo a punto de desmayarse. Se rehízo en un esfuerzo de su indomable voluntad y, adelantando varios pasos, golpeó con sus puños en el pecho del, para ella, autor de tan bárbara acción:

—¡Salvaje! ¡Monstruo!

Erwin Sanderson sujetó a la muchacha por ambos brazos, zarandeándola con brusquedad.

—¡Calle! ¡No sabe lo que dice!

Sin excesiva violencia, el guía de la expedición separó de sí a la muchacha, dirigiéndose al profesor para ceñir fuertemente su antebrazo izquierdo con una liana.

—Lo primero es cortar la hemorragia —dijo—. No será difícil conseguirlo.

Raymond Langley, con gran asombro de su hija, repuso:

—Proceda como lo considere más oportuno. Creo que me ha salvado la vida. Actúe Donald.

El aludido, repuesto ya de la sorpresa, se aproximó a los dos hombres. Su voz sonó tensa al ordenar a Sanderson:

—Traiga mi estuche de cirujano y el fardo que contiene las medicinas. Su machete está contaminado de toda clase de microbios. Hay que luchar contra la infección. Tiene suerte, Raymond, de que yo le haya acompañado. Sin el auxilio de un médico, moriría.

—Por eso le pedí que viniera con nosotros.

Donald Cookman, con la serenidad de quién está habituado a enfrentarse al dolor y a vencerle en no pocas ocasiones, hizo sentarse al profesor sobre el encharcado terreno y, con pulso firme, fue ligando las venas del sanguinolento muñón. Después aplicó varias inyecciones al herido, sobresaltándose al oír una pregunta a su espalda, formulada por el guía:

—¿Ha terminado ya?

—Por hoy, sí. Mañana le haré una segunda cura. Conviene que descanse y...

—¡Hemos de continuar! ¿Puede sostenerse en pie, profesor?

—Sí. Haré lo posible por no entorpecer la marcha.

Sin embargo, la palidez de Raymond Langley desmentía sus palabras. Margaret se acercó a Sanderson.

—¿No podemos acampar aquí?

Erwin clavó sus acerados ojos en los de la muchacha.

—¡Hay que seguir!

Sin más explicaciones, el guía miró a la fila de negros que, con los fardos en el suelo, esperaban órdenes. Un indígena se aproximó a él para recibir instrucciones, que transmitió después a los

porteadores.

—Ocupese del profesor, Donald.

La muchacha, destrozados sus nervios por la escena que acababa de presenciar, molesta por la rudeza de Sanderson, le sujetó por un brazo, diciéndole:

—¡Espere! ¡No permitiré que siga imponiendo su despótica autoridad! Papá necesita descanso y hay que concedérselo. Extenderemos unas lonas sobre el lodo y...

—¿Quiere mirar a sus pies, señorita? El barro hierve. En cada pastosa burbuja se oculta la muerte, una muerte invisible. No son las grandes fieras las que constituyen un mayor peligro en Tanganica sino los insectos y en torno nuestro los hay a millones. Los cocodrilos prefieren merodear por las zonas húmedas. No podremos mantener hogueras encendidas. Los árboles sirven de cobijo a toda clase de ofidios, que buscan el agua de las charcas. ¿Quiere que continúe, señorita?

Los labios de Sanderson se plegaron en una mueca de ironía. Margaret, desconcertada, soltó el musculoso brazo del hombre. Aún quiso mantener su criterio; pero ya sin firmeza:

—Papá no podrá andar mucho.

—Si es preciso, improvisaremos una camilla. ¡En marcha!

El guía, situándose en cabeza, alzó el machete, manchado aun de sangre, medio seca ya, y, desviándose hacia el Norte, comenzó a andar despacio, consciente del riesgo que corría si pisaba cualquier reptil. La tarea de abrir sendas en la selva era fatigosa y estaba llena de riesgos.

De la espalda de Erwin Sanderson pendía un moderno Winchester, cargado con balas blindadas y en su costado derecho llevaba un revólver de gran calibre. El salacot caía sobre su nuca, sujeto a la garganta por una ancha correa, dejando al aire los cabellos, unos cabellos negros, rizados, rebeldes al peine. El rostro de Sanderson reflejaba extraordinaria vitalidad, tanto por sus ojos, vivaces, duros y sin expresión cuando él lo deseaba, como por su nariz recta, levemente angulosa, y su boca firme. Pese a su aparente delgadez, Erwin era un hombre musculoso, sin grasa, en sus tejidos. Al alzar y descargar el machete sus brazos parecían tan fuertes como el acero. De estatura proporcionada, más bien alto, su porte era varonil. La camisa de algodón, los pantalones ajustados a la rodilla y las altas botas de caucho propias para caminar por la selva, acentuaban la virilidad del guía, uno de los más famosos de Uganda, Kenia, y Tanganica.

Donald Cookman sostenía a Raymond Langley, cuyos pasos eran

torpes, vacilantes. El médico, más bajo que Sanderson, con mayor anchura de espalda y de caderas, denotaba también fortaleza física. Su aspecto era agradable, a excepción de sus ojos, pequeños y redondos, de gran vivacidad.

—¡No puedo más! —dijo el profesor.

El guía que había escuchado tales palabras mandó hacer alto para llamar al capataz de los porteadores, un gigantesco negro massai, al que dio órdenes para que, con la mayor rapidez, ayudado de dos hombres, preparase una camilla con dos ramas de árbol desbastadas por los cuchillos y varias lianas entrelazadas.

—Pronto será de noche y hemos de acampar antes de que ello suceda. No conozco bien este territorio y los pantanos son muy numerosos.

—Disponemos aún de una hora —observó Donald Cookman mientras ayudaba a sentarse a Raymond Langley, que no era capaz de sostenerse en pie y a cuyo lado se arrodillaba su hija.

Diez minutos más tarde, la camilla, portada por el capataz de los negros y por Cookman, llevaba al herido por la senda que iba abriendo Erwin, cuyo cuerpo estaba bañado en sudor. Margaret Langley, que caminaba detrás de su padre, sintió que sus botas chapoteaban en mayor cantidad de agua. Anduvo hasta situarse cerca del guía y comunicarle su observación.

—Sí. Temo que nos veamos obligados a atravesar un pantano. No se preocupe, señorita. El instinto nunca me traicionó y espero salir con bien de la situación actual.

—¿Angustiosa situación? —inquirió ella.

—Sí. Me preocupa su padre. También las arenas movedizas. Vaya detrás de la camilla y procure poner los pies en los mismos lugares que nosotros. Medio metro a la derecha o a la izquierda puede acarrear la muerte.

El bosque no era tan espeso como para impedir a través de sus ramas o en los pequeños claros el paso de los postreros resplandores del sol. Sin embargo, lentamente, la luz iba tornándose menos clara, más gris.

Con agua hasta las rodillas, rodeados por hierba que se mecía bajo la caricia de una leve brisa, los expedicionarios continuaban el avance. Sanderson cortaba de vez en vez floridas lianas que, al pender entre los árboles, le obstaculizaban el paso; pero no tenía que emplearse a fondo contra una espesa vegetación. Al notar que el líquido, sucio y fangoso, continuaba ascendiendo hasta sobrepasar el límite de las botas de caucho, humedeciendo sus pantalones y, como consecuencia, su carne, cortó la rama baja de uno de los

árboles inmediatos y, con ella a modo de bastón fue tanteando el terreno antes de dar un paso, temeroso de precipitarse en un mar de arenas movedizas.

Cada metro de recorrido era un triunfo para los expedicionarios. De pronto...

El grito de agonía taladró los oídos de los cuatro blancos. El capataz massai miró a retaguardia, puniendo ver cómo uno de los porteadores era arrastrado por un caimán que, artero, había esperado a que pasaran los negros para atacar al último de ellos. Todos, inmóviles de terror, contemplaron cómo el saurio, que llevaba a su víctima de una pierna, se alejaba con ella a aguas más profundas. Del rifle de Sanderson brotaron varias balas que no evitaron a causa de la distancia, que impedía precisar el tiro, el trágico fin del indígena.

Un clamoreo de espanto se alzó entre los nativos, cortado por la voz imperativa de Erwin:

—¡Póngase a retaguardia, Cookman, con el rifle previsto! Que tomen dos indígenas la camilla, Kasama, y ve también atrás.

Las órdenes de Sanderson fueron obedecidas con prontitud. Todos tenían conciencia plena del peligro.

—Di a tus hombres —habló el capataz— que es necesario que salgamos de aquí cuanto antes o apenas oscurezca nos devorarán los caimanes. ¿Cómo se encuentra, profesor?

—Bien repuso el herido, con voz débil—. No se preocupe por mí y continúe.

Los miembros del safari, angustiados, reanudaron la marcha, sintiendo que sus corazones latían con rapidez mientras la tarde declinaba, envolviendo la selva en penumbra.

Sanderson, sin dejarse arrastrar del general nerviosismo, tanteaba el agua y el barro con el improvisado bastón. De vez en vez, al no tocar fondo, veíase obligado a desviarse de la ruta inicial. Se le erizaron los cabellos al pensar que podría llegar un momento en que el paso de tierra firme oculto bajo las aguas terminara bruscamente. La idea de retroceder en plena noche por una zona atestada de caimanes le angustió tan profundamente que se detuvo. Margaret Langley, que iba a su lado, preguntó:

—¿Comprende ahora que debimos quedarnos donde yo indiqué?

—Es posible —repuso él con brusquedad—; pero nadie con sentido común y conocimiento de la selva hubiera desistido de buscar otro sitio donde permanecer toda la noche. ¿Se alegra de mi fracaso?

—No y sí. No por lo que afecta a la seguridad general; sí por lo

que supone de lección para un guía tan testarudo como usted.

Los dos jóvenes se retaron con la mirada. Erwin, encogiéndose de hombros, reanudó el avance para hacer alto de nuevo. Frente a él, a un cuarto de milla, había una zona espesa de bosque.

—Quizá aquello sea nuestra salvación —dijo, sin mucha confianza pues hasta entonces todos los árboles se alzaban, sobre tierra firme, sí, pero en zonas cubiertas de agua que imposibilitaban acampar.

Dos detonaciones a retaguardia hicieron mirar atrás al guía. Donald Cookman había disparado contra un cocodrilo que intentaba sorprenderle por la espalda. El médico, alzando el rifle, hizo señas a Sanderson para que continuara.

Diez minutos más tarde, a escasa distancia ya de los árboles a los que Sanderson ambicionaba llegar, la noche cayó por completo sobre los miembros del safari. La luna aún no había surgido y las estrellas, con luz muy tenue, iluminaban pobremente a los que, con la angustia en el alma, esforzaban en salvarse.

Cada vez que Erwin apoyaba el palo temía no encontrar fondo y verse obligado a desviarse de la ruta. Aunque el suelo estuviera cubierto de agua...

—¡Cuidado, Erwin! ¡Cuidado! ¡A la izquierda!

El aviso había partido de Margaret Langley al ver una leve estela que avanzaba rauda en dirección a Sanderson. Este, comprendiendo el peligro, soltó el bastón y, con rapidez que maravilló a quienes le miraban, hizo fuego varias veces contra el agua. Uno de los proyectiles debió alcanzar al saurio en un sitio vital pues, deteniéndose en su avance, mostró por completo su enorme cabeza, oportunidad que aprovechó Erwin para meter una bala en el ojo de su enemigo, matándole en el acto. El cocodrilo, dando la vuelta en el agua, mostró un vientre abultado, repulsivo.

—¡Sigamos! —ordenó Sanderson.

Tornó a coger el garrote, que flotaba en la líquida superficie, y reanudó el avance no sin decir a la muchacha:

—Su aviso fue muy oportuno, Margaret.

Ella no contestó. Iba a la izquierda de la camilla y de vez en vez, inclinándose, acariciaba el rostro de su padre. Un calor de fiebre abrasaba a Raymond Langley.

Donald Cookman hizo nuevos disparos, para ahuyentar a varios caimanes que iban siguiéndole. El joven médico pensó que, si el agua se tornaba más profunda, los cocodrilos, nadando sumergidos, les harían sus víctimas sin que los rifles sirvieran para nada.

Apenas se hubo formulado tan poco consoladora idea, notó que

sus pies se posaban en terreno más duro, menos fangoso, y que, lentamente, el agua iba desapareciendo hasta cubrir solo sus pies. Respiró con alivio. Ante él, numerosos árboles le daban una sensación de seguridad.

Todos, en círculo, se agruparon en torno a Sanderson, en espera de instrucciones que no tardaron en ser dictadas.

—Hay que subir la camilla del profesor a uno de los árboles y colocarla entre las ramas.

Algunos negros gritaron, mientras se agachaban con el fin de arrancarse sanguijuelas de las desnudas piernas. Los blancos, merced a las botas, no experimentaban tal tortura.

Sanderson y Kasama distribuyeron comida en frío a los expedicionarios quienes, pese a la fatiga y a la imposibilidad de sentarse, devoraron sus raciones con avidez. El guía miraba inquieto al cielo y Donald Cookman, al observarlo, le preguntó:

—¿Qué teme?

—Hay nubes que no permiten el paso de la luz de la luna y las estrellas. Esas nubes pueden traer agua y nos hallamos en una zona peligrosa.

—¿Peligrosa? —repitió el médico—. He sufrido muchos temporales en la selva. Suelen ser muy espectaculares; pero nada más.

Sanderson, con una sonrisa de superioridad que irritó a Cookman, encogióse de hombros acercándose al capataz massai que, saciado su apetito, se ocupaba de dar lustre a su cuerpo frotándose con una pella de sebo.

—El único sitio seguro son los árboles. Distribuye a tus hombres en los que yo te marque con el machete. Que nadie elija otros.

Bajo la mirada burlona de Margaret, Erwin marcó dos troncos, muy juntos y de gran altura.

La camilla con el profesor Raymond Langley, que fue mantenida en alto por negros que se turnaban en tal trabajo y en la comida, fue objeto de la especial atención del guía, quien, trepando por un gigantesco roble, sin dificultades merced a las gruesas lianas — algunas como la muñeca de un hombre— que rodeaban el tronco, se perdió entre el espeso ramaje.

—¡Apártense! —previno Sanderson.

Todos se apresuraron a obedecer y, a poco, escucharon los secos golpes del machete de Erwin, quién no tardó en reunírseles de nuevo a fin de atar los extremos de la camilla y, con el auxilio de Donald Cookman y de Kasama, izarla a una plataforma construida por él seccionando unas ramas y atando lianas en otras para nivelar

en lo posible la superficie. Al fin, tras duros esfuerzos y no sin molestias para el infortunado Raymond Langley, este quedó instalado con relativa comodidad. Junto a él se situaron Cookman, Margaret y Erwin. El guía sudaba al sentarse para encender su pipa.

—¿Fatigado? —inquirió Donald—. Le correspondió el trabajo más duro.

—Sí —repuso secamente Sanderson—; pero todavía no ha llegado la hora de descansar.

—¿Teme una tormenta?

—No habrá tormenta.

—Entonces...

Erwin, recostando su espalda en una gruesa rama, sentado en la cruceta que formaban otras, entornó los párpados. Le molestaba el diálogo con Cookman. En realidad, le enojaba todo, incluso la presencia de aquellos seres a quienes no podía querer. ¿Por qué aceptó la dirección del safari? La respuesta le hizo estremecer: por venganza. Odiaba profundamente a Raymond Langley.

¿Le odiaba en realidad? ¿Por qué, entonces, le había salvado la vida? Para verle morir entre terribles, aunque breves dolores le hubiera bastado dejar que el veneno de la serpiente ascendiera por sus venas.

Pensó que la mano izquierda del profesor quedó en el lodo sin que nadie se ocupara de recogerla para enterrarla. Millares de insectos la habrían devorado en unos minutos. Los largos dedos de aristócrata inglés, acabaron en las fauces de pequeños seres a los que hasta entonces el profesor aplastó con su bota.

—Es usted un hombre extraño, Sanderson. ¿Por qué no quiere hablar con nosotros?

La voz de Margaret Langley sonó, consoladora en los oídos de Erwin, torturado por los recuerdos. Abrió los ojos para responder:

—En realidad, no encuentro tema apropiado.

—África es un gran tema —intervino Cookman.

—Pero ninguna novedad para los tres. Usted, Margaret, ha nacido en estos territorios; el señor Cookman vive en ellos también desde la infancia y solo los ha abandonado para doctorarse en Inglaterra. ¿Qué puedo decirles de Tanganica que ustedes no conozcan?

—Jamás penetramos en el interior. Usted lo sabe. De no ser así, ¿a qué contratar sus servicios como guía?

—Tal vez para que otro asuma la responsabilidad. Es una táctica muy apropiada para el profesor.

Margaret Langley palideció levemente.

—¿Conocía usted a mi padre antes de la visita que le hicimos para pedirle que viniera con nosotros?

Sanderson tragó saliva y repuso con voz ronca:

—Sí; desde luego. Yo conozco a todos los que habitan en estas zonas.

La joven, intrigada, comentó:

—Es usted un hombre extraño, Erwin. Los solitarios de la selva suelen serlo. Nos aseguraron que no encontraríamos en Kenia, Uganda y Tanganica ningún guía mejor que usted. ¿Conoce el apodo con el que se le nombra?

—Sí.

—¿Y no le molesta?

Sanderson tardó varios minutos en responder. Cuando lo hizo sus palabras eran apasionadas.

—Me agrada. Mis padres fueron débiles, por bondad. Yo les vi sufrir y padecí también humillaciones y golpes. ¡Parece que los hombres se contagian de la selva y se hacen duros, despiadados! Sé que me llaman “el tigre solitario” ¡Prefiero mi actual fama de tigre a mi infancia de cordero dispuesto siempre para el sacrificio en aras de la brutalidad de los más fuertes!

La muchacha se estremeció. Había un terrible primitivismo en las palabras de Erwin y así se lo hizo observar.

—Usted fue con su padre a contratar mis servicios. Habito en una cabaña en el bosque, en Wanza, al Sur del Lago Victoria. Doy estos datos por si Cookman los ignora. Vivo de la caza y con las provisiones que adquiero a algunos vendedores ambulantes, que recorren el lago con sus piraguas. ¡Me asquea la civilización! ¡Todo en ella es mentira!

—¡Mal ha debido tratarle la vida! —exclamó Margaret, sin poder contenerse.

—Es posible. ¡Tengo algunas cuentas por cobrar, pasadas injurias!

—La venganza es aborrecible.

Erwin sonrió con dureza mientras miraba intensamente a la joven.

—Quizá; pero, como los animales de la selva, acostumbro a devolver golpe por golpe.

—¡Eso no es cristiano, eso es de...!

Como Margaret no se atreviera a completar la frase que había brotado incontinente de sus labios, él la animó:

—¿De salvajes? ¡Dígalo! No pueden ofenderme las verdades. En

mi cabaña de las afueras de Wanza vivo feliz. De vez en vez hago excursiones por la selva y frecuento las tribus más inmediatas. Los wagandas que no se han sometido a la civilización y en tribus nómadas recorren las zonas de los grandes lagos, se conservan sanos y fuertes. En cambio, aquellos otros que sirven a los blancos en las hilanderías de Jinja, en las presas de aprovechamiento de la fuerza hidroeléctrica del Nilo-Victoria, en las plantaciones de café, azúcar o tabaco o en las minas de cobre o hierro están depauperados. ¿Sabe por qué, señorita?

Vibraba, tensa, la voz de Sanderson.

—No.

—Porque han adquirido los vicios de la civilización. Hay algunos que asimilan solo las virtudes, pero son tan escasos que en general puede afirmarse que los wagandas, primitivos habitantes de Uganda, que se extendieron por Kenia y Tanganica, han perdido la libertad para convertirse en esclavos. ¿Cuál es su premio? El alcohol, el juego y las prostitutas mujeres blancas —no faltan las aventureras a quienes no les importa la diferencia del color de la piel— con sus enfermedades hereditarias. Las tribus en las que en ocasiones paso largas temporadas, cultivan la tierra para comer, sin pensar en el comercio, se dedican al pastoreo y viven felices, lejos de las grandes ciudades. Tienen carne, leche, cereales, van descalzos y se fabrican las telas con cortezas de higueras muy comunes. Los búfalos y las cabras les proporcionan pieles y su sobriedad les mantiene vigorosos. La caza y la pesca es abundante y se rigen aún por las normas caballerescas de sus padres y abuelos, de los grandes guerreros que han pasado a la historia con el nombre de wakungus. ¿Qué más se puede ambicionar? La única civilización que concibo es la que llevan los misioneros a los poblados. La otra, la de refinamientos de comidas, de ropas y de modales me produce un sincero desprecio. ¿Sigue considerándome un salvaje, señorita? Lamento que mi educación me impida gozar por completo con el primitivismo de los wagandas. Como blanco, estoy atado a unas herencias a las que no puedo sustraerme.

Había tristeza en las palabras de Sanderson, tristeza y melancolía. Un leve tic-tac, como el de un gran reloj que desgranara los segundos en la selva, hizo mirarse a los dos hombres y la mujer.

—Llueve —comentó Erwin—. Ahora empieza el peligro para nosotros...

Capítulo II

HORAS DE ANGUSTIA

Coincidiendo con la caída de las primeras gotas de lluvia sobre la selva, que no traspasaron la techumbre de vegetación del árbol que cobijaba a los expedicionarios, Raymond Langley, moviéndose nervioso en la camilla, pidió:

—¡Un poco de agua! ¡Me abrasan las sienes!

Cookman, con una cantimplora en la diestra, hizo señas a Margaret para que permaneciera inmóvil, y se acercó al herido.

—Tranquilícese, profesor. Tiene fiebre. Le daré algo para que se calme.

De un tubo metálico sacó una pastilla que introdujo en la boca de Langley, dándole a continuación un sorbo de agua.

Cookman, no sin inquietud, examinó el muñón del brazo en el que la sangre, al coagularse, formaba costras negruzcas que arrancó con unas pinzas, torciendo el gesto al ver el aspecto de la herida. Si se presentaba la gangrena...

Le aplicó nuevas inyecciones. Luego, con gesto sombrío, fue a acomodarse cerca de Sanderson. Margaret se reunió con su padre, sentándose de forma que pudiera acariciarle el rostro. Raymond Langley, amodorrado a causa de la alta temperatura, no vio a la muchacha.

—¿Qué es lo que teme, Donald?

—La malaria. Estos pantanos producen esa fiebre. Su machete, en contacto con las lianas y con la maleza, rebosaba de microbios cuando cortó la mano del profesor. Los antisépticos que le he aplicado son eficaces, así como los antibióticos; pero...

Cookman movió la cabeza con pesimismo.

—¿Cree que podía hacerse otra cosa? —inquirió el guía en voz alta.

—Obró con sensatez e inteligencia dando a Langley una oportunidad de conservar la vida.

Sanderson dirigió su mirada a Margaret.

—¿Quiere repetirlo para que una mujer deje de considerarme un salvaje y un monstruo?

Ella, ante el reproche, inclinó la cabeza, avergonzada. Luego, musitó:

—¿He de pedirle que me perdone?

—No es necesario. Me di cuenta de que habló dejándose arrastrar por los nervios. En la vida hay que saber dominarse.

Los tres blancos callaron. El ruido monótono de la lluvia iba en aumento y las hojas que servían de techo a los miembros del safari empezaban a doblarse bajo el peso del agua. Erwin deshizo un fardo conteniendo conservas, que no podían estropearse con la humedad, y entregó a la muchacha la lona impermeable.

—Va a necesitarla. Todos conocemos las lluvias de estas zonas. Por fortuna, la de hoy no va acompañada de aparato eléctrico.

Margaret se apresuró a tomar lo que el guía le entregaba, pero lejos de cubrirse, la puso sobre su padre. Cookman dijo:

—A él le beneficiará el baño continuo. Apenas cese de llover le friccionaré el cuerpo con alcohol para que no sobrevenga ningún enfriamiento. El agua le aliviará.

Ella obediente a las razonadas palabras del médico, retiró la lona del herido, echándosela sobre la cabeza. Lo hizo a tiempo. Gruesas gotas, las primeras en romper la espesa vegetación, cayeron sobre los expedicionarios para transformarse después en una verdadera catarata.

El agua, de tan copiosa, formaba una líquida muralla que impedía ver a dos metros de distancia. El gesto de preocupación de Sanderson iba en aumento al comprobar la intensidad del temporal.

—¿Qué es lo que le sucede? —preguntó la muchacha.

—Las zonas pantanosas que estamos atravesando forman grandes hondonadas, enormes balsas a las que afluyen numerosos riachuelos, normalmente secos en las épocas de estiaje, poco duraderas, por cierto, en Tanganica. Mire a nuestros pies, señorita Langley. El nivel del agua ha subido. Si continúa lloviendo... No sería la primera vez que los árboles quedaran totalmente cubiertos y que desapareciera todo signo de vida en varias millas a la redonda. Yo siempre fio en el instinto de las fieras. Vean a nuestros pies.

Por entre los improvisados refugios de los expedicionarios, estos pudieron ver a numerosos animales enloquecidos, en fuga hacia el Sur. La gran fauna del África misteriosa y salvaje poníase a salvo de la presentida inundación. Margaret contempló admirada el rápido correr de leones, leopardos, hienas, búfalos, jirafas, cebras y gatos salvajes, así como el paso, también veloz, pero más torpe, de los elefantes y rinocerontes.

—Hay antílopes de todas las especies —comentó Sanderson—. Desde el “okapi”, esbelto, ágil, con manchas en las patas, hasta el “gnu”, con sus grandes cuernos curvos hacia abajo y su cuerpo

musculoso.

El agua empujaba a los miembros del safari al caer en torrentes sobre ellos. El profesor Raymond Langley se movía inquieto en la camilla, abriendo de vez en vez la boca para que en ella cayera el líquido que su organismo, abrasado por la fiebre, necesitaba.

—¡Atención, Cookman! Prepare el rifle. Una boa trepa por el tronco huyendo del agua. Hay demasiado líquido en tierra para que pueda huir.

Un monstruoso animal, que silbaba enfurecido, ascendía con rapidez por el árbol. Donald y Sanderson, con pulso sereno, apuntaron a la enorme cabeza, a escasa distancia de las primeras ramas. Las dos detonaciones se confundieron con una sola y el ofidio, desenroscando sus anillos cayó muerto, hundiéndose en la gran laguna, cuyo nivel aumentaba con alarmante rapidez.

—Permanezca alerta, Cookman. Voy a tranquilizar a los indígenas.

El guía, sin aguardar respuesta, con extraordinaria agilidad, pasó al árbol inmediato, balanceándose en una liana. El capataz, Kasama, le dijo:

—¿Crees que saldremos vivos de aquí?

—Estoy seguro de ello. Todo será cuestión de esperar. Por fortuna, no nos faltan víveres. ¿Se han reunido todos tus hombres?

—Sí. Les he agrupado para evitar el pánico.

—Bien. Vendré de vez en vez a enterarme de las novedades.

El diálogo, en dialecto indígena, una mezcla de bori y oigob, demostró a Erwin una vez más su gran acierto al elegir a Kasama para jefe de los portadores. El indígena, nacido en la selva fue durante muchos años obrero en las hilanderías de Jinja, en Uganda, asimilando las costumbres y civilización de los blancos. Era un colaborador ideal, sin fanatismos, perfectamente compenetrado con el guía. Buen tirador, llevaba un rifle a la espalda, que le había entregado Sanderson para que pudiera defenderse de las fieras y defender también a sus hombres.

Erwin, a su regreso, interrumpió un diálogo entre Donald y Margaret, del que llegó a sus oídos una frase colérica:

—¡No insistas, Cookman! No es oportunidad para que hablemos de ello. Además, me prometiste no insistir y...

La joven, al reparar en la presencia de Sanderson calló, enrojando.

—Los portadores se encuentran perfectamente —dijo el guía—. Solo resta esperar.

Una hora más tarde, con el temporal algo amainado, pero sin

cesar la lluvia, aún muy intensa, el agua llegaba ya a los comienzos de las primeras ramas del árbol que cobijaba a los blancos.

—Hemos de pensar en su padre, señorita. Dentro de quince minutos tendremos que ascender más para no ahogarnos.

De nuevo machete en mano, Sanderson trepó a la copa del árbol y, luego de probar la resistencia de algunas ramas, utilizando cuerdas y con el auxilio de Cookman izó al herido a lo más alto del providencial refugio. Después, con mayor incomodidad, teniendo que sujetarse para no caer, los que acompañaban a Raymond Langley se situaron en zona más segura.

A partir de entonces, cada minuto aumentaba la angustia de los que parecían condenados a una horrible muerte. Continuaba lloviendo y el agua, al aumentar de nivel, lenta, pero implacable, les hacía comprender cuál era su destino.

Sanderson, muy sereno pese a la inminencia del peligro, clavó su puñal en una de las ramas, a varias yardas de la líquida superficie, a la par que consultaba su reloj.

—¿Qué se propone? —inquirió la muchacha.

—Conocer exactamente el tiempo que nos queda de vida.

Doce minutos más tarde, el puñal empezaba a ser cubierto por el agua. Muy pálido, con una sonrisa de desprecio a la muerte, Erwin comentó:

—Dentro de hora y media ninguno de nosotros existiremos a no ser que...

—¿Deje de llover? —interrumpió Cookman.

—Aunque así fuera, los arroyos, convertidos en caudalosos ríos, seguirían afluyendo a esta zona. Creo que debemos intentarlo todo, no perecer sin lucha.

Aferrado a una recia liana, el guía, con un breve impulso, se trasladó al árbol inmediato para dar concretas instrucciones al capataz negro. Luego regresó junto a sus camaradas.

—Ayúdeme, Cookman. Intentaremos algo desesperado.

—¿Qué es?

—Construir una balsa. Ya sé lo que va a argumentarme. La corriente es muy rápida y es casi seguro que zozobremos, pero es preferible a ahogarnos sin hacer el menor esfuerzo por evitarlo. Con ayuda de las lianas podremos unir gruesas ramas cortadas con los machetes.

Donald, encogiéndose de hombros, aceptó:

—¡Allá usted! No tengo fe en lo que propone. Sin embargo, colaboraré en ese absurdo intento.

Los machetes, arma imprescindible para caminar por la selva,

comenzaron a herir la madera. Sanderson, sumergido hasta la cintura, cortaba las ramas ya inundadas, eligiéndolas con singular pericia entre las más recias y rectas. Margaret Langley, junto a su padre herido, contemplaba con angustia los esfuerzos de los dos hombres, rezando porque les diese tiempo a terminar su obra mientras el agua continuaba su curso ascendente y la lluvia seguía cayendo con fuerza sobre lo que ya era un enorme lago.

La muchacha no podía evitar un sentimiento de admiración hacia Sanderson, cuyos dedos movíanse ágiles entrelazando los troncos. A veces sujetábase una cuerda a la cintura, cuyo extremo estaba atado al tronco del árbol que les cobijaba, y en el agua, en la que se balanceaba la balsa a medio construir, seguía uniendo los troncos.

—No tendrán tiempo de terminar la almadía —se dijo Margaret.

Solo quedaba un metro del árbol libre del agua cuando comenzó a soplar un aire huracanado que agitaba la líquida superficie con oleaje de mar embravecido. En unos minutos el cielo quedó libre de nubes.

—¡Nos hemos salvado! —gritó la muchacha.

Erwin, con una sonrisa indescifrable, ordenó a Cookman, que cesaba en su tarea creyendo en las palabras de Margaret:

—¡Siga! ¡Hay que terminar cuando antes!

Los dos hombres continuaron la labor, interrumpida al escuchar la angustiada voz de la joven.

—¡Mi padre, Cookman!

El cuerpo del profesor estaba medio sumergido. No fue difícil trasladar la camilla al extremo de la balsa y atar allí los troncos y lianas que sirvieron para su traslado por la selva.

El guía, exhausto, hizo un alto en el trabajo, con los pies en la última rama del árbol capaz de sostenerle y el agua a la cintura, para mirar en derredor. Los negros habían terminado ya su almadía y estaban cargando los fardos de provisiones. A la luz de la luna, el espectáculo era impresionante. Lo que horas antes fue extensa zona de bosques, habíase convertido en un proceloso mar en el que, a largos trechos, sobresalían las copas de algunos árboles que, lentamente, iban desapareciendo también.

Kasama y los indígenas atravesaron, atados por la cintura, la distancia que separaba su balsa construida ya, y la que Cookman y Sanderson se esforzaban en terminar. Su ayuda fue muy valiosa para los dos blancos quienes, un cuarto de hora más tarde, daban por concluida la tarea.

Con cuerdas de los fardos unieron las dos embarcaciones, hasta

convertirla en una sola. Varias ramas, cortadas para tal fin, servirían en un momento dado de remos.

Como era difícil conservar la estabilidad, todos se tumbaron en la gran balsa. Antes de cortar las lianas que la sujetaban a los sumergidos troncos de los árboles, el guía dispuso que los fardos se ataran en derredor de la embarcación, formando así una especie de barandilla que impidiese en parte el paso del agua y sirviera a la par de protección para los expedicionarios. Luego, con pulso firme, seccionó las amarras. Margaret hizo la señal de la cruz. Kasama la imitó, con gran sorpresa de la muchacha.

—¿Es católico el capataz?

La pregunta iba dirigida a Erwin, quién repuso, tras una breve pausa:

—Sí. Le bautizó hace años un misionero. ¿Y usted?

—También. Mis padres eran irlandeses.

La balsa, zarandeada con rudeza por el agua crujía alarmantemente. Cookman y el capataz, en proa, con dos recios troncos, procuraban desviarla de los pequeños islotes formados por las copas de algunos árboles. Sanderson, comprendiendo que el naufragio era casi seguro si navegaban por espacio de varias horas, dijo al ver que, a la derecha, a unas cien yardas, sobresalían más de tres metros de un gigantesco pino.

—¡Si pudiéramos acercarnos allí! Tal vez el agua no continúe subiendo y podamos esperar el fin de la crecida. El aire es muy fuerte, demasiado para nuestra seguridad.

Procedió a unir las cuerdas de tres fardos. Intentaría a la desesperada, inmovilizar la balsa para lo cual, entregando uno de los extremos a Kasama y a Cookman, se ató el otro al cinturón de cuero y se dispuso a esperar el momento propicio.

Como no había comunicado a nadie sus propósitos, todos contuvieron la respiración al verle arrojarle a las agitadas aguas y, con enérgicas brazadas, intentar asir una de las ramas del árbol. Lo consiguió, tras desesperados esfuerzos mientras Donald y Kasama se esforzaban en aproximar la almadía, sin conseguirlo. Al ser arrastrada la embarcación por la corriente, Sanderson no tuvo más remedio que soltar su asidero ante el temor de que la cuerda se rompiese.

Minutos más tarde, Erwin era izado a cubierta. Margaret respiró con alivio y en el rostro de Kasama dibujóse un gesto de gozo. Hubo un momento, cuando Sanderson se resistía a abandonar su asidero, que temieron verse separados del único capaz de conducir el safari a través de las selvas de Tanganica, inexploradas en su mayor parte.

La balsa, a gran velocidad, zarandeada por vientos contrarios, parecía destinada a chocar contra algún árbol medio sumergido y a destrozarse lanzando a una muerte segura a los que la tripulaban.

La angustia de negros y blancos era tan intensa que todos se miraban sin hablar, en la certeza de que de un momento a otro...

Por la brújula, Sanderson comprendió que internábanse más y más en el territorio de Tanganica. ¿Qué les deparaba el futuro?

Los bandazos eran tan fuertes que Margaret, considerándose perdida, cubrió de besos el rostro de su padre y, abrazándose a él, dijo:

—Al menos, moriremos juntos, papá.

El herido no respondió. Pese a los remedios científicos administrados por Cookman su temperatura era muy alta. De pronto su voz, dominando el ruido de las aguas y el fragor del viento, se alzó en la noche:

—¡Alicia!... ¡Pobre Alicia! ¿Quién fue el canalla que...? ¡Déjeme, capataz! ¡Tengo herido el brazo derecho, pero mi mano izquierda es fuerte!... ¡Yo azotaré a ese canalla...!

¿Qué terrible pasado angustiaba al profesor?

Margaret, muy pálida, volvióse a Donald Cookman.

—¡Haz algo por él! ¡No podemos dejarle morir!

—Su vida correría peligro si le administrara nuevos calmantes.

Hay que esperar.

—¡Esperar! —repitió la muchacha, con voz débil—. ¿A qué?

No obtuvo respuesta. Los indígenas, excepto Kasama, conocedor en parte del idioma inglés, no entendieron la pregunta de la joven; pero la adivinaron por el tono de voz y el gesto de la mujer. Sanderson habló con dureza, casi con violencia:

—¡No provoqué una oleada de pánico! ¡Los negros son supersticiosos y en todo ven dioses malignos! ¡Hay que mantenerse firmes delante de ellos, imponerse!

—¿Para qué? —chilló ella, histéricamente—. ¡Da igual morir ahora que dentro de unos minutos! ¡Es estúpido prolongar la agonía!

—¡Calle o la arrojo al agua!

—¡No quiero callar! ¡Estoy harta de su despotismo! Tiene que oírme y...

Consciente de la gravedad de la situación, advirtiendo un creciente nerviosismo en los porteadores, el guía, con voz metálica, dijo:

—La concedo un minuto para obedecerme. De no hacerlo, la golpearé hasta que pierda el sentido.

—¡Usted no hará eso, Sanderson!

El revólver surgió como por encanto en la diestra del guía, tan rápido fue su movimiento.

—Haré eso y mucho más. ¡Silencio o empiezo a tiros con el que se resista a cumplir mis instrucciones!

La expresión y el tono de las palabras de Erwin hicieron enmudecer a Margaret. Cookman, creyendo distraído a Sanderson en la vigilancia de la mujer, quiso empuñar la pistola que llevaba al cinto, pero sonó un disparo y el arma con su funda fue arrancada de la cintura del médico por una mano invisible. La automática cayó sobre la almadia. Uno de los fardos, colocados a modo de barandillas, impidió que se precipitara en el agua.

Ante tal alarde de decisión y puntería, Donald y la muchacha se estremecieron.

—¡Es usted un cobarde! —insultó Cookman—. ¡Dispare al pecho! Le considero capaz de asesinarme.

—Lo haré si se obstinan en que muramos todos. Pienso recordarle esa injuria en otro momento, Donald. Yo siempre devuelvo golpe por golpe y nunca olvido las ofensas.

El incidente relajó los nervios de Margaret, quién rompió a llorar. Erwin, aún con el revólver empuñado, encaróse con los negros para decirles en dialecto indígena:

—¡Nos salvaremos! ¡Si alguien se deja arrastrar por el miedo, le mataré!

Enfundó Sanderson el arma y no hizo nada por impedir que Cookman se apoderase de su automática, en perfecto estado de funcionamiento pues la bala disparada por Erwin cortó la correa que sujetaba la pistola al cinturón.

—¿No teme que pueda dispararle, Sanderson?

—Yo no temo a nadie —fue la seca respuesta.

El agua, rugiente, tumultuosa, continuaba arrastrando veloz la débil embarcación, a un ignorado destino. Todos, sentados unos y tumbados otros sobre las ramas y lianas, empapados en agua, pudieron escuchar las voces que, en su delirio, lanzaba Raymond Langley.

—¡Alicia!... ¿Por qué no me han matado a mí también?... ¡Maldito sea ese miserable!... ¡Deme el látigo, capataz! ¡Le mataré a correazos con la mano izquierda!... ¡Alicia!... ¡Alicia!

El profesor pronunciaba el nombre de la mujer tan angustiosamente que Margaret, muy impresionada, inclinó la cabeza, cesando en sus lágrimas.

Erwin, fruncidos los labios en un gesto de dureza, con un volcán

de contenida pasión en su alma, miraba en todas direcciones. Era inútil pretender gobernar la almadía y se resignó a su suerte.

—¡Si cesara el viento...! —musitó, en muda plegaria al Altísimo.

El agua saltaba sobre la frágil nave a impulsos de un fuerte oleaje. Todos, con el cuerpo empapado, sabiéndose a merced de la Providencia, esperaban de un momento a otro que la balsa volcara; pero los troncos, atados por gentes expertas en la vida en la selva, aguantaban bien los embates de los enfurecidos elementos.

La situación era desesperada. De pronto...

La almadía giró en redondo, dando varias vueltas. Uno de los negros, que se puso en pie, víctima de un ataque de pánico cayó al agua, desapareciendo de la vista de sus compañeros.

La rudimentaria embarcación continuó girando durante unos minutos que a los expedicionarios les parecieron siglos para, inesperadamente, salir disparada hacia el Oeste, igual que un gigantesco proyectil.

Pese a la humedad, Sanderson sudaba; no de miedo, pues en su vida jamás había experimentado tal sentimiento, sino de excitación.

Un crujido hizo que todos se miraran con espanto. Las cuerdas que unían las dos balsas acababan de romperse. La almadía construida por Kasama y los portadores se apartó de la que ocupaban Raymond Langley y su hija, Cookman, Sanderson, el capataz y cinco portadores.

Desde la balsa, los blancos y los indígenas que con ellos se hallaban pudieron ver cómo la improvisada nave que conducía a los restantes negros, luego de ser presa de un remolino, zozobraba:

—¡Desgraciados! —comentó Erwin, a modo de oración fúnebre.

—¡Ellos son más felices que nosotros! ¡Ya han terminado de sufrir!

La respuesta del médico hizo fruncir el ceño al guía, quién nada dijo. En aquel momento, la balsa entraba en el radio de acción de encontradas corrientes y era sacudida con fuerza inconfundible. Margaret Langley hizo de nuevo la señal de la Cruz...

Capítulo III

EN EL LAGO TANGANICA

Tras unos segundos de angustia, la embarcación salió despedida de nuevo, siempre hacia el Oeste. Donald Cookman fue el primero en observar que...

—¡A ambos lados se ven las copas de numerosos árboles!

—Sí —repuso el guía—. Hemos salido de la zona pantanosa para navegar por un río. Creo no equivocarme si afirmo que iremos a parar al...

Margaret Langley que, siempre temerosa, oteaba el horizonte, exclamó:

—¡Mirad frente a nosotros!

Una gran superficie líquida, a la que no se veía fin, hizo brillar de esperanza los ojos de Erwin.

—¡El lago Tanganica! ¡Nos hemos salvado!

Quince minutos más tarde, la balsa navegaba suavemente por aguas tranquilas. Sanderson, poniéndose en pie, miró en todas direcciones.

—Rememos para intentar acercarnos a la orilla, hacia el Norte. Instalaremos un campamento fijo hasta que el profesor se encuentre en condiciones de caminar.

El capataz, los negros massai y Erwin, después de intensos esfuerzos, consiguieron arribar a una zona de espeso bosque, tan espeso que el sol, al no atravesar la techumbre de hojas, no podía alimentar con sus rayos la tierra por lo que la vegetación era nula. Solo en algunas zonas crecía un musgo suave, viscoso, producto de la continua humedad.

—Después de lo que hemos abandonado, me parece un paraíso —comentó Donald, mientras ayudaba a Sanderson a colocar la camilla de Raymond Langley al pie de un gigantesco roble.

No obtuvo respuesta. A Erwin le interesaba hacer un rápido recuento de las pérdidas en víveres. El resultado fue desalentador. Los fardos hundidos contenían la mayor parte de la leche en polvo, conservas y, lo que era más sensible, medicinas para combatir las fiebres tropicales, en especial la malaria. Solo se había salvado el estuche de cirujano de Cookman y una pequeña caja conteniendo antibióticos. Las provisiones se reducían a legumbres, caldo

concentrado, jamón y bizcocho.

—Tenemos víveres para quince días, si se alterna con caza. Casi todos los fardos iban en la balsa que se hundió.

—¿Le preocupa la comida en la selva, Erwin? África, en especial la zona en que nos hallamos, es considerada como el cazadero del mundo.

—No me inquieta demasiado. Pensaba en...

Miró al profesor, que se agitaba en la camilla. Luego, sin cruzar palabra con Donald o la muchacha, trepó a uno de los árboles próximos, machete en mano, seguido de Kasama. Poco después una gran hoguera iluminaba las primeras sombras de la noche, que se espesaron rápidamente.

Era grato el calor del fuego para quienes estuvieron durante horas angustiosas expuestos a la acción de la lluvia. La cena no fue muy copiosa. Todos deseaban descansar.

Estableciéronse tres turnos de guardia. El primero a cargo de Cookman, el segundo de Sanderson y el tercero del capataz massai.

—Oigan atentamente —previno el guía.

Rugidos próximos hicieron estremecerse a Margaret.

—¿Quiere asustarme, Erwin? —preguntó la muchacha.

—No. Tan solo que todos comprendan que la hoguera no debe apagarse. Para eso se establecen los centinelas.

Los porteadores subieron a los árboles para dormir acomodados en las crucetas de las ramas y el guía, la joven y el capataz tendieron varias lonas de los fardos en tierra acostándose sobre ellas mientras Cookman, con el fusil a la espalda, paseaba procurando no separarse mucho del fuego.

Sobre varias hojas de banano, el médico extendió el tabaco de pipa, totalmente húmedo, acercándolo a las llamas para que se secara. Le vigiló cuidadoso, volviéndolo varias veces hasta que pudo apelmazar con él su cachimba y entregarse a su placer favorito. Entre lo perdido en la inundación figuraban los paquetes de cigarrillos.

Sanderson, que no conseguía dominarse, se incorporó y previno a Cookman:

—Racione el tabaco. Creo que tendremos que prescindir de él durante muchos días.

—¿Quiere llenar su pipa? El mío está seco ya.

—Mi petaca es impermeable. Gracias. No quiero que comparta nada con un cobarde.

Donald, desconcertado, molesto consigo mismo por el insulto que lanzó contra el guía, balbució:

—No controlaba mis nervios... Fue un momento de arrebató y...

El orgullo del médico le impidió manifestar con más claridad su deseo de que Sanderson olvidara el incidente.

—Hay palabras que se clavan en el corazón de un hombre, sobre todo si este no se hace merecedor de ellas. Medite sobre lo que acabo de decirle.

El guía, acostándose de nuevo, cerró los ojos. Por su gusto hubiera vapuleado a Cookman hasta obligarle a pedirle perdón por la ofensa; pero él era el único capaz de atender al profesor Raymond Langley y no quería que Margaret le tachara de salvaje.

“¿Qué transformación se está operando en mi alma?”, se preguntó Sanderson.

Hasta entonces vivió pensando en la revancha. Moviése con desasosiego sobre la lona. El pasado, angustiándole, llenó de rencor su corazón. ¡Saciar la ira acumulada durante muchos años...!

¿Para qué esperó tanto tiempo? Extrajo su bolsa impermeable de tabaco, que contenía también su pipa. Minutos después, fumaba. Las aspiraciones largas, profundas, hicieron comprender a Donald Cookman, experto en psicología, que el alma de Sanderson estaba conturbada. ¿Cuáles eran los pensamientos de Erwin, cuyo primitivismo había llegado a constituir una preocupación para él?

Sin acertar a responderse a tal pregunta, el médico se inclinó sobre el herido, examinando de nuevo el muñón de la mano. No pudo contener un gesto de repugnancia al ver adherida a él una sanguijuela, que le costó trabajo arrancar...

* * *

A la mañana siguiente, el pesimismo invadió al grupo de expedicionarios. Provisto del sextante y la brújula, Sanderson, subido a la copa de uno de los árboles, estableció la posición del safari. Se hallaban entre Udyidi y Karema, en la zona del Unyambesi, a cientos de millas de ambas localidades y en un lugar en el que por la proximidad del lago los pantanos eran numerosísimos y los animales carniceros muy feroces.

—Si el profesor no estuviera herido atravesaríamos el Tanganica para internarnos en el Congo Belga y en el primer poblado indígena proveernos de víveres y porteadores. Solo hay una solución.

Erwin guardó silencio y Cookman le apremió:

—¿Cuál es?

—Construir una balsa, esta vez de troncos, colocar en ella velas confeccionadas con las lonas de los fardos y dirigirnos a Kasanga, el

punto más próximo a mi parecer para, una vez allí, reorganizar el safari, si es que el profesor quiere continuarlo. ¿Cómo sigue Langley, Donald?

—Muy mal. Los medios de que dispongo, después de la pérdida del material científico, son rudimentarios para atajar la fiebre, que no es combatida por los antibióticos. ¿Qué tiempo tardaremos en llegar a Kasanga?

—Varios días, si los vientos nos son favorables y no nos sorprende ninguna tormenta. ¿Conoce usted la superficie del lago, Cookman?

—Exactamente treinta y seis mil cuatrocientos ocho kilómetros cuadrados. Comprendo lo que quiere insinuarme con su pregunta. Pretende darme a entender que la travesía encierra peligro. ¿No es así?

—En efecto. Todo en África es gigantesco. Sus bosques, sus pantanos y sus lagos. Si caminamos por tierra, la fatiga será extraordinaria y tardaremos semanas en llegar a una zona civilizada donde se pueda prestar la debida asistencia facultativa al profesor. Por él agua, con algo que la Providencia nos ayude, podremos acortar el tiempo de forma considerable.

—Usted manda.

La aceptación de su autoridad por parte de Cookman hizo sonreír al guía, pero con una sonrisa extraña, indescifrable.

—Cuando usted lo dice, Donald...

Los cinco porteadores, el capataz y los dos hombres blancos comenzaron el peligroso trabajo de derribar pequeños árboles. De vez en vez, una serpiente escapaba por entre las piernas de los supervivientes del safari, quiénes no podían contener un estremecimiento. Grandes arañas, repugnantes por sus peludas patas, eran arrastradas a tierra por la caída de las ramas.

Margaret Langley, sentada junto a la camilla en la que dormía su padre, miraba con ansiedad los preparativos que se realizaban. Deseosa de ganar tiempo a fin de que el herido recibiese la asistencia quirúrgica imprescindible para salvar su vida, la muchacha se acercó a Sanderson, que desbastaba uno de los troncos.

—¿En qué puedo ayudarle? Me agradecería serle útil.

—Gracias, señorita —repuso él con frialdad—. Recoja las lianas que hemos ido separado de los árboles y llévelas a la orilla del lago. Es allí donde montaremos la balsa. ¡Ah! Tenga cuidado no confunda una serpiente con una liana.

La idea de poner sus manos en un ofidio hizo palidecer a la

joven, la cual sabiéndose observada por la mirada burlona de Erwin, se apresuró a replicar:

—Tendré cuidado por lo que a mi seguridad respecta.

Pronto se dio cuenta Margaret de que la misión que le había sido encomendada exigía un extraordinario esfuerzo. Las lianas, algunas bellamente cubiertas de flores, pesaban extraordinariamente a causa de la humedad y, por su extensión, eran de difícil manejo. A los cinco minutos de iniciada la tarea, la mujer sudaba, sintiendo punzadas en ambos brazos.

Estimulada por el amor propio, no queriendo confesar a Erwin su flaqueza, Margaret se inclinó para reanudar su tarea cuando algo chocó con su nuca, produciéndola un vivo dolor. El grito de espanto hizo volverse con rapidez a Cookman y al guía, así como al capataz y los porteadores. Sanderson, que se había acercado con rapidez a la muchacha, temeroso de que hubiera sucedido algo tan irremediable como la mordedura de una serpiente, al descubrir origen del susto, exclamó sarcástico:

—Decididamente, la selva no se ha hecho para las mujeres. Las rechaza por débiles. Un escarabajo gigante ha tropezado con su cabeza. Eso es todo. Vuelva junto a su padre. ¡No podemos perder tiempo en atender histerismos!

Las palabras de Erwin sonaron tan despectivas en los oídos de Margaret que esta, sin responderle, trémulas las manos, siguió su tarea, deteniéndose de vez en vez para descansar. Los machetes, manejados por las manos diestras de los expedicionarios, producían un ruido constante. Pronto los negros comenzaron a llevar troncos, de la misma medida, a la orilla del lago, colocándolos de forma que fuera fácil enlazarlos con las lianas que Margaret, pálido el rostro por el esfuerzo unas veces, congestionado otras, continuaba preparando.

Los expedicionarios, sin acordarse de tomar alimentos, invirtieron más de seis horas en preparar una embarcación sólida, provista, incluso de rudimentarias barandillas para que, en el supuesto de que se desencadenara un temporal de los que tan frecuentemente tenían lugar en el gran Lago, sirvieran de protección e impidiesen que alguien fuera arrojado al agua por un bandazo.

Erwin, que no descuidaba ningún detalle, construyó una gran caja para meter en ella lo poco que habían salvado de la inundación después del paso del pantano, atándola reciamente a proa a fin de utilizar las telas impermeables de los fardos para construir una ancha vela que, por un sistema de cuerdas, podía cambiarse de

dirección a voluntad.

Cookman se extrañaba al ver cómo el rostro del guía iba tornándose más grave, más sombrío con el tiempo. No pudo contener su curiosidad e inquirió:

—¿Qué le ocurre, Erwin? Debe sentirse satisfecho. Hemos realizado un bonito trabajo.

Sanderson se volvió al que hablaba.

—Anoche le di una oportunidad. Hoy le estoy brindando otra.

El médico, aunque comprendió perfectamente lo que Erwin deseaba, simuló no comprender. Si llevaba el diálogo de nuevo a la evocación del incidente en la balsa quizá le fuera fácil, sin humillarse delante de Margaret, pedir disculpas a Sanderson por el insulto. Pero Erwin no iba a darle ocasión de ello.

—Lancemos la balsa al agua.

Colocaron la camilla a popa, no sin esfuerzos. El guía contempló meditativo el muñón sanguinolento, del profesor, abstrayéndose en sus recuerdos. Le sacó de él la pregunta de Donald:

—¿A qué esperamos, Erwin?

—A nada. Suba también, Margaret. A nosotros nos tocará mojarnos.

La muchacha apresuróse a obedecer y minutos después la almadía, impulsada por los seis negros y los dos blancos flotaba en el agua, a unos metros de la orilla. Los porteadores, el capataz, el médico y el guía subieron a bordo.

—Tenemos viento propicio —dijo Sanderson manipulando en la vela—. Prepárenos comida, señorita. Todos, incluso usted, nos hemos ganado hoy el sustento.

Las aguas del lago estaban tranquilas y la balsa deslizábase por ellas con suavidad.

Margaret Langley dispuso bizcocho, tocino y frutos secos, que todos comieron con avidez. El profesor continuaba sin tomar otro alimento que pequeños sorbos de leche. Dos latas habíanse salvado del anterior naufragio, por fortuna para el herido.

—No desciende la fiebre. No me explico lo que le sucede. El muñón no se la produce. Estoy seguro. Tampoco el veneno de la serpiente. No hubo tiempo para que la sangre se contaminara. Será necesario practicar análisis para averiguar cuál es el foco de la infección. Puede tratarse de malaria. También de un ataque de paludismo. Me extraña que no haya tenido ni un solo momento de lucidez.

Tendidos sobre los troncos, reciamente enlazados por lianas, los expedicionarios se extasiaron en la contemplación de la maravillosa

puesta del sol en la selva y de un crepúsculo rico en matices. Al caer la noche, la almadía, a un cuarto de milla de la costa, era iluminada por la luna.

En la distancia, los árboles parecían fantasmas milenarios. De vez en vez escuchábanse los rugidos de las fieras, al acecho de la presa, en lucha por la existencia.

—El fuerte devora al débil —comentó Margaret en voz alta, deseosa de romper el silencio.

—Sí —repuso, ronco, Erwin—. Igual que entre los humanos.

Para evitar que la embarcación, a impulso de alguna corriente embarrancara en la orilla o fuese víctima del remolino de desagüe de cualquier río, Sanderson y Cookman se turnaron en la vigilancia durante toda la noche.

Margaret Langley, la primera en dormirse, fatigada por el trabajo de la anterior jornada, despertó de pronto. Le parecía oír un canto salvaje, de belleza inconcebible.

—“Estoy soñando”, se dijo.

No era así. Hasta sus oídos llegaba un murmullo suave. Sin moverse miró a Sanderson, sentado a proa, de perfil a ella. Los labios del guía movíanse con lentitud y de su garganta brotaba la extraña salmodia, con reminiscencias primitivas. Era un himno extraño, pleno de sonidos guturales, de breves silencios.

Los rayos del astro nocturno recortaban la figura de Erwin, embelleciéndola. La muchacha creyó adivinar un gesto de ternura, de ausencia espiritual en el hombre al que todos debían seguir viviendo...

—¡Alicia!... ¡Alicia...!

Las palabras pronunciadas por el profesor en el delirio sacaron a Erwin de su abstracción. Al volverse y reparar en que la muchacha le miraba, cesó en su canción y se dispuso a encender su cachimba. El pulso le temblaba y Margaret dedujo que estaba turbado, quizá porque ella le había sorprendido en un momento de debilidad.

—No puedo dormir —dijo Margaret.

El rostro de Erwin se endureció. De nuevo volvía a ser el hombre duro, irónico.

—No me extraña. La cama no es muy blanda.

La mujer sintió que un sentimiento de hostilidad la dominaba. Repuso, sin meditar mucho sus palabras:

—Lo que me quita el sueño y el sosiego es la certeza de que mi padre puede morir. Hace mal en creer que todos somos como usted.

Comprendiendo que había herido a Margaret, Sanderson apresuróse a rectificar:

—No quise ofenderla. El delirio de su padre se centra en un solo hecho, que al parecer tuvo importancia excepcional.

No era muy segura la voz del guía al pronunciar la última frase. Margaret, con un deje de nostalgia, repuso:

—Amaba mucho a mamá. La encontró una tarde muerta a cuchilladas en su habitación. Sus ropas estaban desgarradas y él dedujo que había sostenido una lucha para defender su honor, encontrando la muerte. Yo era muy pequeña; pero lo recuerdo como si lo estuviese viendo.

—¡Continúe! —apremió Erwin, con avidez.

—Papá se volvió como loco. El cuchillo pertenecía a un joven de dieciséis años. En la plantación, a muchas millas de la ciudad, no había otra ley que la que mi padre dictaba. Le azotó hasta matarle. Horas después, cuando dos negros fueron a sepultar el cadáver, no pudieron encontrarle.

Sanderson mordisqueó el extremo de la cachimba, aspirando el humo ansiosamente.

—¡Eso es también primitivismo, más terrible que el mío! Debieron dar a ese muchacho oportunidad de defenderse. ¿Quién era él?

—Uno de los criados. Yo siempre le consideré como persona incapaz de una mala acción. Sin embargo, muchos le acusaron de mirar en exceso a mi madre, siguiéndola cuando paseaba por el bosque. A nadie le extrañaba que el joven se sintiera atraído por su belleza. Mamá era muy guapa y tenía un especial encanto. Cuando ella murió, yo contaba nueve años. La recuerdo siempre, idealizada por mi cariño y por mi fantasía infantil.

La muchacha guardó silencio. Una leve brisa, al hinchar la vela, impulsaba a la balsa por el lago, convertido en plácido estanque.

—Desde entonces —prosiguió Margaret— papa se convirtió en otro hombre. Para mí sigue siendo el de siempre, bondadoso y bueno; pero es más duro; más despiadado para los demás. Me da la sensación de que desprecia la vida propia y la ajena.

—Es una mentalidad lógica después de cometer un asesinato y no arrepentirse de él.

—¡Papá no es un criminal!

Sanderson miró con fijeza a la muchacha.

—¿Está segura?

—Sí. Tengo la certeza de que no ha conseguido olvidar la bárbara muerte del que destruyó su felicidad, que siente vergüenza de haberle flagelado y...

—Con la mano izquierda. ¡Qué extraña coincidencia! Ya no

volverá a usarla para bueno ni para malo. Si escapa con vida tendrá un recuerdo permanente. ¿No piensa que Dios a veces castiga en la tierra los pecados de los hombres?

Margaret, desconcertada por las palabras del guía, no supo qué responder. Al fin, musitó:

—Es posible.

Callaron de nuevo, dejándose mecer el embrujo del silencio, por el misterio de la noche africana, pleno de poesía, de paz. Erwin, cuyo rostro habíase endurecido al escuchar el relato de Margaret, sintió que los músculos de su rostro se relajaban. Pese a la hostilidad que manifestaba hacia la mujer, sentíase atraído por ella.

“Soy incapaz de odiarla, aunque lleva la aborrecida sangre de Langley por sus venas” se dijo.

Un leve chapoteo sacó a Sanderson de su abstracción. La almadia habíase aproximado tanto a tierra que los que en ella se hallaban despiertos pudieron oír el ruido producido por un saurio al arrojarle al agua.

Erwin desvió la vela y de nuevo la embarcación adentróse en el lago, obediente a la hábil maniobra.

—¿Puede considerarse fracasado el safari, Margaret? Al hacerme cargo de la expedición se me dijo únicamente que debíamos atravesar el territorio de Tanganica por las zonas más inexploradas, estableciendo contacto con las tribus indígenas. Después nos internaríamos en el Congo Belga con el mismo fin de que el profesor realizara sus estudios sobre razas humanas. Usted y yo sabemos que eso no es cierto. Las aldeas de negros en las que hemos estado carecen de interés científico. Para estudiar a sus moradores no es necesario exponerse por el interior del territorio. Son numerosos los naturales, de todas las tribus, que trabajan en zonas civilizadas y que por unas libras se someterían a cualquier experimento. Me da la sensación de que su padre y Cookman buscan algo más. ¿Qué es ello? Está en su derecho de callarse. Yo acepté ser guía del safari sin más averiguaciones, porque me interesaron las condiciones económicas.

—Entonces, ¿a qué viene su curiosidad?

Los dos jóvenes se volvieron al sentir la voz de Cookman que, sentado, pudo escuchar la última parte del diálogo. En los ojos del médico había un brillo que Erwin no supo definir.

—Pensaba en ser más útil a la expedición, incluso en ofrecerse no ya como un asalariado sino también como un colaborador. Las relaciones humanas deben ser siempre superiores a las puramente comerciales —a Sanderson le costaba trabajo hablar así—. De todas

formas, allá ustedes.

—Esa es la verdad. Allá nosotros. ¿No puedes dormir, Margaret?

—No. Temo que encuentre muerto a papá al despertar.

—Yo le velaré mientras tú descansas.

—Lo intentaré; pero no lo creo posible, ¡Él es todo lo que me queda en el mundo!

La joven, luego de besar al profesor en las mejillas, se tendió sobre los troncos de la balsa, en un lugar en el que Erwin, al embarcar, depositó algunas hierbas para que el cuerpo no entrara directamente en contacto con los maderos.

Los dos hombres, en pie junto al mástil que sustentaba la vela, se miraron con hostilidad.

—¿Por qué no me pregunta a mí lo que desee saber del safari? —inquirió Cookman—. Lo contrario es abusar de la buena fe de la muchacha para averiguar lo que no le importa.

Sanderson se mordió los labios. Su primer impulso fue agredir a su interlocutor. Se contuvo con el deseo de saber.

—¿Tan secreto es el verdadero móvil que guía una expedición, aparentemente absurda?

—Es posible. ¿Por qué le parece absurda?

—Hay un ferrocarril desde Dar-es-Salaam hasta Udyidi que atraviesa el territorio del Tanganica desde el Océano Índico hasta el Lago. Todos los que desean internarse en el Congo Belga lo utilizan, evitándose así penosas jornadas.

La diestra de Cookman se aferró al mástil.

—¿Usted cobra por dirigir un safari o por investigar cuáles son los propósitos de los que lo integran? En Kasanga está a tiempo de volver a su choza. ¿No me responde?

Erwin pareció taladrar con la mirada a Donald.

—¡Es la segunda vez que me insulta y no se lo tolero! Yo no abuso de la buena fe de Margaret ni de la de nadie. ¿Quiere que le diga lo que pienso de usted? —el guía no dio tiempo al médico a responder—. ¡Es un mal nacido, aunque se cree superior a todos!

—¡Sanderson!

El aludido cogió a Cookman por las solapas de la camisa, zarandeándole brutalmente.

—¡No le tiro al agua porque le considero necesario para asistir al profesor; pero no quiero privarme de la satisfacción de demostrarle el desprecio que me inspira!

Un salivazo surgió de los labios de Erwin para ir a posarse en el rostro de Cookman que, muy pálido, desasiéndose con violencia, para lo que dejó un trozo de tela en las manos de su enemigo, llevó

la diestra a la pistola. Sanderson, que sin duda esperaba tal reacción, le dio un puntapié en la muñeca y luego, con ciega furia, sin medir las consecuencias de sus actos, le propinó un izquierdazo en el mentón. Un grito femenino despertó al capataz y a los negros, quienes vieron cómo Cookman, luego de retroceder unos pasos, caía de rodillas, aturdido, sin desplomarse por completo.

Margaret, que había lanzado el grito de angustia, contempló horrorizada cómo Donald intentaba esgrimir de nuevo la pistola. El guía, antes de que su adversario desenfundara el arma, le golpeó de nuevo en la mandíbula con la puntera de su bota. El golpe fue tan recio que el médico, privado del conocimiento, cayó como un fardo.

Sanderson se inclinó sobre su antagonista, extendiendo su mano derecha...

—¿Va a ensañarse con un vencido?

La muchacha sujetaba la diestra del hombre quien, sin desdeñar el grato contacto de los femeninos dedos repuso, muy sereno, evitando que a sus palabras trascendiera el temblor de la ira que le dominaba:

—No. Pretendo quitarle la automática. Son tres veces las que ha querido empuñarla contra mí. La primera, cuando la inundación, y las dos restantes, en unos segundos. En lo sucesivo irá sin armas y vigilado. A la próxima ofensa...

Erwin dejó la frase incompleta. Ella inquirió con avidez:

—¿Qué?

—Hará el resto del viaje atado de pies y manos, como un malhechor. No quiero que me obligue a matarle, ni aún en defensa propia. ¿Le ama, Margaret?

La pregunta, por lo inesperada, sorprendió a la muchacha, quien junto al guía, sin soltarle aún, tardó en responder varios minutos. Cuando lo hizo, el tono de su voz era de extraordinaria dulzura.

—¿Importa eso, Erwin?

Él, ronco, replicó:

—No; desde luego, no.

Ella pareció darse cuenta por vez primera de que el contacto de su mano con la del hombre ya no era enérgico sino más bien suave, como una caricia, y apresuróse a retirarla.

—¡Alicia!... ¡Yo le mataré a latigazos!

Margaret Langley se reunió con el profesor, que deliraba a grandes voces. Sanderson, volviéndose a los indígenas, ordenó:

—¡Todos a descansar! ¡Yo haré la guardia!

El fiel capataz, acercándose al guía, dijo:

—Yo velaré por tu vida.

Minutos más tarde, en la almadía reinaba de nuevo la quietud. En un lateral, como un guiñapo, Donald Cookman continuaba inconsciente. Cuatro metros a la izquierda, Margaret humedecía con un trapo las sienes de su padre quien, de vez en vez, se agitaba convulso, víctima de la fiebre. El capataz y los negros no tardaron en rendirse a un sueño reparador.

Erwin, a solas con sus recuerdos, se dijo que el pasado y el presente le angustiaban. ¿Por qué el presente? Si renunciaba a la venganza para recuperar la paz no necesitaría más que abandonar el safari apenas llegase a Kasanga. En el caso contrario...

Le pareció sentir de nuevo el golpe del machete al cortar la mano izquierda del profesor y se estremeció mientras un velo de sangre nublaba sus ojos.

No; nunca debió aceptar la proposición que le fue hecha por Langley para que condujera el safari por Tanganica y el Congo Belga. Ya casi se había olvidado de la revancha que acarició durante años cuando la presencia del hombre aborrecible le hizo evocar de nuevo las horas horribles que hicieron de él un hombre antes de tiempo, que le endurecieron en el trato con sus semejantes hasta merecer el sobrenombre de "Tigre solitario", con que era conocido en el África Oriental inglesa.

Observó que la muchacha le miraba de reojo, sin atreverse a hacerlo cara a cara y le invadió un sentimiento de congoja al que en vano quiso imponerse. ¡La vida le trataba con dureza!

El aire continuaba siendo propicio a la navegación y las aguas del lago brillaban a la luz de la luna coma un gigantesco espejo...

* * *

Donald Cookman, recobrando el conocimiento, se tendió en uno de los laterales de la balsa. Sanderson no dormía. ¿Qué temporal de pasiones se agitaba en el alma del médico?

El contacto con la selva endurecía a los hombres, convirtiendo al ser más civilizado en un ente primitivo, capaz de matar y morir en lucha por la existencia.

Cookman dedicaba sus cuidados a Raymond Langley, administrándole inyecciones para sostenerle con vida y, en particular, con el afán de que cediese la fiebre. El médico apenas si hablaba con Margaret, como si estuviera avergonzado de su derrota. Ella, comprendiendo cuáles eran los sentimientos de Donald, se esforzaba en distraerle, agradecida por su interés hacia Raymond, obteniendo como respuestas breves palabras.

Los negros entonaban lánguidas melopeas para distraer el ocio y, también, para dar gracias a los dioses por haberles salvado de tantos peligros.

El capataz indígena no perdía de vista a Cookman apenas Sanderson se entregaba al descanso, temeroso de una cobarde agresión.

Al fin, tras una semana de navegar por el Lago Tanganica, un amplio sector de costa, envuelta en la bruma, apareció a los ojos de los expedicionarios. Dos horas más tarde divisábanse ya los terrenos de cultivo, las plantaciones de café y algodón y los pocos edificios de tres plantas de Kasanga.

En el embarcadero, agrupáronse las autoridades, avisadas por el griterío de los indígenas.

Sanderson y Cookman hiciéronse cargo de la camilla del herido y fueron los primeros en saltar a tierra. El delegado del Gobierno británico, al ver las ropas destrozadas de los que arribaban en la balsa, sus rostros demacrados y el reducido número de porteadores, preguntó a Erwin, a quién conocían de otras veces en que llegó al pueblo guiando cazadores o científicos:

—¿Qué ha sucedido?

—Acompáñenos al hospital. Le informaré por el camino.

Margaret Langley lanzó un suspiro de alivio al ver a su padre acostado en una cama con ropas blancas y asistido por Donald Cookman, el médico de Kasanga y dos enfermeras de color. La aventura había terminado.

Nunca imaginó la muchacha cuán grande era su error al formularse tal pensamiento. La muerte rondaba en torno a los miembros del safari...



¡No hay palabras para expresarle la repugnancia que me inspira!

Capítulo IV

LA MUERTE SILENCIOSA

Míster Parker, delegado del Gobierno en Kasanga, fumaba calmoso tendido en la hamaca a la puerta de su *bungalow*. La historia que le había referido Erwin Sanderson le inquietaba por coincidir con algunos informes recibidos del Gobernador de Tanganica con respecto a...

Raymond Langley era el encargado de investigar en torno a los misteriosos sucesos que inquietaban a un sector del comercio internacional.

Aloxius Parker tomó en su diestra el vaso de ginebra y haciendo balancín con la hamaca se dispuso a tomar un buen trago de su bebida favorita. Algo silbó en el aire con un zumbido breve y el recipiente de cristal cayó de la diestra de Míster Parker, rompiéndose al chocar con el entarimado de madera del porche del *bungalow*, mientras el líquido penetraba por los intersticios de las tablas, siendo absorbido con rapidez.

El cuerpo del gobernador cayó de costado quedando inmóvil bajo la hamaca, mientras algo se quebraba bajo su peso.

La noche, tranquila, brillante el cielo tachonado de estrellas, no fue alterada por ningún ruido extraño. En el amplio jardín que rodeaba la residencia de Aloxius Parker imperaba la quietud más absoluta. Solo una sombra deslizóse por entre los árboles para saltar la cerca de madera que protegía el *bungalow* y perderse en las calles de Kasanga, desiertas en las altas horas de la madrugada.

Varios mosquitos atraídos por el olor de la sangre se precipitaron sobre el cuerpo de Míster Parker, posándose en derredor del astil de una flecha.

Muy lejano, como una salmodia de muerte, percibióse el “yu-yu” de los cánticos de los indígenas que, dos horas antes de la salida del sol, iniciaban sus faenas domésticas preparándose para el trabajo en las plantaciones. Las mujeres cocían plátanos en marmitas de barro cubiertas de hojas de banano y preparaban grandes tortas con huevos de esturión y tortuga para, luego, durante todo el día, poder alimentar a sus hijos que, jugando bajo los árboles, las contemplaban inclinadas sobre el algodón o las plantas de tabaco.

Al comenzar la tarea mañanera, las rústicas cabañas de troncos

y paja quedaban desiertas. Todas las familias trasladábanse a las zonas de trabajo. Los más jóvenes y fuertes se ofrecían a los capataces mientras los niños y los ancianos, en los bosques próximos, contemplaban los esfuerzos de quienes les sustentaban consumiendo de vez en vez plátanos dorados al fuego o trozos de tarta de huevos y maíz. Los pequeños se entretenían cazando lagartijas y grandes escarabajos, y los mayores evocaban sus años juveniles, cuando también ellos eran capaces de ganar el sustento.

En ocasiones, el rugido de un tigre o de un león estremecía a los que, entre los árboles, esperaban el fin de la jornada...

El cuerpo de Aloxius Parker tenía la inmovilidad de la muerte. Sin embargo, en el cerebro del hombre, turbado por densos velos, se agigantaba un deseo:

“¡Si llegara Sanderson a tiempo!”

Quiso girar de forma que su espalda quedara apoyada en el suelo, “para morir mirando al cielo”. Los músculos no le obedecieron. Intentó abrir los ojos y no pudo conseguirlo.

“Estoy muerto —se dijo Parker, íntimamente—. ¿Por qué, entonces, mi cerebro continúa en actividad? ¿Por qué?”. ¡Terrible interrogante, cara a la eternidad!

Un peso extraño, no tan fuerte como para ahogarle, pero sí como para convertirle en un inválido, se iba extendiendo de su pecho a su espalda.

“¡Qué extraño que no me acobarde la proximidad de la muerte! —tornó a pensar Parker—. ¡Si pudiera, beber un trago de ginebra quizá tuviese ánimos para volverme!”

El recuerdo de la ginebra le desasosegó. Tenía los labios resecos y notaba que empezaban a arderle.

“¡Qué insensatez recordar un licor a la hora del supremo tránsito! —volvió a decirse el delegado del Gobierno británico en Kasanga—. Lo único que importa es asegurarse la eternidad—. Se impuso en el hombre el sentido del deber—. Mis asesinos son los mismos a quienes el Gobierno quiere descubrir. ¡Si viniera Erwin!”

El júbilo inundó el corazón de Parker. Le parecía escuchar ruido de pasos por el amplio jardín. El temor de que fuese una alucinación, le angustió.

“Todos los cadáveres tienen siempre los ojos muy abiertos. Yo noto mis párpados cerrados. Eso quiere decir que...”

—¡Parker!... ¡Parker!... ¿Quién le hirió?

Al oír la voz de Sanderson, Aloxius quiso decir algo, sin conseguirlo. Notó que alguien le movía y, al fin, pudo mirar el rostro de Erwin, en el que se reflejaba la angustia.

El delegado del Gobierno negó con la cabeza. El guía del safari del profesor Raymond contempló los vidrios rotos en el suelo, comprendiendo que el ataque se efectuó en el momento en que el hombre iba a beber, por lo que, tomando la botella de ginebra, puso el gollete en los labios de Parker. El licor abrasó la garganta del herido, quien pudo balbucir:

—Gracias.

Al retirar el frasco, Sanderson vio que por las comisuras de los labios de Aloxius deslizábanse dos hilos de sangre. Examinó la flecha, cuya punta sobresalía por la espalda unos milímetros, después de atravesar el cuerpo del británico.

—Procure no moverse. Voy por un médico.

—Hay tiempo para ello. Espera. Dame más ginebra.

Erwin obedeció, temeroso de alejarse y de que una hemorragia segara la vida del que le miraba con angustia, temeroso de no disponer de tiempo para revelarles que...

—En el cajón central de mi despacho, en un sobre en el que con lápiz rojo he escrito la palabra “confidencial”, encontrarás los... — un golpe de tos interrumpió a Parker. La bocanada de sangre, al caer sobre su barbilla, hizo comprender a Sanderson que los minutos de aquel hombre estaban contados—. ¡Dios mío! ¡Dame fuerzas para seguir! —El herido jadeó, preso de mortal fatiga—. El gobierno ha enviado a Tanganica a varios agentes del Servicio Secreto. El contrabando de piedras preciosas aumenta y hay pánico en la bolsa diamantífera de Londres. Se ignora de dónde se extraen; pero se cree que es un contrabando realizado desde el Congo Belga. Las sospechas, por muy inverosímil que te parezca, recaen en...

Un borbotón de sangre brotó de nuevo por los labios de Parker, en cuyos ojos el guía adivinó el deseo de continuar hablando, de revelarles los nombres o el nombre de aquel o aquellos de quienes se dudaba. No pudo hacerlo. Un segundo vómito cortó la vida de Parker, cuyos ojos, muy fijos en el cielo, parecían enviar al Altísimo un mensaje en súplica de perdón.

Durante varios minutos, Sanderson permaneció cual una estatua, sin que se moviera ni un solo músculo de su rostro ni de su cuerpo. A sus pies estaba, muerto, el que, por consagrar su vida al cumplimiento del deber había agotado todos sus suspiros en defensa de los intereses que la patria le confiara.

Erwin reaccionó. Era un hombre de lucha, un ser primitivo que no concebía la debilidad de sentimientos. Con paso elástico, entró en el *bungalow* dando sonoras palmadas para despertar a los dos criados negros de Parker. Le extrañó que solo el silencio

respondiera a sus llamadas y se introdujo en la habitación en la que los sirvientes dormían. Su sorpresa y su indignación fue enorme. Los dos nativos, de toda confianza para Parker, se hallaban muertos, también con flechas clavadas en sus cuerpos.

Instintivamente, el guía miró a la ventana, abierta de par en par. Por allí, sin duda, entró la muerte.

Después de cerciorarse de que nada podía hacer por los dos negros, víctimas inocentes de una mano criminal, Erwin penetró en el despacho del Delegado británico en Kasanga. A la primera ojeada comprobó que había llegado tarde. Los papeles de la mesa de trabajo estaban revueltos y los dos muebles archivadores y el armario en el mayor desorden.

Fue en vano que buscara el sobre en el que, según Parker, había escrito la mención “confidencial”. Desalentado fue a dirigirse al porche de entrada, de nuevo junto al cadáver de Aloxius, cuando una voz enérgica le sobresaltó:

—¡El asesino está aún dentro! ¡Rodead la casa!

En una fracción de segundo, el guía comprendió cuán peligrosa era su situación de ser encontrado junto a los cadáveres. ¿Cómo justificar su presencia allí? Parker no podría decir que él le citó a altas horas de la madrugada para tener la certeza de que la entrevista carecería de enojosos testigos e, incluso, de que nadie vería penetrar a Sanderson en la casa.

¿Cómo y quién descubrió el asesinato para avisar a las autoridades militares de Kasanga? Solo un hombre pudo haber hecho la denuncia: el propio asesino. ¿Con qué fines? Tampoco dudó Erwin en darse la respuesta. ¡Con el de culparle a él del delito!

Rápido como el pensamiento, en la certeza de que de ser sorprendido en la fuga nadie dudaría de su culpabilidad, el joven penetró de nuevo en la casa para saltar por una ventana trasera y, encorvado, con el revólver empuñado por el cañón en forma de maza, correr por el jardín. De un salto, traspuso la valla de madera en el preciso instante que una sombra se aproximaba a él, gritándole:

—¡Alto o disparo!

Sin vacilaciones, Sanderson internóse entre los árboles inmediatos con el afán de protegerse entre los gruesos troncos. Dos detonaciones profanaron el silencio nocturno, sembrando la alarma en Kasanga.

Sudoroso, consciente de la gravedad de su situación, dispuesto a no ser capturado ni reconocido, Erwin, en posesión de extraordinarias facultades físicas, adentróse más y más en la zona

de bosque, con el riesgo, que no ignoraba, de tropezar con un animal carnívoros o de pisar algún reptil oculto entre la alta hierba.

Dio un rodeo de un cuarto de milla, sintiendo siempre a su espalda las voces de sus perseguidores y, en un rasgo de audacia, penetró de nuevo en Kasanga, por los arrabales inmediatos al lago.

En una calleja solitaria se detuvo, jadeante. Se volvió a tiempo de ver cómo cuatro soldados, que aún no le habían descubierto, desembocaban en uno de los extremos de la calle. No lo dudó. De seguir corriendo por el pueblo quizá tropezase con alguna patrulla militar, siendo detenido. La condena era la horca.

En una rápida mirada dióse cuenta de que se hallaba a la entrada de una taberna indígena. Pasó al interior, sin vacilaciones, empujando la sucia cortina que obstruía la puerta. El espectáculo no podía ser más deprimente. Sobre toscas mesas de madera dormitaban dos negros, y tres mulatas, tendidas en el suelo, descansaban también de una noche de excesivas libaciones. El dueño del establecimiento, un blanco de aspecto degenerado, miró al que entraba, acercándose perezoso a él:

—¿Qué es lo que va a tomar?

—Whisky. Una botella. Oiga. Soy guía profesional y...

—Le conozco, Sanderson. Estaba en la orilla del lago cuando llegó la balsa. Su nombre es famoso en Tanganica.

—Mejor aún. ¿Le importaría ganar tres libras? Para ello solo tiene que decir, si alguien le pregunta, que estoy aquí, medio borracho, desde las tres de la madrugada, quizá un poco antes. Las dos y media. Me siguen los soldados y...

El tabernero, rostro de fiebre, piel pegada al esqueleto, interrumpió a Erwin con una pregunta:

—¿No habrá peligro para mí? Míster Parker me ha amenazado con expulsarme de Kasanga.

—Nadie me vio.

—Entonces, de acuerdo. ¿Dijo cinco libras?

—Diez, si todo sale bien.

El dueño del establecimiento descorchó un frasco de licor. Sanderson, tomándolo con precipitación, vertió parte en su camisa y gran cantidad en el suelo, dejando solo un par de dedos en la botella. Luego fue a tenderse en uno de los rincones, no sin beber un buen trago para que su aliento oliera a *whisky*. Entornó los párpados, sin soltar la vasija de cristal.

Pese a que Erwin parecía soñoliento, su cerebro trabajaba a velocidad vertiginosa. ¿A quién iba a extrañarle que un guía, después de largas semanas por la selva, se embruteciera con alcohol

junto a un grupo de mulatas? En el código de la selva, inmoral, satisfacer los instintos tras graves peligros y grandes fatigas era casi obligado.

A través de la leve cortina de sus pestañas, Sanderson vio entrar en la taberna a un teniente, jefe del puesto de Kasanga, y a tres soldados. El oficial llevaba en su diestra el revólver de reglamento, y los soldados modernos “Winchester” de repetición.

El tabernero, que también simuló la modorra propia de aquel a quién despierta un hecho imprevisto, se acercó a los militares, esforzándose en sonreír.

—¿Quieren un trago? Sacaré para ustedes la mejor de mis botellas.

—¡Nos está prohibido beber en acto de servicio! Buscamos a un fugitivo, a un asesino. Antes de que responda quiero que sepa que se ahorca igualmente al culpable de un crimen que al encubridor. ¡Usted no es persona grata, Wallace Morgan!

—No lo ignoro; pero moriré aquí. Conoce mis antecedentes, oficial. Cumplí condena por robo en la cárcel y hube de internarme en un poblado de la selva, donde se ignora mi pasado. Los ingleses cuidan mucho la historia de quienes les rodean. Habló de un asesinato. Hace años que no se produce ninguno en Kasanga. ¿Quién fue la víctima?

El teniente miró con fijeza a su interlocutor.

—Mr. Parker. ¿Le alegra la noticia?

El rostro de Wallace Morgan no reflejó emoción alguna. Parecía esculpido en piedra.

—¿Quién le mató?

—¡Buscamos a su asesino! ¿Qué puede decirme con respecto a eso?

El tabernero, encogiéndose de hombros, repuso:

—¿Y qué quiere que le diga? Contemple el cuadro. Llevan muchas horas aquí embruteciéndose con alcohol.

El teniente examinó a los negros, centrando su atención en Sanderson, cuyo rostro, inclinado hacia adelante, no le era visible.

—Me repugna la presencia de un inglés en este tugurio —dijo, mientras golpeaba al guía en la cintura, con su bota izquierda.

Tuvo que repetir el golpe, con mayor contundencia, para que Erwin le mirara. El oficial, al reconocer al hombre, pronunció su apellido, con ostensible desprecio:

—¡Sanderson! ¿También usted?

El aludido, incorporándose no sin dificultades, pues simulaba una completa embriaguez, repitió con voz pastosa, acercando

mucho su boca al rostro del oficial para que este percibiera el olor a *whisky*:

—“¿También usted?” ¿Qué quiere decir con eso? ¿No soy dueño de hacer lo que... hip... se me antoje?

—Le tenía en mejor concepto.

—No soy un puritano. Además... ¿Quiere dejarme en paz? Es posible que dentro de un par de semanas haya de internarme de nuevo en la selva, expuesto a morir... hip... No me interesan sus opiniones personales.

Sanderson, que simulaba el hipo a la perfección, apuró un sorbo del contenido de la botella, arrojándola contra una de las paredes. La vasija, de recio cristal, no se rompió.

—¡Dame más licor, Morgan! Tengo dinero para pagarte. Estuve a punto de ahogarme en una inundación y he recorrido cientos de millas por el lago Tanganica. Estoy harto de agua.

El tabernero fue a coger una botella de una de las repisas de las paredes, pero el oficial se lo impidió con el gesto.

—Espere. He de interrogarle.

Con la pesadez y machaconería propia de los beodos, Erwin se encaró con el militar.

—¿Interrogarme a mí?... ¿A mí?... Yo no me meto con nadie, limitándome a hacer lo que se me antoja de regreso de mis viajes. ¡Déjeme en paz!

Al pronunciar tales palabras, Erwin empujó levemente al militar, quien, rojo de ira, apartó de su lado al borracho, no sin brusquedad.

—¡Pórtese con respeto!

Sanderson parpadeó con rapidez, en sus labios una sonrisa irónica:

—¿Respeto? Correspondo a su trato. Usted me ha despertado a puntapiés. El grado de teniente no le autoriza a convertirse en un déspota... Bien hablado, Erwin... Un déspota.

El guía se tambaleó peligrosamente y, para no caer, hubo de apoyarse en el tablero de una mesa, quedando encorvado, de espalda a los ingleses. El oficial, con un gesto de repugnancia, se volvió a los que le acompañaban:

—Vámonos. Nada nos resta que hacer aquí —ya en la puerta encaróse con el tabernero—. Espero que no me hayas mentido, Morgan, aunque desearía poderte probar lo contrario.

—Sé que me tiene un gran afecto —repuso Wallace, con sarcasmo—. Mis sentimientos son iguales a los suyos.

Los militares abandonaron la taberna. Erwin, temeroso de que estuvieran vigilando por cualquiera de los intersticios de las

paredes, entre tronco y tronco, o por las ventanas, se tumbó de nuevo, simulando quedar dormido.

Tan grande era el silencio en el local y tanta la fatiga de Sanderson que este se quedó dormido. Fue despertado por un zarandeo en los hombros y una frase burlona:

—Estamos los dos solos. No tiene por qué seguir fingiendo.

El guía tardó unos segundos en recordar lo ocurrido. A pocos pasos de él, mirándole socarronamente, se hallaba Wallace Morgan.

—Me venció el sueño.

El joven se puso en pie, pasándose los dedos de su mano derecha por los cabellos, para alisárselos. Luego, contempló la taberna. Los negros y las mulatas se habían marchado.

—¿Le costó trabajo echarles?

—Ninguno. Acostumbran a irse con las primeras luces del amanecer. ¿Quiere café?

—No vendrá mal una taza. Tampoco me desagradaría un cortadillo de ginebra.

Morgan sirvió a Erwin lo que este solicitaba, bruscamente, preguntó:

—¿Dijo usted que me daría cien libras esterlinas por callarme?

En los ojos del tabernero brillaba, una mirada maligna, canallesca. Sanderson, comprendiendo de qué iba a ser víctima en un futuro, se dispuso a cortarlo de raíz. Con violencia, cogió a Wallace por la pechera de la no muy limpia camisa, engaritando sus dedos en la tela. Luego, le zarandeo con brutalidad, acercando mucho su rostro al del hombre. Le tuteó, al musitar con los labios fruncidos por la ira:

—Los chantajistas suelen tener una muerte muy rápida. ¿Comprendes?

Morgan hizo un movimiento extraño con la diestra, que fue captado por Erwin. De un empujón, el guía separó al tabernero, en cuya mano derecha acababa de aparecer una navaja de grandes dimensiones.

—No me asustan los asesinos —repuso Wallace, con una sonrisa siniestra—. Sé defenderme.

—No lo creo.

El tabernero permanecía en pie, con la espalda apoyada en el mostrador, arqueadas las piernas, el torso hacia adelante, dispuesto a hacerse respetar. Sanderson, con un brillo de dureza en sus pupilas, desenfundó el revólver que nunca le abandonaba, pero tornó a guardarle.

—No quiero ventajas. Te daré un escarmiento. En lo sucesivo te

olvidarás de que existo por dos razones. La primera porque no te quedarán ganas de volver a verme. La segunda porque, ya te lo dijo el teniente, se ahorca igual a los autores que a los encubridores. En Tanganica, la justicia inglesa es muy expeditiva.

—No —opuso Morgan—. Si me presento para decir que cuando negué, tú me amenazabas con matarme y que, acobardado, no me decidí a denunciarte, no me ocurrirá nada. Además, pondré como condición mi libertad para denunciar al autor de la muerte de Mr. Parker.

—¡Yo no le maté!

—Eso no es cuenta mía. ¿Hablaste de ciento cincuenta libras? Los safaris se pagan muy bien y tendrás ahorros.

Encolerizado por el cinismo de su interlocutor, Sanderson se dispuso a iniciar el ataque para lo que, previamente, como tanteo, empezó a girar en semicírculo en torno a su enemigo, quien se movía a su vez para dar siempre la cara a su adversario.

—Te prevengo, Erwin, que en el presidio de Nairobi aprendí cómo debe manejarse un cuchillo. Ni un solo recluso consiguió vencerme y no pocos cayeron a mis manos.

—¿También eres asesino?

—En los grandes barracones para reclusos, apenas se toca silencio solo impera la ley del más fuerte. Ni un solo vigilante se atreve a entrar hasta el amanecer. Si a la mañana siguiente hay una víctima, las autoridades se limitan a retirarla, sin interrogatorios. Saben que en el presidio las delaciones se castigan con la muerte.

Al acecho, deseando sorprender al tabernero, Sanderson tornó a inquirir:

—¿Por qué te encerraron?

—Ya lo oíste. Por robo. Pasé cinco años en la penitenciaría y, después la sociedad comenzó a rechazarme. Era un buen delineante, pero... ¿qué empresa británica da trabajo a un ex-presidiario? Con el producto del delito por el que me encarcelaron y que las autoridades no pudieren encontrar por haberlo escondido horas antes de la detención en un sitio secreto, me trasladé a Kasanga montando este tugurio. ¡Quiero que sepas que no me importa morir pronto! Durante mi reclusión contraí una enfermedad incurable.

—Imaginaba que la proximidad de la muerte hacía más buenos a los hombres.

—En África no. ¡Nada más peligroso que una fiera herida! Tú lo sabes mejor que nadie.

—Yo apenas si conozco a los hombres. Mi vida de solitario me lo

ha impedido. Tuve un único contacto con ellos y, desde entonces, les desprecio. Ahora, después de hablar contigo, mi asco es mayor.

Erwin dábase cuenta de que su enemigo era un rival digno de él. No se descuidaba ni un segundo cual si comprendiera las intenciones ocultas del diálogo.

Dispuesto a acabar de una vez con el iniciado chantaje, convencido de que era imposible sorprender a Morgan, Sanderson, con ambos brazos hacia adelante se lanzó contra su rival. Al llegar a la altura del arma que el tabernero accionaba con propósitos homicidas,ladeó el cuerpo y el cuchillo encontró al aire mientras Erwin aferraba con ambas manos la cintura de su antagonista y, volteándole, le lanzaba a tierra.

Todo había sucedido con tal rapidez que antes de que Wallace lograra reaccionar, Sanderson, arrojándose sobre él, le aferraba la muñeca derecha.

Para el guía fue sencillo desarmar a un hombre de tan débil contextura como el tabernero. El puñal quedó en el suelo mientras el guía alzaba a su enemigo, quien, al querer desasirse, provocó unos movimientos bruscos.

—¡Te voy a machacar la cara, cobarde!

Sanderson, que miraba el rostro de su enemigo, observó en él una extraordinaria palidez. No volvió la cabeza, temeroso de que se tratara de un truco para sorprenderle hasta que una voz burlona le hizo palidecer:

—¿Molesto?

El teniente Anthony Bliven, comandante en jefe de las fuerzas armadas inglesas en Kasanga, sonreía con superioridad, satisfecho del efecto que su presencia causaba a los dos hombres. Wallace fue el primero en reaccionar:

—En absoluto. Me ayudará a cobrar lo que me pertenece. Después de haber roto tres botellas de *whisky* y beberse otra, asegura que quiero estafarle y se niega a pagarme. ¡Le voy a destrozár entre mis brazos!

Erwin admiró la agilidad mental de Morgan, su aplomo ante la presenta del oficial.

—¿Y ese cuchillo?

—Debió caérseme durante la lucha.

—¿No quiso agredir a Sanderson?

—Que él le responda.

La mirada del teniente Anthony Bliven se posó en la del guía, quien repuso:

—No hubo más violencia que la que ha presenciado. Quise

marcharme sin pagar más que una botella.

—¿Ya se le quitó la borrachera?

—Parece que sí. He dormido varias horas. ¿De qué hablamos anoche? No lo recuerdo.

—De un asesinato.

Fue perfecta la simulación de sorpresa por parte Sanderson.

—¿Asesinato? ¿No habrá bebido usted ahora?

—No. Anoche mataron a Mr. Aloxius Parker, Delegado del Gobierno en Kasanga.

Erwin frunció el entrecejo.

—¿Quién le mató?

—Aún no hemos podido averiguarlo. Perseguimos al asesino, pero se nos escabulló en esta calle o en alguna inmediata.

El guía miró con fijeza al oficial, seguro del efecto que iban a producirle sus palabras.

—Lo siento. Mr. Parker era la única persona sensata del pueblo.

Anthony Bliven suspiró profundamente, sin duda para dominarse.

—¿La única? Gracias por su amabilidad, Erwin.

—Estoy empezando a recordar su puntapié de anoche en el costado y el trato que me dispensó. ¿Cuál fue el móvil del crimen? ¿De quién sospecha?

—El móvil fue el robo, no de dinero, que apareció intacto en la caja fuerte, sino de documentos. Sospecho de todos... hasta de usted. He telegrafiado a la capital en espera de órdenes.

—¡Robo de documentos! —repitió Erwin—. ¡Qué extraño! ¿Qué documentos puede haber en Kasanga que induzcan al asesinato? Este es un lugar apartado de África, sin otro medio de vivir que la agricultura. No lo entiendo.

—Tampoco hace falta. ¿En qué queda su pleito con Morgan?

—Le pagaré las cuatro botellas si me lo pide por favor. No me importan unas monedas. Los hombres de aventura apreciamos poco el dinero.

Entregó varios billetes al tabernero que, humilde, hipócrita, dijo:

—Gracias. Le ruego que me disculpe los modales. Estaba algo nervioso después de una noche en vela.

El oficial, que no cesaba de mirar a los dos hombres, no advirtió en ellos nada anormal. Volvióse a Sanderson:

—¿Me acompaña? Voy a ver al profesor Langley.

—¡Nada se me ha perdido junto a ese hombre!

El tono de voz de Erwin era tan áspero, tan lleno de rencor, que el teniente le contempló sorprendido.

—¿Qué es lo que le sucede? Fue su guía y, según él, un guía admirable, el primero en el trabajo y en el peligro. Ha recobrado el conocimiento y su primer recuerdo fue para usted. Su hija también le admira. Solo Donald Cookman asegura que es usted un hombre peligroso.

Sanderson, mirando a Wallace Morgan, asintió:

—En eso no se equivoca. ¡Soy muy peligroso! Por algo me llaman el “Tigre solitario”. Le acompañaré hasta cerca del hospital donde permanece el profesor. Quiero dar un paseo por la selva para que se disipen los vapores alcohólicos por completo. Creo que no volveré a emborracharme.

Salieron los dos hombres. La niebla, surgida de las aguas del lago, comenzaba a ser vencida por el fuerte sol africano.

—En este ambiente, los hombres debiéramos ser ángeles y no monstruos de maldad y codicia.

Las palabras de Sanderson sonaron recias, provocando un comentario del oficial.

—Nadie pensaría bien de usted, ni aun oyéndole decir eso, después de verle anoche convertido en un guiñapo humano.

—Todos tenemos momentos de debilidad. Espero ser fuerte en lo sucesivo.

Anduvieron hasta llegar a la zona céntrica de Kasanga, donde había algunos edificios de dos pisos, de ladrillos, llevados en ferrocarril de Dar-es-Salaam a Udyidi y, desde allí, por el lago, a su punto de destino. El comercio era escaso. Sin embargo, en todas las tiendas había grandes reservas pues no era frecuente que un safari llegara hasta allí para proveerse. Casi todas las construcciones del pueblo eran de palos entretejidos, excepto las techumbres en las que se empleaban grandes hojas de banano, barro y ramas, formando una superficie impermeable a las grandes lluvias tropicales. Las casas, salvo excepciones, estaban construidas sobre una plataforma de madera para evitar en lo posible el peligro de los reptiles que, de noche, se acercaban al pueblo al olor de las aves de corral.

Esterillas de juncos sobre las puertas, en las partes altas, sujetas con dos maderos, brindaban sombra protectora a las entradas de los domicilios. Las grandes ventanas, constantemente abiertas, disponían también de tales toldos.

Al llegar a la altura del hospital, el teniente Bliven se detuvo.

—¿De veras no quiere pasar?

—Nada se me ha perdido ahí dentro.

Los dos hombres se miraron y el militar, perplejo, comentó:

—No le suponía tan absurdo en sus reacciones, Sanderson.

Juzgaba mejor a él “Tigre solitario”. Hasta aquí llegó su fama, envuelta en leyenda y en poesía. Ahora veo que, como todos, tiene parte de irresponsable y de débil.

—¿Por qué me supone irresponsable?

—Manda un safari, salva la vida al que le contrató y luego, sin motivo alguno, se niega a interesarse por su salud. Margaret me refirió con todo detalle las incidencias del viaje. Concibo su rencor hacia Cookman, pero no me explico el que parece experimentar hacia Raymond Langley. Él, en todo momento, le trató con cortesía.

Seco, casi ofensivo, Erwin repuso:

—Mis problemas solo a mí interesan.

—¡Allá usted!

El oficial tendió su diestra a Sanderson.

—No se enoje conmigo. Al insistir para que entrara, pensaba en Margaret Langley. La muchacha le estima y se duele de que no la recuerde. Hasta otro rato.

—Adiós, Bliven.

El guía, despacio, pensando, se alejó del edificio sanitario, uno de los pocos contruidos sólidamente. Al pasar cerca de la que fue residencia de Aloxius Parker no pudo evitar estremecerse. ¡Qué cerca estuvo de ser acusado de un triple asesinato! Sonrió irónico al recordar la escena de la taberna, su engaño a Anthony Bliven y su triunfo sobre el degenerado tabernero.

¿Por qué nadie mencionaba las muertes de los dos fieles criados del delegado del Gobierno británico en Kasanga? ¡Bah! Eran negros y había muchos en África. ¡Pésimo criterio colonialista en un gran continente llamado a independizarse en un futuro!

Sanderson, en el bosque, sentándose al pie de un corpulento baobab, sobre un montículo de tierra, se preguntó cuáles eran los documentos de los que Parker iba a hacerle entrega. ¡Qué lástima que muriera sin pronunciar el nombre de quien sospechaba! ¿Qué misterio se ocultaba detrás del asesinato? ¿Qué interés tenía el criminal en culparle a él?

Encendió su cachimba, aspirando el humo con deleite, mientras se repetía las últimas palabras de Anthony Bliven: “Margaret Langley se duele de que no la recuerde”.

Un profundo suspiro se escapó del pecho del guía al recordar a la joven. Era muy bella. No obstante...

Desasosegado, Erwin se incorporó y, colocando su diestra en el tronco del árbol, apoyó la cabeza en la mano en gesto de pesimismo, de hombre vencido. Una gigantesca tarántula pasó a escasos centímetros de sus cabellos sin que el hombre se

apercibiera de la presencia del arácnido. Una pareja de jirafas, con sus estúpidos rostros, emprendieron una rápida fuga al reparar en la presencia del hombre, a cuya proximidad llegaron sin advertirlo por la contraria dirección del viento.

La selva parecía un inmenso parque y no daba sensación de peligro. Pese a ello, en las charcas pululaban millones de mosquitos portadores de fiebres entre las grandes sabanas de alta vegetación acechaban los animales carniceros y los pequeños reptiles mensajeros de la muerte.

Sanderson inmóvil, seguro de que las fieras solo atacan al hombre para defenderse o procurarse el sustento, permaneció tranquilo, ajeno a cuanto le rodeaba, esforzándose en vencer la evocación que, obsesionándole, le torturaba. De nuevo, el pasado y el presente se fundían en su alma, acongojándole.

¡Malditos los Langley! ¿Margaret también? No se atrevió a darse la respuesta.

Apartó el brazo del tronco, irguiendo la cabeza, varias inspiraciones profundas le devolvieron la serenidad. Era muy posible que el safari del profesor terminara en Kasanga. Entonces podría regresar a su cabaña a continuar su existencia de hombre solitario, de “Tigre solitario”. Un ruido a su espalda, de ramas tronchadas, le hizo volverse con rapidez, llevando la diestra al revólver que pendía de su cintura. El asombro le dejó inmóvil. Una muchacha avanzaba hacia él, con una sonrisa de afecto en sus labios, tersos, plenos e vitalidad.

—¡Margaret! —exclamó.

—La misma. ¿Le molesto?

La hija de Raymond Langley no obtuvo respuesta; pero sin desanimarse por la sombría expresión del hombre, llegó hasta él, tendiéndole la mano. Al estrecharla, Sanderson se sintió feliz...

Capítulo V

UN PASADO DE INFORTUNIO

—Mis padres fueron durante muchos años criados de un matrimonio de plantadores. No eran maltratados pero, en ocasiones, el amo comportábase brutalmente con todos. Nadie escapaba a su enojo. Se trataba de un inglés altivo, convencido de su superioridad racial. Llevaba siempre un látigo con el que acostumbraba a imponer su autoridad en los campos de café y algodón donde, casi en régimen de esclavitud, trabajaban centenares de indígenas. Mi madre cocinaba para todos. Mi padre era uno de los cinco capataces, el menos considerado por su jefe debido a su falta de crueldad. Le daban lástima aquellos pobres diablos que se inclinaban sobre la tierra de sol y no era capaz de golpearles si sorprendía a alguno descansando, aunque le ordenaba seguir la tarea. Yo era apenas un mozalbete y recorría la hacienda curioseándolo todo. En tres momentos probé el látigo del amo, como todos llamábamos al inglés. Fue en castigo a travesuras.

Erwin Sanderson hizo una breve pausa. Margaret Langley le miraba y había en su rostro un gesto de comprensión. El agregó:

—Creo que será mejor que interrumpa una historia amarga. Apenas si la he comenzado y ya siento hervir mi sangre con deseos de venganza. No me pida que continúe.

—Insisto en ello, Sanderson —repuso ella con voz dulce—. Le considero un hombre bueno, desesperado a veces. ¡Quiero conocerle bien para ayudarle! Bliven me dijo que no quiso entrar a ver a mi padre y vine en su busca. ¿Por qué nos odia, Erwin? ¿Qué mal pudimos hacerle?

El guía desvió su mirada de la de la mujer, turbado sin saber la causa. La serenidad de Margaret, su dulzura, le desconcertaban. Reaccionó con aspereza para no dejarse vencer por el encanto femenino.

—¿Ya no me considera un salvaje, un monstruo?

—Le considero un hombre aferrado a un ayer infeliz, incapaz de librarse de las cadenas del recuerdo. ¿Sabe en qué se distinguen los seres fuertes de los débiles? Voy a decírselo. No es para mí más valeroso el que se enfrenta a los peligros de la selva y los vence o es capaz de dominar a todos sus enemigos, sino el que sobre un

pasado de cenizas es capaz de conseguir la felicidad, levantando un presente venturoso, sin volver la vista atrás. Le escucho de nuevo, Erwin. Creo que me necesita y estoy dispuesta a ayudarlo. ¿Me deja ser su amiga?

Hubo un breve silencio roto al fin, por la voz ronca de Sanderson:

—Sí.

Nueva pausa. Erwin parecía abstraerse en las evoluciones de un mono de la especie güerza que saltaba de rama en rama con evidente regocijo, apoderándose de vez en vez de algunos frutos, en particular bananas, unos para comérselos y otros para arrojarlos a tierra.

—A los dieciséis años yo era un muchacho fuerte, que representaba tres o cuatro más. La esposa del inglés a quién servía, que me conoció desde pocos meses después de nacer, cuando mis padres entraron al servicio de la plantación, seguía considerándome un niño. Si me encontraba en el campo o en cualquiera de las plantaciones de la casa me acariciaba los cabellos igual que a una criatura. Ella era muy buena, una santa. A espalda de su marido se preocupaba del bienestar de los trabajadores, de atenderles en sus enfermedades, de mejorar su alimentación.

Sanderson clavó el tacón de una de sus botas en tierra, distrayéndose unos minutos en marcar la huella.

—Un día, sin saber la causa, observé que el amo comenzaba a mirarme torvamente. Mi madre, con su fino instinto me prohibió fuera más al *bungalow* del matrimonio y, también, que jugara con la única hija de los ingleses, siete años menor que yo. Le pregunté la causa, pero no quiso decírmela, por lo que seguí entrando como en mi era costumbre. La señora me llamaba para ayudarla a colocar cortinas o visillos. Yo quería mucho a la niña y...

El barrito de un elefante interrumpió al guía. Margaret Langley, que estaba sentada en una rama de árbol, derribada sin duda por algún rayo, se incorporó sobresaltada mientras a escasa distancia aparecía un enorme paquidermo. Sanderson, luego de examinar al animal con detenimiento, apresuróse a tranquilizar a la muchacha.

—No se asuste. Es inofensivo. Por fortuna no está enloquecido ni se cree atacado.

El elefante, tras ventear el aire en varias direcciones internóse en la selva y Erwin reanudó su historia...

—El trato del inglés fue siendo más duro para conmigo. A mi padre le extrañaba que no accediera a sus peticiones de darme trabajo. Una noche le llamó a su despacho para decirle que había

decidido enviarme a la isla Zanzíbar, a la factoría de un amigo suyo. Mi padre se opuso a separarse de mí, alegando que era el único hijo. Yo escuchaba el diálogo desde el exterior, a través de una ventana. Aún recuerdo la orden imperativa del amo, que añadió: “El muchacho no puede vivir aquí. Tendrás que pensar en acompañarle con tu esposa, aunque para vosotros dos no hay trabajo”. La amenaza era evidente. Yo, asomándome, con riesgo de ser descubierto, pude advertir la palidez del hombre al que más quería. Le asustaba la miseria. Ahora, a muchos años de su muerte, puedo reflejar bien su carácter. Era un hombre zarandeado por el destino, sin fuerza para la lucha. Volví a escuchar las palabras del amo.

¡Cuánto desprecio en la voz de Sanderson al pronunciar “el amo!”

—No despedía a mis padres, antes bien él les aconsejaba que permanecieran en la plantación. Solo yo no podía hacerlo. ¿La causa? El que me echaba, no quiso decírla y yo no era capaz de adivinarla. Creo que mi padre sí lo comprendió. Le vi abandonar el *bungalow* con la cabeza inclinada y le seguí sin ser advertido. Mi madre decidió que iríamos todos a la isla de Zanzíbar. Con lo que yo ganara nos sostendríamos los tres hasta que ellos encontraran un empleo. Decidieron partir a finales de mes para percibir íntegro el sueldo y poder costear el viaje. Mi madre fue a ocuparse de preparar la cena para los amos y para los criados, y yo abordé a mi padre diciéndole que había oído su conversación y que no era necesario que ellos me siguieran. Él me abrazó, asegurándome que no nos separaríamos. “Tal vez pueda convencerle para que nos quedemos los tres aquí”, me dijo. Transcurrieron los días. La hija del matrimonio, sin duda aleccionada por su padre, empezó a rehuir mi presencia. Yo observaba miradas maliciosas entre los capataces, quienes comentaban algo que provocaba en ellos carcajadas. Pese a mi cuerpo de hombre, yo era un niño de alma.

Los ojos del guía estaban cubiertos de un velo, tal vez de la sombra de una lágrima.

—La noche antes de partir de la plantación, yo dormía profundamente cuando me despertaron dos de los capataces con brutalidad. Ante mí estaba el amo, con el látigo pendiente de la cintura. Me echó las manos al cuello, comenzando a apretar con fuerza. Quise resistirme, pero no pude. Ya me daba por muerto cuando oí su voz aborrecida: “Acabar así sería demasiado dulce para él. Atadle a un poste en el patio. Morirá a latigazos”. Se dispusieron a cumplir la orden. Mientras me llevaban —prosiguió Erwin— me informaron, entre empujones y golpes, de lo que

motivaba la cólera del amo. Su esposa había aparecido muerta de una cuchillada, con las ropas destrozadas, lo que hacía pensar que luchó por defender su honor. ¡Para aquel inglés, brutal, yo era el culpable! Entonces, tarde, comprendí la causa de mi alejamiento. Estaba celoso de mí y del trato maternal que recibía de su esposa. ¡Creyó que intenté gozar del cariño de su mujer! antes de marcharme para siempre de allí y que al no conseguirlo la apuñalé. El arma homicida me pertenecía.

Sanderson, con los ojos inyectados en sangre, miró: a la muchacha, que le escuchaba horrorizada.

—¡Calle, Erwin! —gritó Margaret—. No siga.

—Sí. Ahora es necesario que me escuche para que comprenda mi odio, para que se dé cuenta de lo que me convirtió en un tigre solitario, en un hombre primitivo.

El guía, con los puños crispados, tensos los músculos del cuello y de los brazos, continuó, con voz ronca, centelleante la mirada:

—Fueron inútiles mis protestas de inocencia. Los capataces comenzaron a golpearme, pero el amo, a quién no le satisfacía que otros me azotaran, tomó el látigo con la mano izquierda, ya que la derecha se la lesionó días antes al desclavar uno de los cajones de herramientas que nos enviaron desde Dar-es-Salaam a Mahenge, zona situada al Norte de los montes Livingstone. La plantación hallábase enclavada en... ¿Necesito decírselo, Margaret?

—¡No! ¡Calle, por Dios! ¡Es espantoso!

—Ahora ya no tanto —repuso el guía, con ferocidad—. Lo peor fue entonces. El amo me golpeó hasta que mi cuerpo quedó convertido en un amasijo sanguinolento. Luego, dejándome por muerto, dio orden de que nadie me desatara para que el cadáver quedase expuesto a la voracidad de los buitres o los animales carnívoros nocturnos. Cuando la explanada central de la hacienda quedó solitaria y la luna estuvo muy alta, mis padres, que fueron inmovilizados con la amenaza de los revólveres que empuñaban los capataces, se apoderaron de mí e internáronse en la selva.

“Pasamos, los tres, la noche en la copa de un árbol, sintiendo merodear a las fieras, a quienes atraía el olor de mi sangre. Supe todos estos detalles semanas después, ya que entonces no estaba en condiciones de darme cuenta de nada. Mi respiración era un estertor agónico y mi cuerpo una llaga. Aquella noche, según mis padres, llovió mucho. Fui restableciéndome despacio. Era joven y Dios obró un milagro para que no muriese. Nos alimentábamos con los frutos del bosque y con caza menor que mi padre procuraba con lazos. Cuando estuve en condiciones de andar, nos pusimos en

marcha, dando un gran rodeo para no cruzar los terrenos de la plantación en la que permanecemos hasta entonces. Ello nos obligó a desviarnos por zonas no conocidas y, de pronto...

Erwin cerró los ojos, espantado por el recuerdo. Su pecho alzábase con violencia, rítmicamente, síntoma revelador de que un volcán ardía en su alma. Margaret, impresionada por el aspecto de Sanderson, se reprochó tarde haber insistido en conocer su pasado, un pasado que también a ella pertenecía. Recordaba, pese a ser muy niña entonces, cómo hubo de retirarse de la ventana, llorando al contemplar la brutal flagelación.

—De pronto, mis padres, que iban en cabeza, perdieron pie en un pantano, disimulado por un tapiz de hierba que daba apariencia de tierra firme. Quise auxiliarles, pero fue inútil. Me faltaban fuerzas para tirar de ellos y les vi hundirse en el barro, entre un chapoteo de burbujas.

De nuevo, Erwin guardó silencio, con los ojos cerrados, cual si se negara a rememorar la escena de pesadilla.

—Ignoro el tiempo que permanecí inmóvil, sin darme cuenta de lo que me rodeaba, sintiéndome morir de pena. Me rehíce y, en un afán de venganza, aquella noche merodeé por la plantación abandonada, con ansias de matar. Los perros no me permitieron acercarme y, acosado por ellos, volví a internarme en la selva. Me encontraba débil y comprendí que era muy joven para enfrentarme con... ¿Quiere que pronuncie el nombre del miserable que me azotó causando, indirectamente, la muerte de mis padres? ¡Se llamaba Raymond Langley!

Una serpiente arrastróse perezosa de la rama baja de un árbol a tierra, perdiéndose a lo lejos, entre la hierba, en busca, sin duda, de caza.

—Caminé hacia el Norte, llegando a una tribu indígena donde fui acogido con pruebas de amistad. Estuve allí cerca de dos años. El tiempo fue cicatrizando las heridas de mi corazón; pero me invadía un sordo rencor contra el que me convirtió en su víctima. Abandoné a los negros para formar parte de un safari con el que, en largos meses y como capataz de los porteadores, atravesé Tanganica y Uganda. Más tarde, hice otros viajes, siempre lejos de los montes Livingstone hasta convertirme en lo que soy, en un guía de expediciones, buen conocedor de la selva. Asqueado de los hombres, con la amarga experiencia de lo pasado y las que iba adquiriendo, me instalé como cazador profesional en mi cabaña de las afueras de Wanza, cara a la selva, al Sur del Lago Victoria. Allí he vivido con el afán de la revancha, pero sin decidirme a ejecutarla. Mis padres me

enseñaron la religión católica y ella me ataba.

—No tiene cicatrices en el rostro —dijo Margaret.

—Oculté la cara entre las manos durante la flagelación. Ve a mi cuerpo.

De un tirón, Erwin abrió su camisa, haciendo saltar todos los botones. Aunque medio ocultos por el vello que cubría el torso del hombre, la muchacha pudo ver unos surcos violáceos.

—Cuando el profesor fue a buscarme para que dirigiera un safari él ignoraba que yo era aquel muchacho. Al parecer, todos me creyeron muerto. Me dije entonces que si el azar disponía que Raymond Langley me buscara era porque la venganza debía cumplirse. Acepté el encargo y aunque le conduje por zonas pantanosas no tuve valor para hacerle morir igual que a mis padres. Ahora comprendo lo que el Destino dispuso: que yo, para salvarle la vida, le seccionara la mano izquierda con la que fui azotado.

Terminada su historia, Sanderson tornó a sentarse sobre un montículo de tierra, abstrayéndose en su dolor. Ella, acercándosele, le puso una mano sobre la cabeza.

—¿Sigue odiándonos?

Él se revolvió como si acababa de sentir el contacto de una serpiente.

—¡No me toque! ¡Váyase de aquí! ¡No quiero verla!

Tanta violencia reflejaba las palabras del guía que la joven, atemorizada, comenzó a retirarse, sin perder de vista al que le ordenaba alejarse de él. Había pretendido ganarse la confianza de Sanderson y...

Un disparo rasgó el silencio del bosque. Margaret, horrorizada, vio cómo Erwin caía a tierra...

* * *

Raymond Langley, en su lecho de enfermo, contempló con fijeza a Donald Cookman y al teniente Anthony Bliven. Los ojos del profesor brillaban de fiebre, pero sus palabras eran enérgicas.

—Apenas me reponga, reanudaré el safari, completando el número de portadores con indígenas de las aldeas inmediatas a Kasanga.

—Tal vez Sanderson se niegue a acompañarnos. Podemos buscar otro guía —insinuó el médico, que fumaba un cigarrillo acodado en la barandilla de los pies de la cama.

—¡Tendrá que venir con nosotros, Donald! Ningún hombre mejor que él. Nos lo ha demostrado. Además... ¿dónde encontrar un

buen conocedor del terreno que hemos de recorrer? No abundan los buenos guías.

—Sanderson es un hombre peligroso.

El profesor clavó su mirada centellante en el médico.

—Ya me refirió mi hija sus tropiezos con él. Hizo mal en enfrentársele. No es de los que se doblegan y retroceden ante el peligro.

Cookman, sin encontrar argumentos para convencer a Langley, insinuó:

—Quizá no quiera acompañarnos.

—Tendrá que hacerlo. Firmamos un contrato y recibí un dinero a cuenta. Deseo encontrarme pronto bien. Perder una mano no es gran cosa. Me comprometí a investigar acerca del contrabando de piedras preciosas y yo cumplo siempre mi palabra... A usted, nadie le obliga a venir.

—Iré. Usted sabe la causa.

—La adivino. ¿Margaret?

—Sí. Espero convencerla para que se case conmigo.

—Allá ustedes... No creo que haya ganado mucho en la estimación de mi hija con los vapuleos de que Erwin le hizo objeto.

—Espero tomarme pronto la revancha.

Anthony Bliven, que permanecía silencioso intervino en el diálogo para aconsejar al médico:

—Procure olvidar lo ocurrido. El apodo de "Tigre solitario" no se le puso a Sanderson caprichosamente. Cara a cara no podrá vencerle nunca.

—Será cuestión de probar.

Cookman se volvió de espaldas al oficial y al profesor para que estos no observaran su enigmática sonrisa...

* * *

—¡Erwin! ¡Erwin!

La joven, arrodillada junto al guía le zarandeó con el deseo de comprobar que no había muerto. Al serenarse, tomó una de las muñecas del hombre, sintiendo el latido del pulso, símbolo de vida. Se sorprendió al oír:

—Continúe como ahora. El que ha disparado contra mí volverá a hacerlo si me ve incorporarme.

—Entonces... —murmuró, asombrada y feliz, la muchacha.

—El proyectil silbó en mi oído izquierdo. Me hice el muerto con el propósito de que el agresor se acercara a rematarme. Usted lo ha

impedido. Póngase en pie y mire en derredor cual si deseara descubrir al culpable. Yo soy la víctima elegida y no correrá peligro.

Margaret Langley, admirando el valor de Erwin, hizo lo que este le indicaba. No pudo ver a nadie. Salvo las evoluciones de los pájaros y los simios, la soledad era absoluta en el bosque.

Transcurrieron los minutos. Inesperadamente para la mujer, Sanderson, incorporándose con increíble rapidez, saltó para protegerse en el tronco de uno de los árboles inmediatos.

—Venga a mi lado. Es posible que el frustrado asesino continúe vigilándonos.

En la diestra del guía apareció el revólver que nunca le abandonaba. La muchacha, al aproximarse a Erwin, observó en los ojos de este un brillo de excitación.

Los dos jóvenes, amparados en el tronco del árbol, permanecieron inmóviles largo rato, hasta convencerse de que nadie les acechaba. Sin duda el agresor había huido. ¿Antes de que Sanderson se incorporara o después?

—Permanezca escondida. Veré si vuelven a disparar. No podemos aguardar aquí eternamente.

—¡Pueden matarle!

Una sonrisa triste iluminó los labios del hombre.

—Tal vez fuera lo mejor para mí...

Erwin se exhibió procurando que las lianas que colgaban de los árboles dificultaran la puntería de su enemigo. Como no se produjera un nuevo atentado, se convenció que el peligro había pasado.

—Regresemos a Kasanga —dijo Sanderson.

En silencio, emprendieron el camino. Margaret dábase cuenta de que el guía llevaba los músculos tensos y que no cesaba de vigilar los alrededores.

Ya en el centro del pueblo, al pasar cerca del Club de Plantadores la joven, que deseaba hablar con Erwin, dijo:

—Tengo sed. ¿No me invita a un refresco?

—Como quiera.

Entraron en un amplio local, en el que había numerosas mesas y un mostrador al fondo.

—¿Nos sentamos? —tornó a inquirir la joven.

—A su gusto.

Acomodados en dos cómodos sillones de mimbre, ambos guardaron silencio. Ella, sin preámbulo alguno, comenzó:

Para mi padre ha constituido una obsesión la idea de que le asesinó a latigazos. Entonces estaba enloquecido y no era

responsable de sus actos.

Ronca la voz, como siempre que evocaba el pasado, Erwin ordenó:

—¡No le diga nada!

—¿Por qué?

—Es mejor que no lo sepa. Si hemos de continuar el safari, deseo que no tema en mí la venganza. Además... no podría resistir un diálogo con él. ¡Quizá le matase!

Una sonrisa de ternura iluminó las bellas facciones de Margaret.

—Aunque tarde, he aprendido a conocerle y me consta que es incapaz de una cobardía. Por encima de su primitivismo, de su odio, odio que ya no existe, está su formación católica. ¿Me equivoco?

El guía, sin responder, inclinó la cabeza. La muchacha puso su mano sobre una de las del hombre.

—¿Ya no le repugna mi contacto?

Él la miró con fijeza.

—Nunca me repugnó, pese a ser hija del que... ¿Necesito decirle que soy inocente de la muerte de su madre?

—No. Estoy segura de ello. ¿Quién pudo matarla? Nadie la odiaba. Era buena con todos.

De nuevo, el silencio pesó entre los dos jóvenes. Un camarero de color acercóse para preguntarles qué deseaban tomar. Pidieron zumo de limón que les fue servido poco después en grandes vasos.

—La vida se ha portado mal con usted, Erwin; pero le ha hecho un hombre fuerte, independiente. De continuar en la plantación de mi padre, a estas horas sería un capataz sin ambiciones, esclavizado a un trabajo agotador. Ahora es libre. Mamá siempre decía que Dios escribe derecho con renglones torcidos. ¡Quién sabe si algún día conocerá la felicidad!

—No lo creo posible mientras no recupere la paz de espíritu que perdí una noche, cuando me flageaban. ¡Es un recuerdo imborrable! ¡También el de mis padres desapareciendo en el cieno!

—Lo comprendo, Erwin.

Ella no había quitado su mano de sobre la del hombre, quien experimentaba la grata sensación del femenino contacto, de la tibieza de la piel de Margaret. La miró a los ojos, descubriendo en ellos una llama de afecto.

—¡Es usted muy buena!

—¡Haré todo lo posible para que el apellido Langley deje de serle odioso! ¿Lo conseguiré?

Sanderson no se atrevió a responder. El confusionismo

imperaba en su alma. Quiso desviar el diálogo:

—No imagino quién puede desearme la muerte.

—Conteste a mi anterior pregunta. No la eluda.

—Dejemos que transcurra el tiempo, Margaret.

En el cerebro de Erwin dos nombres iban agigantándose. El de Donald Cookman y el de Wallace Morgan. Una idea asaltó al guía.

—¿Por qué no me informa acerca del verdadero móvil del safari proyectado por su padre, Margaret? Veo algo misterioso en todo lo que nos rodea y no quisiera ser sorprendido por acontecimientos que pueden preverse.

Ella vaciló unos instantes. Luego, muy despacio, repuso:

—Lo haré con gusto; pero no se dé por enterado. Cookman se disgustaría. Él ha prevenido a mi padre contra usted.

Margaret apuró el contenido del vaso que tenía ante ella y, tras una leve meditación, dijo:

—Creo que debe saber que papá, sin venderlas, se desentendió de la dirección de sus plantaciones dedicándose a partir de entonces a los estudios de las razas del Continente Negro. Hemos residido en varias ciudades, según lo requerían sus investigaciones. Desde hace un año hemos cambiado muchas veces de lugar. Encontrándonos en Tabona, el gobernador de Tanganica envió un mensaje a mi padre ordenándole que le visitara en Dar-es-Salaam. Terminada la entrevista, en ferrocarril, nos dirigimos a Wanza, en su busca. Durante el recorrido y ya en compañía de Cookman, mi pretendiente sin éxito y gran amigo de papá, me informó de lo que el gobernador solicitó de él y que puede resumirse en breves palabras: una investigación en las tribus del interior de Tanganica y del Congo Belga, en la zona inmediata al gran lago, para averiguar quién es el traficante en piedras preciosas que está originando el pánico en la bolsa de Londres, de dónde extrae la mercancía y de qué medios se sirve para sacarla de Tanganica, pese a la intensa vigilancia de que son objeto todos los caminos, ferrocarriles y puertos. Le recomendó el mayor secreto rogándole que anunciara un safari científico o una cacería en gran escala. Mi padre optó por lo primero, considerándolo más conveniente.

La muchacha guardó un breve silencio, antes de continuar:

—No sé más, Erwin. Imagino que el gobernador daría amplios detalles, pero papá, muy reservado siempre, se limitó a una exposición general de los hechos.

—¡Contrabando de diamantes! —repitió Sanderson, como un eco a las anteriores palabras de la muchacha—. ¡Otra vez en juego la ambición de los hombres!

Mientras el guía apelmazaba el tabaco en la cachimba, disponiéndose a encenderla, Margaret, con disimulo, contempló las cicatrices del pecho de Erwin y se estremeció al recordar la historia referida poco antes por el que, con la mirada lejana, perdida quizá en la selva a través de uno de los ventanales posteriores del club, tal vez evocase también aquellas amargas horas.

—¿En qué piensa? —preguntó ella.

Erwin, sin responder, limitóse a sonreír a Margaret. ¿Por qué no encadenar el tráfico de piedras preciosas con el asesinato de Aloxius Parker? ¿Intentaron culparle del crimen y dispararon contra él para impedir que condujera de nuevo el safari del profesor Raymond Langley?

—En nada, Margaret; al menos en nada que se refiera a usted y a mi pasado. ¡Procuraré enterrar el odio en mi corazón; pero necesitare su ayuda!

—¡Cuenta con ella! —exclamó la muchacha, feliz.

—¿Calmó ya la sed?

—Por completo. Venga conmigo a visitar a papá y vea solo en él al hombre que le contrató para realizar un largo viaje por las selvas de Tanganica y el Congo Belga. Creo que la Providencia hizo que la mordedura de la serpiente se produjera en la mano izquierda y que usted, al cortársela para salvarle la vida, realizara a la par un acto de justicia.

Sanderson tardó varios segundos en responder, desviando su mirada de la de la joven:

—Es posible.

El guía depositó unas monedas en el velador y, en unión de Margaret se dispuso a abandonar el Club de los Plantadores. No llegó a hacerlo, un indígena, horrorizado, con las piernas cubiertas de arañazos, producidos por los espinos ocultos entre la alta vegetación de la selva, entró en el local, gritando unas palabras en dialecto bantú. Los que ocupaban el establecimiento, le rodearon, con la alarma reflejada en sus rostros.

—¿Qué dice, Erwin?

—Una manada de elefantes enloquecidos se dirige a Kasanga, procedente de la selva. Están destrozando ya las casas de los arrabales. ¡Salgamos! ¡Hay que actuar!

En la calle imperaba el confusionismo. Los escasos blancos entraban en sus domicilios para apoderarse de rifles, y los naturales del país se ocultaban, unos en sus viviendas, mientras otros tomaban lanzas y arcos con flechas uniéndose al grupo que caminaba hacia el bosque.

—¡Reúnase con su padre, Margaret! Hay que impedir que los elefantes produzcan centenares de víctimas.

—¡Iré con usted!

El guía, no deseando perder tiempo, corrió hacia el hotel de Kasanga en el que se alojaba, para coger su “Winchester” y un puñado de municiones que guardó en el bolsillo posterior del pantalón. Luego, siempre seguido de la muchacha, se encaminó hacia el lado de la selva en la que sostuvo su terrible diálogo con ella. Al llegar a los arrabales, ocupados por indígenas, un tropel de seres enloquecidos estuvo a punto de derribarles. Corrían las mujeres con sus hijos y, también, no pocos hombres, mientras se escuchaban próximos los resoplidos de los paquidermos. De vez en vez, oíanse fuertes crujidos, sin duda de casas al ser destrozadas, así como numerosas detonaciones de armas de fuego, con las que los capataces, dueños de plantaciones y soldados, intentaban rechazar la avalancha de animales enfurecidos.

—¡Vuélvase, Margaret! ¡Esto es muy peligroso!

Sin cerciorarse de si era obedecido o no por la muchacha, con el rifle en disposición de hacer fuego. Sanderson continuó avanzando. Pronto llegó junto al grupo de soldados, que mandaba el teniente Anthony Bliven. A unos treinta metros, cinco elefantes se complacían en destrozar cuanto encontraban a su paso. Erwin se volvió al sentir un grito de horror de Margaret. No tuvo necesidad de preguntar qué lo motivaba. La muchacha señalaba con la diestra a una mujer, que llevaba a dos pequeños de la mano, y que, al huir, ciega de pánico, no se daba cuenta de que uno de los paquidermos avanzaba hacia ella. Un golpe de trompa bastó para derribarla, mientras los niños continuaban corriendo. El animal alzó una de sus patas para aplastar debajo a la indígena en el preciso instante que del rifle de Sanderson brotaba una llamarada.

Con gran asombro y extraordinaria admiración, Margaret vio cómo el coloso, que había recibido el proyectil en uno de sus ojos, se tambaleaba como sacudido por un fuerte temporal cayendo de costado sobre una choza, que quedó derruida bajo el peso del enorme paquidermo.

—Buen tiro, Erwin —ponderó Anthony Bliven.

—Ofrecía un magnífico blanco —repuso el aludido, mientras continuaba haciendo fuego contra los restantes paquidermos.

El confusionismo era extraordinario, pero pronto, con la muerte de otro animal, acribillado a balazos, los restantes miembros de la manada comenzaron a retirarse hacia el bosque, no tardando en desaparecer. Una vez que el peligro hubo pasado, el oficial

comandante de la guarnición de Kasanga, limpiándose el sudor que corría pródigo por su frente, dijo:

—Hasta ahora, todos los ataques de los elefantes en las aldeas indígenas se produjeron por la noche. Nunca se atrevieron a acercarse tanto a Kasanga.

—Es la época de celo —repuso Sanderson—. Margaret y yo vimos un paquidermo en el bosque, hace una hora, pero su actitud era tranquila. Auxiliemos a las víctimas.

El ataque de los gigantescos animales había producido únicamente muertos, todos ellos aplastados por las poderosas patas, en número de catorce, de ellos ocho mujeres, dos hombres y cuatro niños.

Media hora más tarde, Erwin, el teniente y Margaret entraban en el hospital de Kasanga. Raymond Langley fumaba cigarrillos ingleses, sentado en el lecho.

—Celebro verle, Erwin. ¿Puedo contar con usted? Cookman y el director afirman que dentro de un par de semanas me encontraré bien.

Seco, a su pesar, el guía repuso:

—Firmamos un contrato y percibí un anticipo por realizar un safari, interrumpido a las pocas semanas de iniciarse.

—Contaba con esa respuesta, Sanderson. Hasta ahora no he tenido oportunidad de darle las gracias por haberme salvado la vida varias veces. Fue usted la Providencia para todos.

—Menos para Cookman —ironizó Erwin.

—Para él también, aunque no quiera reconocerlo. No le haga mucho caso. En el fondo es bueno. Se le aseguro.

—No lo dudo.

—La malaria cuyos ataques padecí coincidiendo con la amputación de la mano, va cediendo ya. ¿Quiere ocuparse de reclutar portadores y de adquirir lo necesario para reponer lo que perdimos en la inundación? Lo que usted disponga lo daré por bueno.

—Así lo haré.

Margaret, inquieta al observar la brevedad de las respuestas del guía, intervino en el diálogo:

—Yo seré tu secretaria, papá, y ayudaré a Sanderson.

Los ojos del profesor brillaron de ternura.

—Nadie mejor que tú, hija. ¿Insistes en acompañarnos? Debieras quedarte en Kasanga, bajo la protección del teniente Bliven, y esperar nuestro regreso. ¿A qué correr innecesarios peligros?

—No quiero separarme de ti papá. No insistas. Creí haberte convencido en la capital, antes de emprender el viaje.

Una sonrisa paternal iluminó el rostro del profesor:

—Lo conseguiste entonces y lo consigues ahora, pequeña. ¿Qué no lograrás tú de mí? Eres todo cuanto tengo en el mundo...

La voz de Langley se quebró en un deje nostálgico para adquirir su firmeza habitual.

—Bien, hija. Confío en ti y en Erwin. Yo procuraré acortar en lo posible mi convalecencia. ¿Y el capataz y los negros supervivientes?

—Se han empleado en una plantación hasta que emprendamos la marcha —repuso el guía —Cuando lo estime preciso vendré a comunicar con usted. En lo que se refiere a Donald Cookman...

Erwin calló, cual si no se atreviera a completar la frase.

—Diga, Sanderson.

—Si ha de venir con nosotros asegúrese de su fidelidad. Me sería muy desagradable tener que matarle en defensa propia. Por dos veces le he perdonado la vida cuando intentaba empuñar un revólver. Que no lo intente por tercera vez.

—¡Le exigiré obediencia!

Erwin, con una inclinación de cabeza al profesor y al teniente abandonó la alcoba de Raymond Langley, siendo acompañado por Margaret hasta la puerta exterior.

—¡Cúidese! —le rogó ella, con angustiada voz.

—¿Tanto le importa mi seguridad?

La muchacha, ruborizándose, repuso, en tono quedo:

—Sí, Erwin.

Luego, arrepentida de su afirmación, pronunciada con cariño, penetró de nuevo en el hospital, mientras Sanderson, sintiendo inundada su alma por una sensación desconocida hasta entonces, se dirigía a la taberna de Wallace Morgan dispuesto a averiguar si fue el autor del atentado de que le hicieron objeto horas antes en el bosque.

¿O lo fue Donald Cookman? Descartó enseguida tal suposición. Aunque despreciaba profundamente al médico, por su carácter tortuoso, irreflexivo, no le consideraba capaz de matarle a traición, fríamente. Era un hombre de carrera acostumbrado a luchar por las vidas de sus enfermos. Morgan, en cambio, sí tenía mentalidad de criminal.

“Me olvido del asesino de Aloxius Parker —se dijo Sanderson—. ¿Qué querría comunicarme el delegado británico en Kasanga? ¡He de averiguarlo!”

Confortado con tal decisión y acariciando la idea de internarse

de nuevo en las selvas del África misteriosa y salvaje, donde se encontraba en su elemento, Erwin penetró en el local de Wallace, quien, detrás del mostrador, con la ayuda de dos mulatas, se ocupaba de servir a varios clientes entre los que, con gran asombro del guía, pudo ver a su capataz. Fue a acercarse a Kasama, pero no llegó a hacerlo.

¿Qué le ocurría al negro que, fríamente, se limitaba a incorporarse para hacerle un saludo con la cabeza? Sin una sonrisa, sin un gesto de amistad.

Capítulo VI

INTRIGA EN ÁFRICA

Sanderson, intrigado por la actitud del negro, permaneció en la taberna hasta muy entrada la noche. Cuando nadie le observaba vertía el líquido en la tierra. Así consumió media botella de *whisky*, fumando pipa tras pipa. Morgan no se le acercó, por lo que no pudo iniciar con el tabernero el diálogo que le condujo hasta allí.

El establecimiento, repleto de público, cuya mayor parte permanecía de pie, era refugio de gente de toda condición, y grande fue la extrañeza de Erwin al observar que no pocos plantadores y capataces acudían a solazarse en el trato de mujeres mestizas, contravinando las severas órdenes dictadas en tal sentido por el teniente Bliven y por el asesinado Aloxius Parker.

A las tres de la madrugada, sin que Kasama abandonara la taberna, Sanderson salió al exterior. Una leve brisa, cargada de humedad, le acarició el rostro, en brusco contraste con la densa atmósfera que había respirado hasta entonces.

Anduvo despacio, en dirección al lago, en el que se reflejaba con nitidez la luz de la luna. Una sensación de paz invadió al hombre, de cara a la Naturaleza, paz que, inundando todos sus sentidos, le impidió advertir unas sombras que se deslizaban entre los edificios del muelle, situándose a su espalda. Cuando Erwin quiso advertir el ataque ya era tarde. Algo puntiagudo que, atravesándole la camisa penetraba en su carne varios milímetros, le hizo comprender que se había comportado de modo absurdo dejándose ganar por la belleza del paisaje con olvido del peligro que le amenazaba desde la muerte de Mr. Parker.

—¡Quieto o te atravieso! ¡No te vuelvas! ¡No me gusta que me vean la cara!

—¿Eres Morgan o estás a sueldo de él? —preguntó el guía, deseoso de ganar tiempo, en espera de una oportunidad que no iba a presentársele.

No obtuvo respuesta. Intuyendo lo que iba a sucederle, aún en la certeza de que iba a precipitar su trágico fin, Sanderson intentó girar el cuerpo con el propósito de defenderse. Algo duro le golpeó en la nuca, privándole del sentido. Ya no pudo enterarse de que dos hombres blancos, con atuendo colonial, le cogían por los pies y la

cabeza, arrojándole al lago. El agua chapoteó al recibir el cuerpo del hombre, condenado a una muerte segura...

* * *

Margaret Langley, acodada en la ventana de su dormitorio, todavía vestida, miraba, sin ver, el paisaje que a sus ojos se ofrecía. La vegetación era exuberante y un aroma de flores silvestres la inundaba. Frente a ella, árboles de diversas especies, predominando los encefalartos. Multitud de lianas, algunas de ellas cuajadas de flores, adornaban la selva.

El pensamiento de la joven centrábase en Sanderson, en el hombre valeroso y bueno al que tan mal había tratado la vida. ¡Qué fácil explicarse su primitivismo, su rudeza, después de escuchar su historia! Comprendía que cada vez que viera sus cicatrices el corazón se le inundara de odio.

La muchacha estaba sugestionada por la varonil belleza de Erwin, por su fortaleza física, por su gallardía al perdonar la vida al que osó desafiarle. Al recordar a Cookman, Margaret hizo una mueca de desagrado y pretendió ahuyentarlo de su mente, consiguiéndolo con facilidad merced al recuerdo de Sanderson, un recuerdo grato que, desasosegándola, la hacía comprender que algo se agigantaba en su alma, un sentimiento inmenso, muy superior a todos los experimentados hasta entonces.

Unos discretos golpes en la puerta sacaron a la joven de su abstracción. ¿Quién sería el visitante?

Se dispuso a abrir, pero antes de hacerlo creyó oportuno averiguar la identidad del que llamaba. La respuesta la hizo fruncir el ceño con enojo.

—Soy Donald. Quisiera hablar contigo.

—¿No puedes esperar a mañana? Iba a acostarme y no...

—Me gustaría que fuese ahora. No te molestaré mucho.

Margaret franqueó el paso al médico, creyéndose en el deber de ser correcta con el que había auxiliado a su padre durante el safari.

—No me molestas, Cookman. Estoy cansada. ¿Quieres sentarte?

La muchacha le señaló la descalzadora mientras ella se acomodaba a los pies del lecho. Hubo un breve silencio roto por el hombre.

—El teniente Bliven me ha contado la entrevista de Sanderson con tu padre. Es un error llevar a ese hombre de guía.

La mirada de la joven se endureció.

—¿Por qué? —preguntó con sequedad.

—He podido observar que le inspiramos profundo desprecio. Me preocupa su brutalidad una vez que nos encontremos a muchas millas de la civilización, en el Congo Belga. ¿Cómo reaccionará cuando conozca el verdadero objeto de la expedición?

—Bien. Yo sé lo conté para evitar ese riesgo y se muestra conforme.

La sonrisa que sus palabras provocaron en Cookman desconcertó a Margaret.

—¿En qué piensas, Donald? —inquirió con íntima agresividad.

—En tu error y en la satisfacción que habrá experimentado Erwin. Se sospecha de él como posible jefe del contrabando que intentamos descubrir.

La joven enrojeció de cólera, replicando con viveza:

—¡Mientes!

—Digo la verdad. Su vida de hombre solitario, de “Tigre solitario” como se ha dado en llamarle, es una farsa. Frecuenta las tribus y en ellas obtiene las piedras preciosas a cambio de víveres, de municiones o, lo que es peor, de alcohol.

—¿Cómo lo sabes?

Cookman extrajo un cigarrillo de un paquete de “L-M”, encendiéndolo antes de responder:

—Un tabernero de Kasanga, Wallace Morgan, le facilita cajas de licores. Le he entregado veinticinco libras para saber la verdad y acaba de mostrarme duplicados de facturas.

—No lo creo.

—¿Quieres hablar con el cómplice de Sanderson?

Una viva sensación de congoja inundó el alma de la muchacha ¿Cómo era posible que Erwin la hubiera engañado?

—Sí. Necesito convencerme para llamarle cobarde.

Una sonrisa de gozo iluminó las facciones de Donald, sonrisa que no fue advertida por Margaret debido a no mirar al médico en aquel momento. Ella, se había levantado para acodarse en el alféizar de la ventana y, de nuevo cara a la noche y a la selva, imponerse a la tristeza que la invadía, a la angustia, que amenazaba ahogarla.

—Ese hombre espera a corta distancia de aquí. ¿Le mando venir?

—No. Vayamos nosotros.

Cookman cedió el paso a la hija del profesor y, juntos, abandonaron el hotel en el que se alojaban, no sin cerciorarse previamente de que Erwin no se hallaba en él, lo que corrió a cargo del médico en una privada pregunta al encargado, un ceremonioso

mulato.

Anduvieron en silencio hacia el bosque, en el que no llegaron a internarse. Margaret hubo de evitar un estremecimiento al sentir a su izquierda, de pronto la voz de un hombre.

—Estoy aquí, señor Cookman.

—Te esperaba más lejos.

—Hay un león cerca. Oí sus rugidos. No creo que se atreva a aproximarse más al pueblo. Todas las fieras que merodean Kasanga conocen la eficacia de los rifles de los blancos.

El tabernero se mostró a los dos jóvenes y ella pudo advertir que llevaba un moderno “Winchester” al hombro.

—La señorita quiere convencerse de que Erwin te compra gran cantidad de licores.

Morgan sacó varios papeles del bolsillo de pecho de la camisa de algodón, tendiéndoselos a Margaret.

—Son duplicados de facturas. No los conservo todos. En total suman treinta y cinco cajas de *whisky*. ¡Mucho alcohol para un hombre solo!

La sospecha de que aquel hombre estaba mintiendo asaltó a Margaret Langley.

—Me resulta inconcebible que se provea de licores en Kasanga, cuando por residir él en Wanza, al Sur del lago Victoria, le resulta más fácil adquirirlos en cualquiera de los lugares que recorre el ferrocarril.

—¿No le explicó el señor Cookman que yo no se lo mando a él, sino que, de noche a través del lago, vienen indígenas por la mercancía? Él se limita a abonarla utilizando los servicios de cualquiera de los cazadores amigos y de algunos dueños de gabarras que, desde el final del ferrocarril, Udyidi, recorren el Tanganica de Norte a Sur. Siempre he guardado copia de las últimas facturas para poder demostrar a quién vendo mi mercancía, si así conviene.

—¿No pueden adquirir *whisky* los negros en el Congo?

—Los belgas ejercen una implacable vigilancia. ¿Le ha advertido a la señorita, señor Cookman que no quiero choques con Erwin? Si mañana ella se presentara con Sanderson para que confirmara mis palabras, él negaría todo lo dicho. Este es un informe privado. Yo también tengo responsabilidad por entregar las cajas de licores a quienes lo hago; pero es un buen negocio para mí y en Kasanga abundan poco los buenos negocios. Apenas me aleje, quemaré las copias de estas facturas.

Margaret Langley examinó los papeles, devolviéndoselos a

Wallace, quien se apresuró a ocultarlos. Una pregunta pugnaba por brotar de sus labios y, al fin, se atrevió a hacerla.

—¿Para qué supone que Erwin quiere el licor?

—Trafica con los negros del Congo y con algunos de este territorio. Nada mejor en pago que el alcohol.

—Comprendo.

Una viva desilusión se apoderó de la muchacha, quien, sin más palabras, seguida por Cookman, se apartó de Morgan. Los dos jóvenes no hablaron más hasta llegar al hotel.

—Lo siento, Margaret —dijo él, con falsa condolencia—; pero mi deber era abrirte los ojos con respecto a ese hombre. ¿Intentarás convencer a tu padre para que él no conduzca el safari?

—Sí. Pienso que debo informar a Anthony Bliven de lo averiguado esta noche a fin de que impida el contrabando de un *whisky* que enloquece a los negros.

—No lo harás. Ya has oído a Morgan. Se propone destruir las copias de esas facturas y negará cuanto nos ha dicho.

—¿No tienen valor tu testimonio y el mío?

—Yo tampoco pienso denunciar tal hecho. Di mi palabra a Wallace de que no haría uso de su confidencia. Incluso, negaré.

La muchacha abrió los ojos con asombro.

—¿Es posible que pienses así? Eres médico y...

—Sé que debo velar por la salud de los indígenas. Yo no he pretendido otra cosa que salvar al safari organizado por tu padre de un fin desastroso. Hablemos con él y nos aconsejará. ¿No te parece lo más oportuno, Margaret?

—Desde luego.

Grande fue la sorpresa de ella cuando al terminar el relato de su diálogo con Wallace Morgan, el profesor decidió:

—Ahora, más que nunca utilizaré como guía a Sanderson. El Gobierno me ha encargado descubrir al traficante recomendándome que aportara pruebas. Nada mejor para conseguir las que estar cerca del culpable. Es posible que él, con ánimo de destruirnos a todos, nos lleve cerca de sus cómplices. ¡Es un riesgo que me propongo correr! Naturalmente, Donald, usted puede quedarse en Kasanga.

Fue en vano que Cookman y la muchacha presionaran a Raymond Langley para convencerle de lo contrario. El profesor se mantuvo irreductible.

Una vez arrojado al agua el cuerpo de Erwin, los tres individuos que intervinieron en el hecho, sin cruzar palabra, temerosos quizá de ser sorprendidos en las inmediaciones del lago y que se relacionara su presencia junto al Tanganica con el hallazgo del cadáver del guía, alejáronse con rapidez sin observar que un negro, que les vigilaba a escasa distancia, rápido como el pensamiento, se lanzaba al agua, buceando en ella con el afán de encontrar a Sanderson.

La angustia del indígena era extraordinaria. Estaba seguro de que no encontrar a Erwin en pocos segundos, este moriría por asfixia. Al aferrar el cuerpo del guía por el cinturón, el nativo, de dos fuertes impulsos con las piernas, salió a la superficie del lago, nadando hacia la orilla.

Sanderson, inmóvil, muerto al parecer, fue conducido al inmediato bosque. El negro, con una serenidad extraordinaria, conocedor de los procedimientos para salvar a quién se extrae de las aguas con síntomas de asfixia, comenzó a practicar a Erwin, no sin torpeza, la respiración artificial. Pronto, el sudor corrió pródigo por las sienes del nativo que, a los diez minutos de no concederse descanso, tuvo el gozo de ver cómo, entre vómitos, Sanderson abría los ojos.

—¡Kasama! —musitó Erwin.

—No hables aún. Tragaste mucha agua.

Hubo un breve silencio. La fuerte naturaleza del guía le permitió recobrarse con rapidez y a poco pudo sentarse y apoyar la espalda en el tronco de un árbol. El primer pensamiento del salvado fue...

—¿Viste a mis agresores?

—Sí. Abandoné la taberna en tu seguimiento con el propósito de confiarte algunas novedades y pude arrojarme al lago y extraerte de él. Ahora solo importa que te has salvado.

—Importa más, Kasama. ¿Quiénes pretendieron asesinarme?

—Tres blancos, desconocidos para mí. Sus rostros no se borrarán jamás de mi memoria. Pude verles bien cuando te tiraban al agua, merced al reflejo de la luna.

Los dos hombres callaron. Sanderson puso su diestra sobre el hombro del negro, que se había sentado a su derecha.

—Te debo la vida.

—Tú, en mí caso, hubieras hecho lo mismo. Estoy seguro de ello.

Erwin, obsesionado por la idea de descubrir el misterio que le rodeaba, misterio de muerte, preguntó al capataz:

—¿Qué es lo que ibas a decirme? Me extrañó verte en la taberna.

—Vas a saberlo. Para contártelo fui detrás de ti.

El negro hizo una larga pausa, cual si pretendiera organizar mejor sus ideas. Sanderson le miraba atentamente, seguro de que podía fiarse de aquel hombre. No. Los indígenas no eran tan intrigantes como los seres civilizados y, además, el capataz le era fiel, con esa fidelidad inquebrantable que solo acaba en la muerte. No esperaba un largo parlamento y no se produjo. Kasama, con breves palabras, dio al guía una sensacional noticia.

—Wallace me ha ofrecido quinientas libras, toda una fortuna, por obedecerle.

—¿En qué consiste esa obediencia?

—Durante el safari, que reanudaremos según él cree dentro de poco, habré de hacer algo sencillo.

—¿Qué? —inquirió Erwin con avidez.

—Lo ignoro. Me lo dirá horas antes de emprender la marcha. Yo he aceptado. Confía en que me gaste en su taberna el dinero que ayer me pagó. Se equivoca. Ya me ha enviado jugadores profesionales y mujeres. Enterré los billetes en determinado lugar del bosque. A mi regreso a la aldea, construiré con esa suma una casa confortable y podré enviar a la ciudad a mis hijos a fin de que no se vean obligados, como su padre, a afrontar diarios riesgos para subsistir.

Sanderson estuvo a punto de decir que el uso de ese dinero, pago de una traición, aunque esta no se efectuase, no debía apropiárselo; pero calló. No ignoraba las condiciones de vida en las tribus indígenas y era conocedor de la numerosa familia del capataz. Por una vez, el pago de una maldad serviría para mejorar la vida de una familia.

—¿Sabes el riesgo a que te expones si Morgan sospecha que has hablado conmigo?

—Sí; pero no tengo miedo. Te advertiré con tiempo de lo que pretenden de mí. El que nos veamos y charlemos no puede despertar sospechas a nadie. El guía y el capataz deben estar compenetrados siempre. ¿Me dejas elegir los porteadores?

—Lo haremos juntos —Sanderson colocó ambas manos en los hombros del indígena, mientras le miraba a los ojos—. Siempre me consideraré en deuda contigo, por haberme salvado la vida y por esta prueba de fidelidad que acabas de darme ahora. Desde hoy te considero igual que a un hermano.

El capataz, con gesto de tristeza, negó:

—No. Soy negro. Los ingleses nunca os olvidáis del color de la piel. He vivido en Jinja y en otras grandes ciudades.

—Yo no pienso como los que tú conoces.

—Lo sé. Por eso arriesgo mi vida revelándote las siniestras intenciones de Wallace Morgan. Me basta con saber que me quieres. Es peligroso que continuemos aquí, expuestos a que algún secuaz del tabernero nos descubra.

Sanderson afirmó con el gesto y, después de abrazar a Kasama se alejó del Tanganica dando gracias al cielo por haberle enviado al capataz para que le salvara la vida. Le dolía la cabeza, a causa del golpe recibido, y las ropas empezaban a secársele en el cuerpo. No le preocupaba que así sucediera. La temperatura era cálida, tropical.

Negóse a pensar. Su único deseo era el de llegar a la habitación del hotel y, tendiéndose en el lecho, cerrar los ojos con fuerza para ver si de esa forma era capaz de serenarse. Sentíase impulsado por el afán de venganza. Acarició la idea de ir en busca de Wallace Morgan y obligarle a confesar qué papel jugaba en la intriga de que era víctima, qué participación tuvo en el atentado de que fue objeto en el bosque, en el asesinato de Aloxius Parker y en el ataque que acababa de sufrir junto al lago Tanganica.

El buen sentido se impuso en el guía. No. Era preferible proceder con astucia, averiguar las intenciones de sus enemigos y qué colaboración deseaban del capataz para pagarla a tan alto precio.

Caminando a buen paso, Erwin no tardó en llegar al hotel en el que se alojaba. Subió meditativo las escaleras que enlazaban la planta baja con el piso primero, donde tenía su alcoba, y, sin apenas responder al saludo ceremonioso del “maître”, penetró en la habitación, cerrando a su espalda.

Al quitarse la ropa y tenderse en el lecho, le invadió una grata sensación de bienestar. En el cajón de la mesilla tenía cigarrillos y, en el armario, un frasco de *whisky*.

Minutos más tarde, mientras tumbado, fumaba y bebía, Erwin volvió a dar gracias a la Providencia por haberle salvado de una muerte cierta. ¿Qué intriga le cercaba? Meditó para darse una respuesta a tal pregunta. Sin duda, los contrabandistas de piedras preciosas deseaban que el safari de investigación dirigido por Raymond Langley no prosperara. La explicación no resultaba muy lógica. Para acabar con el peligro que podían representar Donald Cookman y el profesor bastaba con asesinarles. Los dos crímenes no eran tan importantes como el de Aloxius Parker. Si se decidieron a acabar con el delegado del Gobierno en Kasanga, ¿qué detenía a los traficantes para eliminar también a los dos hombres cuyo deseo era desenmascarar a los autores del contrabando?

Acabado el cigarrillo, encendió otro. ¡Qué bella era Margaret Langley! Se aferró al recuerdo de la muchacha en el afán de quedarse dormido con una grata imagen en el cerebro. Sin embargo, al conciliar el sueño, imperó de nuevo en Sanderson la mayor obsesión y se vio otra vez junto al Tanganica, atacado por sus misteriosos agresores...

Capítulo VII

EN EL CONGO BELGA

La travesía del lago, en dos potentes motoras destinadas a tal fin por una empresa comercial fue feliz y se realizó con rapidez. Los porteadores negros, con Kasama y Erwin Sanderson iban en una embarcación, y Donald Cookman, el profesor y Margaret, con casi todos los fardos de la impedimenta, en otra. Ni para viajar, Raymond Langley olvidaba las separaciones raciales. Fue inútil la insistencia del científico cerca de Erwin para que fuera con ellos. La respuesta del guía hizo fruncir el entrecejo a Raymond y a Donald:

—Me siento más identificado con los indígenas que con mis compatriotas.

Al saltar a tierra, en una zona totalmente selvática, los rostros se endurecieron. A partir de aquel momento, cada jornada encerraba innumerables peligros y no pocas fatigas.

El profesor abonó a los patrones de las dos motoras lo estipulado por el viaje, y los lanchones reemprendieron la marcha hacia Kasanga.

El safari comenzaba. Sanderson se reunió con el profesor y le propuso la ruta a seguir, siempre teniendo en cuenta los deseos que días antes le manifestó Raymond.

—Para alcanzar el río Luvua, veinte millas al Norte de lago Moero, nada mejor que ir en línea recta, tanto como lo permita el terreno. La distancia es de ciento quince millas aproximadamente, aunque debemos contar ciento veinticinco o ciento treinta, por posibles rodeos. Es una zona que nunca he recorrido, pero en la que me consta existen grandes sabanas, bosques y pantanos. No debemos olvidar el peligro de las tribus nómadas de pigmeos. Algunas suelen ser muy sanguinarias.

—No dramatice, Sanderson —dijo Cookman con ironía—. Esos hombres están sometidos.

Erwin miró con fijeza al médico. Todos esperaban una airada réplica, que no se produjo:

—Celebraré que tenga razón; pero no lo creo. Usted nunca la tiene. Son las diez de la mañana, profesor. ¿Quiere dar la orden de avance?

—Hágalo usted.

Kasama hizo el reparto de fardos entre los porteadores. El capataz llevaba en bandolera dos rifles con orden de no separarse de Raymond Langley y de Donald Cookman a quienes, sin duda, molestaba tan liviano peso. Sanderson, con dos revólveres a la cintura, empuñaba una metralleta de tiro rápido, el arma que consideraba más eficaz para un posible ataque de alguna tribu de levantiscos pigmeos.

La primera jornada no resultó muy fatigosa, pues siguieron un sendero de elefantes entre la maleza. Los paquidermos iban a beber al Tanganica siempre por el mismo lugar, por lo que el camino era amplio, libre de maleza.

Acamparon en una zona de espeso bosque, en la que la vegetación por falta de rayos solares, que no podían atravesar la techumbre de ramas y hojas, era nula casi, salvo algunas hierbecillas de escasa altura.

Sanderson derribó un alce de un certero disparo, y el animal, acompañado de bizcocho, fiambres y plátanos, convirtió la cena en un verdadero banquete en el que todos participaron con gozo. Si la expedición continuaba con tanta fortuna, en diez o doce días era posible que alcanzaran el primer objetivo, el Luvua, uno de los afluentes del Congo, río que va a verter sus aguas en el Océano Atlántico, entre Banana y Ambrizete, en el territorio de Angola.

El profesor mostrábase satisfecho y en numerosas ocasiones dirigió la palabra a Sanderson, deseoso de iniciar un diálogo sobre temas y costumbres de África. Ningún motivo de conversación era capaz de atraer tanto a Erwin como el suscitado por Raymond.

—Es posible que nosotros no veamos realizada la Unión Africana pero el Continente se basta a sí solo —dijo el guía, mientras cargaba hasta los topes la cazoleta de su cachimba—. Buen ejemplo nos lo da Uganda, que desde mil novecientos quince no recibe ninguna asignación de Inglaterra, siendo una buena fuente de ingresos para la Gran Bretaña. ¿Más botones de muestra? De las minas de oro de Witwatersrand, cuyo origen data de mil ochocientos sesenta y seis, se obtiene hoy el cuarenta y seis por ciento de la producción mundial. Cuarenta balas de algodón se obtuvieron en Uganda en el período mil novecientos cuatro mil novecientos cinco. Ahora se cosechan, exclusivamente por nativos, una cifra muy superior a las sesenta mil toneladas. En cuanto a energía eléctrica, solo la gran presa de Mutir en el lago Alberto, mediante un depósito de regulación, produce dos millones quinientos mil kilovatios. En lo que respecta a los diamantes...

Sanderson hizo un estudiado silencio, mientras contemplaba

con firmeza a Cookman y a Langley.

—En mil ochocientos sesenta y seis fue descubierto el primer diamante africano. En el decenio comprendido entre los años mil novecientos treinta y siete, mil novecientos cuarenta y siete, el noventa y siete por ciento de todos los diamantes del mundo lo alcanzó África. En estas tierras, de incalculable riqueza hay minas de hierro, estaño, cobre y oro, por no citar sino las principales, ricos yacimientos de fosfatos y se crían todos los frutos y productos.

—Habla usted de África con mucho entusiasmo, Erwin —comentó Raymond.

—Sí, profesor. Los que no conocen estos territorios se refieren a ellos de forma despectiva. Cuando en el Continente europeo se empiecen a experimentar los efectos de una tierra vieja, cansada, y se sufra el exceso de población, África será el depósito de víveres y el lugar en el que el trabajo encontrará mejores remuneraciones materiales. Quizá entonces otros países se acuerden de colonizar con un criterio humano, como lo realiza España en la estrecha y pedregosa faja de terreno de Marruecos.

La sonrisa que iluminaba el rostro del profesor se borró al formular una pregunta:

—¿Insinúa que Inglaterra no se preocupa de los nativos?

Erwin eludió una respuesta que pudiera provocar un diálogo poco cordial.

—No es solo Inglaterra la que está en África. Hay también zonas de dominio de Portugal, Francia, Bélgica, sin olvidar a Italia cuya presencia es políticamente dudosa.

—Nula.

—Así será cuando usted lo dice, Langley.

El guía se incorporó, paseando la mirada en derredor del campamento. Luego dijo, dando por finalizada la conversación:

—Somos cuatro hombres a montar la guardia. ¿Se encuentra en condiciones, profesor? Temo haber iniciado el safari demasiado pronto y que su salud se resienta.

—Entraré en sorteo. ¿Quién es el cuarto?

—Kasama. El capataz me ha pedido turnarse con nosotros. ¿Es demasiado honor para un negro?

La ironía era tan feroz que Cookman y Langley se miraron, desconcertados.

—¿Tiene usted fe en ese hombre?

Sanderson clavó sus ojos en los del profesor, que formulaba la pregunta.

—Desde que llegamos a Kasanga yo no tengo fe en nadie.

Decidánse.

—Que vele con nosotros —decidió Raymond—. Negarse supondría una ofensa que ese hombre no se merece.

Erwin arrancó una hoja de papel de un pequeño bloc que llevaba consigo, escribiendo cuatro números. A él le correspondió la cuarta guardia al capataz la tercera y a Donald y al profesor la segunda y primera, respectivamente.

—Son las diez de la noche. Hasta las seis de la mañana estableceremos turnos de dos horas —decidió el guía—. ¡Que descansen!

La mirada de Sanderson se posó en la de la muchacha. Como en tantas otras ocasiones, inexplicablemente para el joven, Margaret Langley desvió sus ojos de los de Erwin, siendo la primera en tender la lona para acostarse. ¿Qué le ocurría a la hija del profesor desde la noche en que se separaron después de hacerle un relato de su pasado? No pocas veces intentó abordarla, pero no obtuvo éxito. Ella le evitaba siempre. En ocasiones, había sorprendido un gesto de dureza en los femeninos labios.

Echó varios troncos en la hoguera, reavivando las llamas, al escuchar los próximos rugidos de los animales que merodeaban en torno al campamento.

—¿Qué opina sobre las fieras, Sanderson? —preguntó Cookman, irónico—. Muchos cazadores profesionales y guías opinan que jamás atacan a no ser para defenderse. ¿Es eso cierto?

—No. Aunque considero a los carniceros del bosque más nobles que algunos hombres, son muy peligrosos de noche, cuando salen a buscar el sustento. Además, los que han probado la carne humana la prefieren a cualquier otra. Procure no dormirse en su turno de guardia ni alejarse demasiado de la hoguera. Solo el fuego es capaz de detener a los animales que nos cercan.

Sin más palabras, se tendió en la lona de uno de los fardos, desatado para extraer las provisiones de la cena. Diez minutos más tarde, el silencio imperaba en el campamento, roto por el crepitar de los troncos al ser devorados por las llamas y por el salvaje concierto de las fieras.

Mientras fumaba, Erwin miró al profesor. El muñón de la mano izquierda le hizo recordar hechos que le desasosgararon. Por vez primera no sintió odio, sino una pena infinita. La idea de la venganza fue postergada por el recuerdo del desvío de Margaret. ¿Por qué asociaba tales pensamientos?

Tardó en quedarse dormido. A su izquierda el capataz velaba el sueño de Sanderson, sintiendo en su pecho oleadas de inquietud.

Cuando le despertara para relevarle de la guardia le contaría su último diálogo en Kasanga con Wallace Morgan y lo que vio al entrar en la taberna, algo monstruoso aún para la mentalidad primitiva del negro.

De haber adivinado Erwin lo que el capataz había de decirle horas después, no habría podido conciliar el sueño.

Despertó con sobresalto al sentir en su brazo el contacto de unos dedos. Llevó su diestra al revólver, sin llegar a desenfundarlo.

—Soy yo.

Era la voz del capataz y el guía se puso en pie con presteza.

—¿Empieza mi guardia?

—Aún falta media hora. Todos están profundamente dormidos y deseo hablarte.

Las posturas de los miembros del safari y su inmovilidad era completa. Pese a ello, Sanderson no se confió.

—Te escucharé, lejos de aquí. Separémonos.

Los dos hombres, habituados a la selva, se apartaron de la hoguera, ocultándose de la vista de Cookman, Margaret y el profesor al amparo de los troncos de dos árboles, que crecían muy juntos, uniendo sus ramas en lo alto.

—¿Qué tienes que decirme?

—Wallace Morgan me ha entregado unos papeles con polvos para que los eche en la comida del tercer día, es decir, de pasado mañana. Ignoro qué contendrán los sobres.

—¿Dónde los llevas?

—Aquí. Toma.

El capataz tendió al guía un pequeño envoltorio, que extrajo del bolsillo posterior del pantalón blanco. Sanderson, inclinándose, abrió un hoyo en la tierra, sepultando en él el contenido del paquete, excepto una pequeña cantidad que se reservó para realizar un análisis apenas llegaran a zona civilizada. ¿Soporífero o veneno? No pudo responderse a tal pregunta, pues las palabras de Kasama se lo impidieron.

—Poco antes del amanecer, al ir a despedirme de Morgan vi al tabernero en viva discusión con Donald Cookman. Se separaron al entrar yo.

—¿Oíste algo de lo que decían?

—No; pero el diálogo no me pareció amistoso.

La extraordinaria revelación dejó suspenso a Erwin. ¿Sería posible que...? No completó el pensamiento. Un plan audaz comenzaba a tomar cuerpo en su cerebro.

—Pasado mañana simularás acercarte a la comida y verter algo

en ella. Procura que Donald vea tu movimiento. Wallace Morgan está seguro de que no utilizaremos las conservas más que para suplir la caza mientras esta abunde. Llevamos ollas de barro para cocinar. Hoy las hemos utilizado. Yo me encargaré de que suceda así los dos días que restan. No te preocupes de lo demás.

—Pero...

—La intriga toca a su fin y se resolverá en el mejor escenario. La selva no entiende de sentimentalismos. Es dura, despiadada para los débiles. ¡Yo seré duro y despiadado también para los culpables! Ve a acostarte. Seguiré la guardia. No te acerques a mí y lo que tengas que decirme sobre la expedición o el camino a seguir hazlo en voz alta. Si necesito comunicarte algo, aprovecharé las guardias nocturnas. ¿Entendido?

El capataz asintió con el gesto en el preciso instante que, muy lejano, casi perdido en la distancia, percibíase un sonido seco.

—Parece un disparo —dijo el capataz.

—Lo es. ¡Ve a costarte! ¡No conviene que nos vean juntos!

El negro regresó al campamento. Sus pies desnudos no producían el menor ruido al posarse en el suelo. Cuando se hubo tendido, Sanderson se aproximó a la hoguera. La sensación de que era vigilado por alguien fue tan intensa de pronto, que se volvió. Margaret Langley, sentada sobre la lona, le miraba con fijeza.

—¡Traidor! —musitó la muchacha—. ¿Qué maldad proyecta en complicidad con el capataz?

Pálido por el insulto y la sorpresa, Erwin repuso:

—Al llamarme para el relevo le pedí que recorriésemos las proximidades a fin de cerciorarnos de que no nos acecha ningún peligro. ¿Tan mal concepto tiene de mí?

—Sí. Me consta que usted dirige el contrabando de diamantes, que embrutece a los negros con alcohol y que...

Sanderson, perdido el dominio de sus nervios, adelantó unos pasos para ordenar, imperativo:

—¡Calle! ¡Calle o no sabré dominarme!

—No me asustan sus amenazas. Tampoco volverá a engañarme con sus mentiras. He visto las copias de las facturas enviadas a usted por Wallace Morgan.

Hubo un gesto de extrañeza en el rostro de Erwin.

—¿Facturas? ¿A qué se refiere?

—No se haga el ingenuo.

Ella se había puesto en pie y las miradas de los dos chocaron como floretes. El diálogo, sostenido en tono quedo, muy intenso en intención, pero leve en la voz, pareció llegar a un punto muerto.

—¿A eso se debe su cambio de conducta, Margaret?

—Sí.

—¿Quiere explicarme en qué fundamenta tales acusaciones?

Ella negó.

—Sobran las palabras. Mi padre y Cookman están prevenidos contra usted y no vacilarán en disparar.

—¿No tiene fe en mi lealtad?

La mirada de Sanderson era tan clara, tan valerosa al afrontar la de Margaret que ella vaciló. Sin embargo, pudo más el recuerdo de su diálogo con el tabernero.

—No. Mentiría si afirmara lo contrario.

Erwin encendió la cachimba con una rama a medio chamuscar. ¡La intriga que le cercaba iba en aumento!

—Espero que me aclare lo de las facturas de que le habló Morgan. ¿Fía usted más en las palabras de Wallace, un indeseable, que en las mías?

—Sí.

Margaret pronunció la afirmación con los labios prietos, en un tono sordo. Sanderson, ofendido, sintiendo el dolor de no gozar de la confianza de la muchacha, dejó que el orgullo le dominara.

—Peor para usted.

Con paso firme, sin prisa, se apartó de ella para tomar asiento sobre un fardo, al otro lado de la hoguera, quedando oculto de la mirada de la hija del profesor por las llamas. ¡Una hoguera, también, ardía en su pecho, un volcán de pasiones!

Consumió su turno de guardia sin poder serenar sus ideas. Sobre todas ellas predominaba una incógnita: ¿Fue un disparo lo que oyó cuando conversaba con el capataz? ¿Quién lo hizo? ¿Los componentes de otro safari?

Comenzó a oírse el tam-tam de un tambor, en la lejanía, casi imperceptible. El rugido de un león escuchóse a escasa distancia.

Cuando a las seis y media de la madrugada, tras un frugal desayuno, la expedición se puso en marcha, Sanderson oprimía febril la culata de su metralleta, manteniéndola en disposición de hacer fuego. Presentía que muy en breve iba a rondarle la muerte.

La jornada resultó más fatigosa que la anterior por la abundancia de charcas y también porque al ser el bosque menos espeso y permitir el paso de los rayos solares, la maleza era muy alta y densa, lo que obligaba a veces a emplear los machetes para abrirse paso. El aroma de las flores de que estaba poblado aquel terreno, tan pródigo en agua, era muy intenso. En los pequeños lagos, junto a los caimanes, símbolo de exterminio, bellos

nenúfares.

Un negro, mordido por una víbora, murió antes de que nadie pudiera impedirlo, entre atroces dolores. El ofidio le clavó sus colmillos en la pierna derecha. El crepúsculo era llegado cuando el hecho se produjo, por lo que Sanderson ordenó acampar, encargando a Kasama que sus hombres abrieran una sepultura para el porteador. La ceremonia del entierro fue impresionante. Raymond Langley, con voz bronca pronunció una breve oración fúnebre. Margaret puso unas flores sobre la tumba, así como una cruz formada con dos ramas, unidas con cuerdas.

—Descanse en paz —comentó Erwin.

Kasama y la hija del profesor, en una de las grandes ollas de barro que llevaban en la impedimenta, cocinaron una docena de patos cazados por Donald Cookman poco antes en dos disparos con cartuchos de perdigones. La cena resultó triste, que nada acongoja y acobarda tanto como la proximidad de la muerte.

Los pulsos del guía martilleaban con fuerza. La mañana siguiente iba a ser decisiva por ser la indicada por Morgan a Kasama para verter el contenido de los polvos de que le hizo entrega. Quizá entonces la verdad se mostrara. Desde que iniciaron el safari, antes de la llegada al Tanganica en la balsa que les salvó de la inundación, se acostumbraba a realizar un descanso cada dos horas, de una a tres de la tarde, tiempo que era aprovechado para comer. Casi todos dormían entonces, reponiendo fuerzas. Aquel era el momento en el que los miembros de la expedición sufrirían los efectos, mortales o aletargadores, de lo entregado al capataz por el tabernero.

¿Qué tendría que hablar Cookman con Wallace Morgan?

—Le veo muy pensativo, Sanderson. ¿Ocurre algo que no desee decirnos por no inquietarnos?

El guía miró a Donald, extrañado del tono cordial de la voz del médico.

—Nada. Son cosas particulares. Me extraña que se preocupe por mí.

—Creo que es hora de limar asperezas. Reconozco que mi comportamiento anterior con usted fue arbitrario; pero existía una razón poderosa. Le ruego que me disculpe.

Había una sonrisa de afecto en labios del médico, sonrisa que parecía sincera. Los dos hombres se hallaban algo apartados del profesor y de su hija, quienes les miraban sin poder escuchar el diálogo.

—¿Qué razón?

Chispearon los ojos de Cookman.

—Sí; comprendo que le asiste derecho a formular tal pregunta, ¡Amo a Margaret y estaba celoso de usted!

—¿Ya no lo está?

—Me he dado cuenta de que ella le elude. También veo que usted no hace nada por conversar a solas con la que yo deseo para esposa.

—¿Me odiaría a muerte si Margaret le rechazara para unirse a mí?

La respuesta, dada con tono grave, desconcertó a Sanderson. Él se jactaba de conocer a los hombres y Cookman parecía honrado al hablarle así.

—Yo lucho siempre por conseguir lo que ambiciono. Me temo que haya formado de mí un criterio erróneo. La selva destrozó mis nervios; también los celos. Me precio de ser un hombre civilizado.

—¿Le interesan los diamantes?

—Formo parte de este safari por la única razón de no separarme de Margaret. Todo lo demás me tiene absolutamente sin cuidado.

La mirada de Sanderson se clavó en la del médico.

—¿Todo?

Donald ensanchó el torso mientras en sus ojos brillaba la incompreensión.

—¿Qué quiere insinuar?

—Nada. Me agradaría poseer el don de adivinar el ajeno pensamiento. Tengo hoy más sueño que nunca.

—Yo también. No es extraño. La jornada ha sido muy fatigosa y...

El médico se pasó la diestra por los ojos. Bruscamente le había invadido una extraña turbación. Miró a Margaret y a los negros. También eran víctimas del mismo fenómeno. Volvióse a Sanderson.

—¿Habremos comido algo venenoso?

—No —repuso con voz torpe el guía—. Alguien ha echado un soporífero a la comida y... ¡Maldito sea el traidor!

Los párpados se les cerraban a los dos hombres. Trabajosamente, pensando en el general interés, Erwin pudo llegar hasta la hoguera, cargándola de troncos para que no se apagara. Después giró la mirada en derredor. Kasama, los porteadores y Margaret dormían profundamente. Solo Donald, Raymond Langley y él pugnaban por mantenerse en vela.

¡Qué atroz agonía la de Sanderson, sabiéndose a merced de los que por dos veces intentaron asesinarle, no sin pretender culparle de la muerte de Aloxius Parker! El profesor, más debilitado, fue el primero en sucumbir al sueño. Solo Cookman y Erwin resistían

desesperadamente, sintiendo fuertes latidos en las sienes.

“¡No dormiré! ¡No dormiré!” gritaba la voluntad; pero una voz íntima, eco de los sentidos, repetía suave, acariciadora: “¿A qué resistir?”.

Cookman, que como Erwin se mantenía sentado en el suelo, cayó pesadamente de espalda, incapaz de dominar los efectos del narcótico. Sanderson, manteniéndose en vela merced a un sobrehumano esfuerzo, no escuchaba ya el crepitar del fuego ni el rumor de la selva ni el murmullo del aire que azotaba las hojas. Una sensación de vacío le dominaba y un fuerte dolor de cabeza amenazaba enloquecerle.

La idea de dormir le acariciaba, envolviéndole, aturdiéndole. Un zumbido extraño, que aumentaba en intensidad y que parecía desgarrarle la nuca, venció la resistencia de Sanderson...

En el campamento, la quietud era absoluta. Varios monos saltaron sobre los restos de provisiones, apoderándose de las latas de conservas vacías...



...del rifle de Sanderson brotó una llamarada...

Capítulo VIII

¡CULPABLE!

Los cinco hombres blancos, con atuendo colonial y provistos de rifles —que llevaban en bandolera— y revólveres, firmemente empuñados, se detuvieron a unos cien metros del campamento del safari organizado por Raymond Langley. Uno de ellos, muy corpulento, de brutal aspecto, ordenó:

—Id dos a comprobar si hay peligro.

Los tres individuos restantes permanecieron inmóviles hasta el regreso de sus compañeros, quienes manifestaron:

—Él ha cumplido su palabra. Todos duermen.

Los componentes del grupo enfundaron sus revólveres y, tranquilos, avanzaron hasta la hoguera. Un hombre, en pie, les esperaba.

—¿Traéis eso? —preguntó con sequedad, el traidor miembro del safari del que era guía Erwin Sanderson.

—Sí. El helicóptero está a cuatro millas en el lugar previsto. ¡Es una pena que des por terminado el contrabando! Todavía podemos conseguir con él grandes beneficios.

—Continuadlo vosotros, si queréis. Yo me marchó de Tanganica. Me consta que el Gobierno se ha decidido a acabar con los que estamos produciendo una baja catastrófica en el mercado de diamantes del mundo. Miembros de los servicios secretos de varios países han llegado a estas zonas. El somnífero tiene una duración de seis horas. Las suficientes para que yo emprenda el vuelo en compañía de...

El traidor miró a Margaret Langley con cariño. El que llevaba la voz cantante del grupo encogiéndose de hombros, repuso:

—¡Allá tú! ¿Construimos una camilla para transportarla?

—Sí. Ella despertará pronto. Comió poco.

Diez minutos más tarde, seis hombres y Margaret, inconsciente, en cuyo transporte se turnaban todos, excepto el miembro del safari, avanzaban por la selva, con dificultades a causa de la espesa vegetación.

Iban en silencio, atentos a los posibles peligros. Los animales carnívoros acechaban en la noche y los expedicionarios no ignoraban el gran peligro de caminar por el bosque después del

oscurecer. De pronto, un relámpago ilumina una zona poco densa de árboles, seguido de un trueno, no muy fuerte, mientras gruesas gotas comenzaban a caer sobre la tierra.

—Cobijémonos —dijo el que mandaba el grupo de cinco hombres—. En estas zonas las tormentas son muy peligrosas.

—¿Dónde detenernos? —inquirió otro.

—En una zona alta, por si se produce una inundación. Hay una meseta a escasa distancia de aquí. ¡Corramos!

Bajo un verdadero diluvio, el grupo avanzó a la máxima velocidad posible hasta llegar a un altozano rocoso, casi desprovisto de árboles.

Mudos de espanto, pese a ser todos veteranos de la selva, contemplaron el furor de las desatadas fuerzas de la Naturaleza. En ocasiones, el cielo era continua llamarada y los estampidos formaban una cadena interminable. El agua caía con tanta intensidad que pronto el bosque se convirtió en un enorme charco, y los *uadis*¹ transformáronse en caudalosos ríos.

Finalizado el temporal con la misma brusquedad con que empezó, el grupo de hombres hubo de esperar más de cuatro horas para poder seguir caminando. En ese tiempo, Margaret Langley, despertando, miró con extrañeza en derredor. Luego, dirigiéndose al que había dado orden de que la sacaran del campamento, preguntó:

—¿Dónde estamos?

No obtuvo respuesta...

* * *

La lluvia obró beneficiosamente en los narcotizados miembros del safari. Donald Cookman y Erwin Sanderson, que fueron los primeros en recobrar el sentido, se inmovilizaron voluntariamente al ver la hoguera apagada y a una pareja de leones avanzando hacia los negros, en actitud de ataque.

Las armas estaban sucias de lodo por lo que el guía comprendió que era inútil pretender defenderse con ellas. Dos metros a su izquierda había un fardo con tres metralletas y municiones. La tela impermeable habría protegido tales objetos del temporal. Si pudiera apoderarse de las automáticas...

Reptó despacio, con el cuchillo en la diestra, no sin antes hacer a Cookman una señal para que permaneciera quieto y, de un tajo, rasgó la lona. Intentaba introducir la diestra por la abertura cuando uno de los leones se le quedó mirando. Sanderson, inmóvil, sintiendo sus sienes inundadas de sudor, se dispuso a defenderse

con el puñal.

Durante varios segundos, el hombre y la fiera se contemplaron con fijeza. El animal, que estaba muy cerca de uno de los portadores, creyó menos peligroso apoderarse de un hombre de color y se dirigió al más próximo con el propósito de clavar sus dientes en la garganta del nativo.

Sanderson que había conseguido extraer una metralleta, manipuló en su mecanismo para ponerla en disposición de tiro, y antes de que el animal pudiera agredir al que parecía su segura víctima le destrozó la cabeza de una ráfaga de proyectiles.

Resultó fácil para Erwin deshacerse de la pareja del feroz carnívoro. Un tigre, al que no habían visto ni Erwin ni Donald, saltó sobre los dos hombres, huyendo al oír las detonaciones.

—¡Encienda la hoguera Cookman! ¡Habrás más fieras merodeando!

El médico, consciente de la gravedad de la situación, se dispuso a cumplir la orden recibida. Adivinando las dificultades que iba a encontrar para que el fuego prendiese en unas maderas empapadas de agua, rasgó la tela del fardo que contenía los bidones de petróleo destinados a alimentar las dos lámparas que formaban parte de la impedimenta, derramando el combustible en el lugar que por ser más elevado, estaba menos húmedo. Depositó varias ramas, no muy gruesas, encima del petróleo, prendiéndole fuego. Una llamarada se alzó hasta más arriba de las copas de algunos árboles y la selva se pobló de rugidos de fieras.

—Hemos sido oportunos al despertarnos Sanderson. ¿Y el profesor y Margaret?

—No están. Ya me he dado cuenta de su falta. ¡Me duele la cabeza! ¿No hay nada para contrarrestar los efectos del narcótico?

—Sí. Tomaremos una pastilla. ¡Las sienes parecen estallarme!

Una vez que los dos hombres ingirieron los comprimidos, dispusieron a examinar a los negros. Kasama fue el primero en recobrarse. Los portadores, que debido a realizar un más duro trabajo comieron grandes cantidades de carne, tardaron cerca de una hora en despertar. Todos ellos fueron atendidos por el médico quien, con rostro sombrío, no comentaba nada acerca de la desaparición de Raymond y Margaret. Fue Sanderson el que abordó tal tema.

—¿Qué cree que puede haberles sucedido?

—Lo ignoro.

—Seamos sinceros —repuso el guía, fulminando a Cookman con la mirada—. ¿De qué habló usted con Wallace Morgan poco antes

de cruzar el Lago Tanganica? ¿Sabe que el tabernero le dio quinientas libras al capataz para que mañana depositara unos polvos a la comida?

Donald, muy pálido, tardó unos minutos en contestar.

—Lo primero es cierto. Tuve una conversación con Morgan; pero le aseguro que ignoraba lo de Kasama.

—¿No miente? Espere. No me conteste aún. Quiero que sepa que sus palabras pueden perjudicar o beneficiar al profesor y a su hija. Hay dos hipótesis. La de que hayan sido raptados por los contrabandistas de diamantes o la de que sean cómplices de ellos y se alejen voluntariamente del safari. ¿Por cuál se inclina?

—Por la primera, desde luego. Langley es un hombre de honor y Margaret no se prestaría nunca a tal traición. ¿Insinúa que ellos son culpables?

—No insinúo nada. Me limito a sugerir. Si han sido raptados, ¿quién echó el somnífero en la comida? ¿Usted?

El médico, con expresión dura manifestó:

—Yo tengo certeza de mi inocencia. Por ello sospecho de las dos únicas personas capaces de obrar mal: Kasama y...

Cookman guardó silencio, no atreviéndose a acusar al guía, temeroso de una reacción violenta de este, lo que no era aconsejable en aquellas circunstancias en que los dos se necesitaban para auxiliar a Raymond Langley y a Margaret.

—¿Yo?

—Sí; desde luego. Considero estúpidas todas las conjeturas. Pongámonos en marcha para aclarar tal misterio.

—Esperaremos al amanecer. El bosque está convertido en una gigantesca laguna. Será imposible encontrar las huellas de nuestros enemigos.

Aun a su pesar Donald asintió a las palabras del guía. Las fieras continuaron rondando en torno al campamento y la oscuridad era absoluta...

* * *

Muy entrada la mañana, casi a medio día, el grupo de cinco hombres a cuyo frente avanzaban el profesor Langley y su hija llegaban a una amplia explanada en el corazón de la selva cuyo suelo, por ser rocoso, negaba la vida a la vegetación. Solo unas manchas de hierba asomaban por entre las resquebrajaduras de los peñascos, en un vano intento de supervivencia.

Raymond fue el primero en reparar en que...

—¡El autogiro está destruido!

El aparato, sin duda alcanzado por algún rayo, había sido incendiado y solo quedaba intacta parte de la armadura metálica. Las paletas superiores y el motor eran un amasijo de hierros retorcidos.

—Todo cambia en un momento, profesor. No podrá trasladarse a Angola como deseaba. Le sugiero que, en una balsa, naveguemos por el Luvua, una vez que alcancemos dicho río, y, a través del gran caudal del Congo, lleguemos a la tribu que nos suministra las piedras. Convendría que usted tuviera una conversación con los negros para cerciorarse de si es cierto que los “cristales”, como ellos les llaman, se han agotado ya.

Raymond negó con el gesto y la palabra.

—No me interesa el contrabando. Ahora solo pretendo ponerme a salvo de las autoridades británicas muy interesadas en descubrir al jefe de la organización de contrabando y, también, deseosas de averiguar quién fue el asesino del delegado del Gobierno en Kasanga. Esta segunda faceta de las investigaciones es muy peligrosa para todos, en particular para ti, Butler, que disparaste el dardo contra él, matando también a sus criados.

—Mientras tú registrabas su despacho —comentó el que parecía dirigir el grupo de cinco hombres.

—Exacto —repuso Raymond con frialdad—. Fuisteis torpes al no liquidar a Erwin Sanderson después de atacarle junto al lago. Ese hombre sospecha algo. Cuando yo abandonaba la casa de Parker él entraba en ella, sin duda avisado por el que asesinaste. Os sugiero que vengáis conmigo hasta Kanbove. Allí, en el ferrocarril que lleva a la costa del dominio portugués a San Felipe de Benguela, podréis trasladaros donde os acomode, lejos de las garras de los sabuesos ingleses. Mi hija y yo embarcaremos hacia lugar seguro. Antes de emprender el safari vendí mis propiedades para que nada me retuviera en el territorio del Tanganica.

Margaret Langley que, horrorizada, escuchaba las palabras de su padre, intervino con vehemencia:

—¡No iré contigo! ¿Cómo es posible, padre, que tú...?

La joven no terminó la frase, rompiendo en entrecortados sollozos. El profesor, entristecido por la pena de su hija, replicó con viveza:

—¡Ya te referí antes las causas! Después de la muerte de tu madre perdí la moral comenzando a realizar un contrabando de piedras preciosas en pequeña escala. Las compraba a los negros y a los aventureros de todo tipo que recorren África con el objeto de

revenderlas a mi vez o de hacerlas salir del territorio británico, para lo que utilizaba los fardos de algodón. Después, mis actividades fueron aumentando. No me guiaba el afán de lucro. Tan solo el deseo de que la aventura y el peligro me hicieran olvidar a tu madre. Butler y los cuatro que le acompañan eran mis principales proveedores. Hace dos años decidimos montar el negocio en gran escala y con el autogiro que ha destrozado la tormenta ellos recorrieron los poblados indígenas incitando a los nativos a dedicarse a la busca de unos cristales que pagábamos con licores. Los hallazgos no eran importantes, aunque nos proporcionaban varios miles de libras de beneficio al año. Hace nueve meses una tribu nómada que reside en la orilla derecha del río Congo, a cien millas al Norte de Stanleyville, descubrió una gran “bomba” diamantífera. Tan valiosas son las piedras conseguidas que al ser enviadas a Europa produjeron extraordinaria alarma en el comercio de las gemas. Cuando el Gobernador de Tanganica me comisionó para organizar un safari a fin de recorrer su territorio y el belga en busca de datos y, sobre todo, en visita a las tribus, concebí el proyecto audaz de aceptar con el único fin de abandonar el dominio Británico antes de que las sospechas recayeran sobre mí. Los agentes del *Intelligence Service*, destacados desde Inglaterra para poner fin al contrabando, iban procediendo por eliminación. Proveía cercano el momento en que se fijaran en mí.

Raymond Langley hizo una larga pausa para continuar después, con voz lenta:

—Butler pudo averiguar que Aloxius Parker citó a Sanderson a altas horas de la madrugada. El delegado británico en Kasanga había recibido un informe confidencial en el que se le comunicaba que se pusiera en contacto con Erwin recomendándole que me vigilara, por existir sospechas de que yo era el jefe del contrabando. Las piedras que habían enviado últimamente a Inglaterra en el interior de una de las balas de algodón fueron descubiertas en la Aduana de Portsmouth por una desgraciada casualidad. Al romperse la cadena de una de las grúas de descargue, los fardos cayeron al muelle, destrozándose, y los diamantes atrajeron la atención de las autoridades. Se dudaba de mi culpabilidad, pero dábanse atribuciones a Sanderson para que procediera como agente del Gobierno. Parker, según Butler, se estaba convirtiendo en un elemento peligroso para nosotros y decidí suprimirle. Fue un gran acierto. Me apoderé del sobre con las instrucciones. Después denuncié con un anónimo, que arrojé por una ventana del cuarto del teniente Bliven, la presencia de Sanderson en casa de Aloxius

Parker. ¿Quién iba a sospechar de mí si abandoné mi cama de enfermedad entrando y saliendo del hospital por una puerta trasera sin que nadie me viese?

—¿Por qué mandaste matar a Erwin?

—Temía que hubiera sostenido algún diálogo con Parker y conociera cuáles eran las sospechas del Gobernador de Tanganica. Wallace Morgan, por codicia, pese a su complicidad con Butler y desconociendo lo que se tramaba contra Sanderson, probó su coartada al teniente. Después, era tarde para retroceder. Obedeciendo mis órdenes, transmitidas siempre por una segunda persona, hice llegar a sus manos unos polvos inofensivos, mezcla de magnesia y bicarbonato, para que sobornara al capataz del safari, de cuya fidelidad hacia Sanderson no dudaba, a fin de que este los mezclara en la comida al tercer día de marcha. Confiaba que Erwin procediese como procedió al serle comunicado tal hecho por Kasama: esperar a la fecha prevista para actuar entonces. Me adelanté doce horas y él y los demás cayeron en la trampa. No tuve valor para matarle ni para ordenar que nadie lo hiciera. Confiaba en el helicóptero para poner tierra por medio. Aún sin él lo haremos, hija, y te prometo que en un futuro...

—¡Calla! ¡No sigas! ¡Me espanta escucharte! Voy a decirte una cosa, en pago a tu maldad, para que te avergüences de tu conducta. ¡Erwin Sanderson es el muchacho al que flagelaste, dejándole por muerto, falsamente acusado del asesinato de mamá! ¡Él es mejor que tú y te ha perdonado! ¡Te salvó de la mordedura de la serpiente porque su honradez se impuso a la venganza!

—¡No! —gritó el profesor—. ¡Dime que no es cierto!

—Lo es. Me contó su historia horas antes de que alguien, con un rifle, atentara contra su vida. ¿Disparó Morgan?

—No. Lo hice yo —intervino Butler quien, con rapidez, había desenfundado un revólver con el que encañonaba a Raymond Langley—. Creo que tiene usted ahí el dinero de las últimas remesas. Sospecho que también lleva encima una cantidad superior, importe de la venta de sus propiedades en Tanganica. ¿Me equivoco?

—¿Qué pretendes?

—Quedarme con todo. Yo fui el asesino de su esposa, el que intentó conseguir su amor por la violencia.

—¡Maldito seas!

La diestra del profesor voló a la funda en la que guardaba el revólver. No pudo desenfundar el arma. Un proyectil, disparado por el traidor Butler, alojándosele en el pecho, se lo impidió.

—Tú también morirás, Margaret. Eres un peligroso testigo.

La muchacha, sin sobreponerse al asombro y al terror, notó una quemadura en un costado, cayendo a tierra privada del conocimiento.

El asesino, guardando el arma homicida, se inclinó sobre Raymond Langley, apoderándose de varios fajos de billetes de cien libras esterlinas que el profesor llevaba en un cinturón oculto debajo de la camisa. Luego, miró a sus cómplices:

—¡Vámonos de aquí! Nos refugiaremos en el interior de la selva. Cuando hayan transcurrido varios meses y todos se olviden del contrabando de diamantes, nos trasladaremos a Europa en cualquier vapor de pasajeros, desde Angola. El botín ha sido considerable.

Sin una mirada conmisericordiosa a sus víctimas, el grupo de indeseables se internó en la espesura...

Capítulo IX

LA MANO DE LA PROVIDENCIA

—¿Ha oído Sanderson?

—Sí. Son dos disparos, a menos de una milla. Avanzábamos a ciegas hacia el Norte. Ahora sabemos que nuestra ruta es buena. Kasama, di a los negros que acampen aquí y esperen nuestro regreso.

El capataz se apresuró a transmitir la orden recibida y, a poco, Erwin, Donald y el indígena avanzaban con rapidez por la selva, aún encharcada en no pocos lugares, empuñando con fuerza las culatas de las metralletas de tiro rápido que el guía puso en Kasanga en uno de los fardos por si era necesario defenderse de un ataque de los pigmeos.

—Sigamos en línea recta. No creo que me engañe el sentido de la orientación.

Las palabras de Sanderson iban a resultar proféticas. Veinte minutos más tarde los tres hombres desembocaban en una gran explanada rocosa. Lo primero que atrajo el interés de los miembros del safari fue un helicóptero inutilizado por el fuego. Después...

—¡Mire, Cookman! ¡Han asesinado al profesor y a su hija!

—Ya le dije que eran inocentes.

Donald fue el primero en llegar junto a los cuerpos inmóviles de Raymond y de Margaret. El primero había muerto y así lo hizo saber el médico en voz alta.

—Nada podemos hacer por él.

—¿Y por Margaret?

Había tanta angustia en la pregunta del guía, que Cookman tuvo la certeza de que amaba a la muchacha.

—¿La quiere?

—Sí; pero eso no importa.

—Se salvará. La mano de la Providencia nos ha traído hasta aquí, impidiendo que se desangre. No creo equivocarme si afirmo que el proyectil no le ha interesado ningún órgano vital. Mande a Kasama por el botiquín. Le extraeré la bala.

—Iré yo.

Sanderson no quería confiar a nadie el encargo de Donald por considerar que del pronto regreso quizá dependiera la vida de la

que amaba. Por ello, con absoluto olvido del peligro, la metralleta en la diestra corrió por entre la alta vegetación, no tardando en llegar al lugar en el que los porteadores esperaban el regreso de sus jefes.

—¡Seguidme! —ordenó Erwin mientras se apoderaba de un fardo que contenía material sanitario.

Pero los porteadores con la pesada impedimenta perdieron de vista a Sanderson, limitándose a orientarse por sus huellas. El joven no tardó en reunirse con Cookman y Margaret, quien le miró con ternura.

—Tiene que perdonarme, Erwin —dijo ella—. Le juzgué mal y...

—Calla —la aconsejó el médico—. Hablar puede perjudicarte. Ya lo has hecho en exceso para referirme los tristes sucesos de que fuiste protagonista. Te operaré con anestesia local y...

El médico pudo observar una rigidez especial en el rostro del guía, rigidez que aumentó al mirarle.

—Los que han matado al profesor son cinco hombres, uno de ellos antiguo capataz de la hacienda de los Langley y el asesino de su esposa, delito por el que usted estuvo a punto de morir.

—¿Quién es? —rugió Sanderson.

—Butler, Anthony Butler —repuso la muchacha.

Erwin apretó los puños con ira permaneciendo durante varios segundos con la mirada ausente. Recordaba el nombre y el apellido. Después sus músculos se relajaron y, sereno en apariencia, preguntó al médico:

—¿Necesita que le ayude, Cookman?

—No. Aquí le esperamos. Vaya tras ellos y haga lo posible para capturarles. Debe impedir que huyan.

Sanderson no se hizo repetir la indicación. Sin escuchar las palabras de Margaret, quien le rogaba que esperase a que Donald le acompañara, seguido del fiel Kasama, se internó en la selva. Para el guía no resultaba difícil seguir el rastro del grupo de asesinos, ni acortar las distancias. Los malhechores sabíanse ha seguro e iban despacio, temerosos de recibir la mortal picadura del cualquier ofidio oculto entre la hierba.

Mientras Erwin avanzaba, por la senda que sus enemigos abrían en la maleza, el velo rojo que circundaba su cerebro desde que tuvo conocimiento de la terrible verdad fue desvaneciéndose, dando paso a una serenidad que nunca hasta entonces le invadió al pensar en el pasado.

“La mano de la Providencia nos ha traído hasta aquí”. Tal frase, pronunciaba poco antes por Cookman ayudábale a tranquilizar su

ánimo; a alejar de su mente la idea, siempre odiosa, de la venganza. Sí; la Providencia guiaba a Sanderson poniendo de manifiesto su inocencia y dándole oportunidad para castigar a los culpables.

—¡Cuidado, Kasama! Debemos estar cerca de ellos. Las huellas de la hierba nos lo indican.

Los dos hombres, con las metralletas dispuestas para el tiro en ráfagas, aumentaron las precauciones y a partir de aquel momento el cerebro de Sanderson se concentró en la caza de sus enemigos. Los árboles iban siendo más numerosos y la vegetación disminuía hasta que llegó a desaparecer por completo. Fue entonces cuando Erwin distinguió, a unos veinte metros, a cinco hombres, que caminaban despacio.

Kasama y Sanderson acortaron más la distancia sin ser advertidos hasta situarse de forma que tuvieron bajo sus fuegos a los criminales. La voz del guía sonó imperiosa, cargada de amenazas:

—¡Quietos! ¡No os volváis u os acribillamos!

Butler fue el primero en reaccionar, con la rapidez del que por haber hecho de la violencia credo de su vida sabia imponerse al temor y la sorpresa. Arrojándose a tierra desenfundó uno de los revólveres, mientras sus cómplices le imitaban.

Sanderson, seguro de que no le quedaba otra oportunidad que matar o ser muerto, oprimiendo el gatillo de la metralleta, lanzó ráfaga tras ráfaga contra sus enemigos, bien secundado por Kasama. Minutos después, los asesinos del profesor yacían en tierra, sin vida.

El registro hecho a Butler dio como resultado, a más del hallazgo de una bolsa con piedras preciosas y el dinero arrebatado a Raymond Langley, un sobre en el que había escrita la palabra “confidencial” y que estaba dirigido a Aloxius Parker, delegado del Gobierno británico en Kasanga. En él, el Gobernador del territorio manifestaba que habiendo sido halladas varias piedras preciosas en un fardo de algodón, remitido de Tanganica a Inglaterra, y procedente de la hacienda del profesor, existía la marcada sospecha de que el comisionado por él para investigar en torno al contrabando fuera el contrabandista. El Gobernador ordenaba, además, a Parker que encomendara a Sanderson las investigaciones.

Guardóse el dinero, las piedras y los documentos de los cinco asesinos dejando a Kasama, que había reconocido a los tres hombres que arrojaron a Erwin al lago, en el encargo de impedir que los cadáveres fueran devorados por las fieras hasta que él

enviara negros con las herramientas precisas para abrir una sepultura en la que enterrar a los malhechores.

La alegría de Sanderson fue grande al regresar junto a Margaret y Cookman. La bala acababa de ser extraída y, merced a la anestesia local la muchacha no perdió el conocimiento y pudo referirle la triste historia de la culpabilidad de su padre y de los hechos ocurridos desde que recobró el sentido hasta la llegada de sus salvadores. Terminó:

—Donald quiere decirte algo, Erwin.

—Sobre él se centraron todas mis sospechas.

—Inventé una falsa historia a fin de alejarle de Margaret y conseguir que ella le despreciara. Me serví de Wallace Morgan, capaz de vender su alma al diablo si es preciso por un puñado de monedas. Falsificamos unas copias de facturas a su nombre, mostrándoselas a Margaret. En ellas pretendíamos demostrar que usted era el traficante en piedras preciosas y que pagaba con licores, embruteciendo a los negros. Esas fueron todas mis relaciones con el tabernero.

—¿Y su belicosa entrevista poco antes de iniciarse el safari?

—Quiso exigirme más de lo estipulado y discutimos, siendo sorprendidos por su capataz. Me arrepiento de haberme valido de un engaño para conseguir algo que ambicionaba. Jamás procedí así. Ahora...

Había tristeza en la voz de Cookman, quien se alejó unos metros situándose de espalda a los dos jóvenes para no presenciar como estos, dejándose arrastrar del impulso, sin que mediase palabra alguna, se besaban con cariño y pureza...

EPÍLOGO

A bordo del navío que, en viaje de novios, había de conducir a Margaret Langley y a Erwin Sanderson a Inglaterra, la animación era extraordinaria. Los familiares despedíanse de los viajeros entre consejos y recomendaciones.

—No ha venido Cookman —dijo Margaret.

—Sí. Ahí llega —repuso Erwin—. Es un gran muchacho del que forme un mar juicio durante el safari. Todas sus anormalidades se debían al cariño que experimentaba hacia ti. Hola Donald. Te echábamos de menos.

—Tuve mucho trabajo en la clínica —se apresuró a contestar el aludido, mientras saludaba a sus amigos—. Hay un doble motivo en mi visita. El de desearos mucha felicidad —era algo bronca la voz del médico— y el de deciros que Wallace Morgan fue detenido ya, así como los que integraban la asociación del contrabando. El Gobierno belga ha enviado tropas al poblado en el que se descubrió el yacimiento de piedras preciosas.

Las sirenas del buque atronaban el aire y varios marineros gritaron:

—¡Todos los visitantes a tierra! ¡Vamos a zarpar! ¡Todos los visitantes a tierra...!

—Adiós —dijo Cookman—. Mucha suerte.

—Lo mismo te deseamos Donald.

Visiblemente conturbado, el médico abandonó el buque que, pocos minutos después, iniciaba el viaje.

Margaret y Erwin, acodados a estribor, con las manos juntas, fueron contemplando en silencio como la costa africana desdibujábase en la lejanía.

—La pesadilla terminó para nosotros Margaret. El pasado queda en el Continente Negro, misterioso y salvaje.

Los dos jóvenes esposos se miraron y había en sus pupilas una promesa de dicha.

FIN



*Entre el tupido follaje,
allí donde hombre al-
guno había sido capaz
de llegar, se produjo la*

TRAGEDIA EN LA SELVA

Odios y ambiciones en lucha despiadada, convirtieron en un infierno la plácida existencia de una muchacha, cuyo único delito consistió en detender el legado paterno.

TRAGEDIA EN LA SELVA

La más emocionante y espectacular novela escrita por el famosísimo

M. L. ESTEFANIA

que la próxima semana le ofrecerá la ya famosa

COLECCION CONGO

¡No lo olvide!

Precio: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

Barcelona

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 ptas.

COLECCION "BISONTE"

420 — J. de Cárdenas
ORO EN LAS ROCOSAS

COLECCION "BUFALO"

117 — Sam Fletcher
TRADICION AVENTURERA

COLECCION "CONGO"

11 — Alar Benet
CONTINENTE NEGRO

COLECCION "PANTERA"

54 — Fidel Prado
DONDE LA FUERZA ES LA LEY

COL. "SERVICIO SECRETO"

284 — Silver Kane
DEVUELVANME MI ATAUD

COLECCION

"PRACTICA Y POPULAR"
COCINA ESPANOLA

A 5'50 ptas.

COLECCION "TIMPINELA"

475 — María Nieves Grajales
NUNCA

COLEC. "MADREPERLA"

375 — María Esperanza Neyra
EL ALMA ESCLAVA

COLECCION "ROSAURA"

219 — María Lar
TU NO ERES UNA EXTRAÑA

COLECCION "AMAPOLA"

205 — Agatha Mor
NICOLE

COLECCION "ALONDRA"

158 — Luis Masota
NUESTROS CORAZONES

COLECCION "CAMELIA"

99 — María Dolores d'Aracyl
AZAHAR Y ROSAS BLANCAS

COLECCION "ORQUIDEA"

69 — Corín Tellado
OTRA MUJER EN SU VIDA

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona " Hipólito Irigoyen, 645 - Buenos Aires



COLECCION PRACTICA

*ofrece a usted, en su
número 20, este intere-
santísimo volumen:*

PARA SER ESCRITOR

Merced a su contenido, amigo lector, podrá usted adquirir los conocimientos necesarios para ver convertida en realidad su ilusión de ser escritor, dominando todo lo relacionado con la técnica de escribir: interés y originalidad, el vigor de las imágenes, desarrollo de los temas, etc., sin lo cual no es posible llegar a la meta que usted se propone

PARA SER ESCRITOR

No deje de adquirir este libro que pensando en usted ha publicado la famosa

COLECCION PRACTICA

Precio de venta: 5 ptas

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

¡UN LIBRO INOLVIDABLE!



NO SERAS UN EXTRAÑO

¡El mayor éxito literario de los últimos años en
Estados Unidos!

¡La más sensacional película realizada últimamen-
te en Hollywood!

NO SERAS UN EXTRAÑO

La obra cumbre de *Morton Thompson*, que ha per-
manecido durante 18 meses a la cabeza de los
bestsellers norteamericanos

¡Una ocasión única para usted!

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

Precio: 100 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



Como esta escena, hallará usted otras mucho más emocionantes todavía en el número 24 de la modernísima serie

BISONTE GRAFICO

¡Páginas enteras de acción al rojo vivo en el escenario más salvaje del Oeste americano!

BISONTE GRAFICO

Publica quincenalmente, en cada uno de sus formidables cuadernos ilustrados, el siguiente contenido:

- * UNA AVENTURA LARGA COMPLETA
 - * Un episodio de "EL CAPITAN O'DARE"
- y la sección instructiva, de alto valor documental
- * A TRAVES DE LA HISTORIA DE NORTE-AMERICA

¡Cada cuaderno sólo cuesta 1'25 ptas.!

Adquiera hoy mismo sin falta, el número 24 de

BISONTE GRAFICO

De venta en quioscos y librerías

*Si usted hace deporte...
le urge conocer todo
lo relacionado con la
capacidad vital del or-
ganismo! Sólo cono-
ciendo su decisiva in-
fluencia podrá mante-
nerse permanentemente
en forma!*



Para ello, le recomen-
damos este utilísimo
volumen:

NI GORDOS NI FLACOS

a través de cuyo interesante contenido hallará usted los más infalibles procedimientos para engordar o adelgazar sin peligro alguno, cómo conservar el equilibrio vital, cómo y dónde debe hacer gimnasia, etcétera, además de los siguientes artículos: ¿Son incurables las enfermedades cardíacas? — ¿Cómo es el estómago humano?

¡Y otros muchos más, de apasionante interés!

NI GORDOS NI FLACOS

No deje de adquirir este magnífico volumen, publi-
cado ya por la

ENCICLOPEDIA DE LA SALUD

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

DE NO HALLARLO EN SU LOCALIDAD. SOLI-
CITELO A:

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

★ LLUVIA DE ESTRELLAS ★



Kathleen Hughes

N.º 196 Nació en Hollywood el 14 de noviembre de 1928. Ha intervenido en varias películas, de entre las que destacan "La casa del abuelo" y "La espada de Damasco". La última de ellas es "Dawn at Socorro".

Foto UNIVERSAL-INTERNATIONAL



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5' ptas .Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: \$3'50

Notas

[←1]

Lechos secos de antiguos ríos.